

San Bernardo De
Claraval

**Sermones
sobre el
Adviento
y la
Navidad**

Ivory Falls Books

San Bernardo de Claraval

**SERMONES SOBRE EL ADVIENTO
Y LA NAVIDAD**

©2017 IVORY FALLS BOOKS. Este libro es parte de una colección de los mejores clásicos espirituales, disponibles tanto en formato impreso y libros electrónicos. En Ivory Falls Books nos esforzamos por publicar libros de alta calidad a precios asequibles. Además buscamos uniformidad en el tamaño, la presentación externa y el tipo de letra, que le permite al lector crear una biblioteca bien organizada y de fácil lectura. Para encontrar los títulos disponibles por favor búsquenos en Amazon.com.

Este libro es producto de su tiempo y no refleja necesariamente el pensamiento de la actualidad, el cual ha evolucionado, como lo haría si se hubiese escrito en la actualidad.

CONTENIDOS

1. ADVIENTO

I. SERMÓN. SOBRE LOS SEIS ASPECTOS DEL ADVIENTO

II. SERMÓN SOBRE LAS PALABRAS A ACAZ DEL LIBRO DE ISAÍAS

2. "MISSUS EST"

I. SERMÓN EN LA FESTIVIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

II. SERMÓN DE LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA.

III. SERMÓN SOBRE LAS DOCE PRERROGATIVAS DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

IV. SERMÓN DE LA MUJER ADÚLTERA, DE SUSANA Y DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

V. SERMÓN DE LA CASA DE LA DIVINA SABIDURÍA, ESTO ES, DE LA VIRGEN MARÍA

VI. SERMÓN SOBRE LAS SIETE COLUMNAS

3. VIGILIA DE LA NATIVIDAD

I. SERMÓN CUARTO DEL ADVIENTO SOBRE LOS DOS ADVIENTOS Y LAS ALAS PLATEADAS

II. SERMÓN QUINTO DEL ADVIENTO. SOBRE EL ADVIENTO INTERMEDIO

III. SERMÓN SEXTO DEL ADVIENTO. SOBRE LAS TRES VENIDAS Y LA RESURRECCIÓN

IV. SERMÓN SÉPTIMO DEL ADVIENTO. SOBRE TRES COSAS MUY ÚTILES

V. SERMÓN OCTAVO DE ADVIENTO. SOBRE LOS TRES INFIERNOS

4. LA NAVIDAD

I. SERMÓN SOBRE EL ANUNCIO LITÚRGICO DEL NACIMIENTO DEL SEÑOR

II. SERMÓN SOBRE LAS PALABRAS DEL CANTO: ¡OH JUDÁ Y JERUSALÉN!

III. SERMÓN "HOY SABRÉIS QUE VIENE EL SEÑOR".

IV. SERMÓN SOBRE EL MEDICAMENTO DE LA MANO IZQUIERDA DEL ESPOSO

V. SERMÓN SOBRE LA ANTÍFONA: "SANTIFICAOS HOY Y ESTAD PREPARADOS

VI. SERMÓN SOBRE EL ANUNCIO DE LA NAVIDAD

5. SOBRE LA CIRCUNSIÓN DE NUESTRO SEÑOR

I. SERMÓN. SOBRE LA LECCIÓN DEL EVANGELIO Lc. 2.21.

II. SERMÓN. SOBRE LA CIRCUNSIÓN

6. SOBRE EL BENDITO NOMBRE Y OTROS TÍTULOS DEL SEÑOR

SERMÓN. SOBRE LOS NOMBRES DEL SEÑOR

7. EPIFANÍA

I. SERMÓN. HA APARECIDO LA BONDAD DE DIOS... Y SU AMOR AL HOMBRE.

II. SERMÓN. DE LOS MAGOS Y DE LO QUE SE LEE EN LOS CANTARES

III. SERMÓN SOBRE LOS REGALOS DE LOS REYES MAGOS

1. ADVIENTO

I. SERMÓN. Sobre los seis aspectos del Adviento

Hoy, hermanos, celebramos el comienzo del Adviento. Este apelativo, como el de casi todas las solemnidades, es familiar y conocido en todos los lugares. Sin embargo, no siempre se capta su sentido, pues los desgraciados hijos de Adán se despreocupan de los auténticos y saludables compromisos y van a la zaga de lo caduco y transitorio. ¿A quiénes se parecen los hombres de esta generación? ¿Con quiénes los compararemos, viendo que son incapaces de arrancarse de los consuelos terrenos y sensibles? Se parecen a los náufragos que zozobran en el mar. Fíjate cómo se agarran a lo poco que tienen. No sueltan por nada del mundo lo primero que llega a sus manos, sea lo que sea, aunque no sirva para nada. Son como raíces de grama o algo por el estilo. Si alguien se acerca a ellos para ayudarles, lo atenazan de tal modo que no pueden ni ofrecerles sus auxilios sin menoscabo de su salvación. Así se anegan en este inmenso mar; y perecen, miserables, afanándose en lo caduco y relegando los apoyos firmes, únicos remedios para salir a flote y salvarse.

Se dice a propósito de la verdad, no de la vanidad: La conoceréis y os libraré. Hermanos, a vosotros, como a los niños, Dios revela lo que ha ocultado a sabios y entendidos: los auténticos caminos de la salvación. Recapacitad en ellos con suma atención. Enfrascaos en el sentido de este adviento. Y, sobre todo, fijaos quién es el que viene, de dónde viene y a dónde viene; para qué, cuándo y por dónde viene. Tal curiosidad es encomiable y sana. La Iglesia universal no celebraría con tanta devoción este Adviento si no contuviera algún gran misterio.

Ante todo, fijaos con el Apóstol, estupefacto y atónito, cuán importante es este que viene. Según el testimonio de Gabriel, es el Hijo del Altísimo; y Altísimo él también. No se puede ni pensar que el Hijo de Dios sea una realidad inferior al Padre. Creemos que es idéntico a Él en sublimidad y grandeza. ¿Quién ignora que los hijos de príncipes sean príncipes, y reyes los hijos de reyes? ¿A qué se debe que, de las tres personas que creemos, confesamos y adoramos en la soberana Trinidad, venga el Hijo y no el Padre ni el Espíritu Santo? Supongo que tiene que haber algún motivo. Pero ¿quién conoció el designio del Señor? ¿Quién fue su consejero? La venida del Hijo no tuvo lugar sin un previo consejo sublime de la Trinidad. Mas, si consideramos el motivo de nuestro destierro, quizá podamos intuir la conveniencia de que el Hijo nos otorgara la liberación.

Aquel lucero, hijo de la aurora, en un intento de usurpar la categoría del Altísimo, incurrió en latrocinio por el hecho de equipararse a Dios, propiedad exclusiva del Hijo. Y al instante cayó precipitado, porque el Padre se celó del Hijo. Parece como si hubiese ejecutado esta sentencia: Mía es la venganza; yo daré lo merecido. En un momento vemos caer a Satanás de lo alto como un rayo. ¿Por qué te enalteces, polvo y ceniza? Si Dios no aguantó a los ángeles soberbios, ¿cuánto menos a ti, pobre y gusano? Aquel lucero nada hizo, nada realizó. Sólo admitió un pensamiento de soberbia. Y en un instante, en un volver de ojos, se hundió sin remedio. Porque, según el Profeta, no se mantuvo en la verdad.

Os ruego, hermanos míos, que ahuyentéis la soberbia; ahuyentadla de continuo. La soberbia es la raíz de cualquier pecado. Ella ofuscó al instante, con la eterna tiniebla, al lucero más brillante que todos los astros juntos; y transformó en diablo a quien era ángel, y primero de entre los ángeles. De aquí que, ardiendo de envidia por el hombre, inyectó en él la iniquidad que había concebido en sí mismo. Le persuadió a que, cavando del árbol prohibido, se hiciese como Dios, versado en el bien y en el mal.

¿Qué ofreces, qué prometes, desgraciado, si el Hijo del Altísimo tiene la llave del saber? Aún más, ¿si él es la llave, llave de David, que cierra y nadie es capaz de abrir? En él se esconden todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento; y tú, ¿vas a robarlos perversamente para regalarlos al hombre? Daos cuenta según el dicho del Señor, que éste es el mentiroso y padre de la mentira. Ya fue un mentiroso cuando recapacitó: Me igualaré al Altísimo. Se destacó como padre de la mentira cuando arrojó en el hombre la semilla de su falsedad, diciendo: Seréis como dioses. Eso mismo eres tú si ves al ladrón y corres con él. Recordad, hermanos, lo que nos ha dicho esta noche Isaías, dirigiéndose al Señor: Tus príncipes son infieles, o desobedientes, según otra versión, y socios de ladrones.

Cierto, nuestros príncipes, Adán y Eva, son el germen de nuestra raza, desobedientes y socios de ladrones. Porque, mediante la persuasión de la serpiente, o del diablo a través de la serpiente, intentan robar lo que pertenece al Hijo de Dios. El Padre no aguanta el insulto ocasionado al Hijo, pues el Padre ama al Hijo, y reclama inmediatamente la venganza en el hombre mismo, haciendo pesar su mano sobre nosotros. Hemos pecado en Adán, y en él recibimos todos la sentencia de condenación. ¿Qué va a intentar el Hijo cuando ve al Padre celarse por él y que se niega a perdonar a las creaturas? "He aquí", dice, "que, por causa de mí, el Padre pierde a sus creaturas". El primer ángel buscó con ahínco mi grandeza tuvo un círculo que confió en él. Pero inmediatamente el celo del Padre se vengó en su persona. Le hirió a él y a todos los suyos con una herida incurable y le infringió un cruel escarmiento. También el hombre quiso arrebatarse y saber que me pertenece; y tampoco tuvo compasión ni lástima de él.

¿Acaso Dios se cuida de los bueyes? Había creado tan sólo dos creaturas nobles, dotadas de razón y capaces de felicidad: el ángel y el hombre. Pero por mi causa perdió muchos ángeles y todos los hombres. Por tanto, para que vea que yo amo a mi Padre, haré que él reciba, a través de mí, a los que, en cierto modo, ha perdido por mi causa. Si por mi culpa sobrevino esta tormenta, dice Jonás, cogedme y arrojadme al mar. Todos me tienen envidia. Pero voy a venir y manifestarme de tal modo que quien me envidie y trata de imitarme le sea provechosa esa porfía. Me doy cuenta, sin embargo, que los ángeles desertores han adoptado una actitud de maldad y perversidad. No han pecado por ignorancia y debilidad. Deben perecer, ya que se negaron a hacer penitencia. El amor del Padre y el honor del rey reclaman la Justicia.

El designio, pues, de Dios al crear a los hombres es que ocupen los lugares que han quedado vacantes y reconstruyan los muros de Jerusalén. Sabía que ya no era posible abrir un camino de retorno para los ángeles. Conocía la soberbia de Moab, un orgulloso

incorregible. La soberbia nunca acepta el remedio de la penitencia ni del perdón. Pero no creó otra creatura que reemplazara al hombre caído. Esto era una señal de que iba a ser redimido. Y si una perversidad ajena a él mismo lo desmoronó, una caridad, también ajena, podría serle útil.

Te ruego, Señor: dignate librarme, que soy débil. Me han sacado de mi país con astucia. Sin hacer mal alguno, me han arrojado aquí, en este calabozo. Reconozco que soy inocente del todo. Pero, si me comparo con mi seductor, me siento, en cierto modo, inocente. La mentira me sobornó, Señor. Que venga la verdad y se descubra la falacia. Que conozca la verdad, y la Verdad me libraré; pero de tal modo que reniegue de la mentira descubierta y me adhiera a la Verdad conocida. De lo contrario, ya no sería tentación ni pecado humano, sería obstinación diabólica, pues la perseverancia en el mal es algo diabólico. Y cualquiera que persista, como él, en el pecado, merece idéntico exterminio.

Ya sabéis, hermanos, quién es el que viene. Ahora considerad de dónde y a dónde viene. Viene del corazón del Padre al seno de la Virgen Madre. Viene desde el ápice de los cielos a las regiones más profundas de la tierra. ¿Qué ocurre? ¿Hemos de quedarnos para siempre en la tierra? No nos importaría si se quedara él también. ¿Dónde nos encontraríamos bien sin él? ¿Y dónde mal con él? ¿A quién tengo yo en el cielo?, y contigo, ¿qué me importa la tierra? Dios de mi corazón, mi lote perpetuo. Y aunque camine por las sombras de muerte, nada temo si tú estás conmigo. Ahora me doy cuenta que bajas a la tierra e incluso al mismo abismo, pero no como un vencido, sino como libre entre los muertos, como esa luz que brilla en las tinieblas, pero que las tinieblas no la han comprendido.

Por eso, ni el alma queda en el abismo ni el cuerpo santo conocerá la corrupción en la tierra. Cristo baja y sube para dar la plenitud al universo. De él se ha escrito: Pasó haciendo el bien, curando a los oprimidos por el diablo. Y en otra parte: Salió contento como un héroe a recorrer su camino; su órbita llega de un extremo a otro del cielo. Con razón exclama el Apóstol: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Sería inútil cualquier intento de levantar nuestros corazones si no nos presenta antes al autor de la salvación en los cielos.

Pero fijémonos en lo que sigue. Aunque la materia es abundante, por no decir excesiva, la premura del tiempo no permite largas disertaciones. A quienes consideraban "quién viene" se les dio a conocer la inmensa e inefable majestad. A los que avizoraban "de dónde viene", se les descubrió un largo camino, según aquel testimonio inspirado por el espíritu de profecía: Mirad, el Señor en persona viene de lejos. Y quienes contemplaban "a dónde" venía, se encuentran con un amor infinito e inimaginable: la sublimidad en persona quiere bajar a cárcel tan horrorosa.

¿Podrá alguien ya dudar que este gesto implica una motivación importante? ¿Por qué tan gran majestad, y desde tan lejos, quiso bajar a lugar tan indigno? Ciertamente, aquí hay algo grande: una inmensa misericordia que rezuma comprensión y una caridad desbordante. Y ¿para qué ha venido? Esto es precisamente lo que ahora debemos

inquirir. No es preciso engolfarnos demasiado aquí, estando tan claras las motivaciones de su venida, sus palabras y sus obras. Se lanzó a buscar por los montes a la oveja extraviada, la que hacía el número cien. Y para que libremente alaben al Señor por su misericordia y por las maravillas que hace con los hombres, vino por nosotros. Es maravilloso el amor de un Dios que busca, e incomparable la dignidad del hombre buscado. Por mucho que presuma de esto, no incurrirá en insensatez, porque no se cree señor de sí mismo. Todo su valor procede de quien lo hizo. Todas las riquezas, toda la gloria de mundo, cuanto arrastra el deseo del hombre, es inferior a este orgullo; ni siquiera se le puede comparar. Señor, ¿qué es el hombre para que lo enaltezcas, para que pongas en él tu corazón?

Con todo, quisiera saber qué motivaciones le mueven a venir hasta nosotros o por qué, más bien, no hemos ido nosotros hacia él. Nosotros éramos los necesitados. Y no es costumbre que los ricos se acerquen a los pobres ni en el caso de querer beneficiarlos. Lo más razonable, hermanos, era que nosotros fuéramos a él. Pero tropezábamos con un doble impedimento. Nuestra vista era muy débil. Y él habita en una luz inaccesible, mientras que nosotros, postrados y paralíticos en el catre, no podíamos alcanzar tanta sublimidad. Por este motivo, el Salvador, todo bondad y médico de las almas, bajó de su altura, y su claridad alivió los ojos enfermos. A ese cuerpo que tomó glorioso y purificado de toda mancha, lo vistió de cierto resplandor. Es aquella nube ligerísima y resplandeciente en la que montaría el Señor, según predicción del Profeta, para bajar a Egipto.

Ya es hora de considerar el tiempo en que llega el Salvador. Llega, sí, y creemos que no os pasa desapercibido; pero no al principio ni en el fluir del tiempo, sino al fin. Y no aconteció a la ligera. Hay que pensar que la sabiduría lo dispone todo con acierto; en las circunstancias más necesarias, nos brinda su ayuda, y sabía muy bien que somos hijos de Adán, propensos a la ingratitud. Ya atardecía y el día iba de caída; se estaba poniendo ya el sol de justicia, y su resplandor y calor se apagaban en la tierra. La luz del conocimiento divino era muy tenue; y, al crecer la maldad, se enfriaba el fervor de la caridad. Ya no se dejaba ver el ángel, ni hablaba el profeta; habían claudicado, como vencidos por la desesperación, ante la dureza y obstinación de los hombres. Pero ya, exclama el Hijo, dije entonces: "Voy". Así, así: Un silencio sereno lo envolvía todo; y, al mediar la noche su carrera, tu palabra todopoderosa, Señor, viene desde el trono real. El Apóstol lo intuyó y exclamó: Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo. La plenitud y la abundancia de las cosas temporales había acarreado el olvido y la indigencia de las realidades eternas. Llegó oportuna la eternidad, precisamente cuando dominaba lo temporal. Por citar sólo un detalle, la misma paz temporal fue tan extraordinaria en aquel tiempo, que el decreto de un hombre repercutió en todo el mundo.

Ya tenéis a la persona que llega; dos lugares, el de origen y el de destino. No desconocéis tampoco la causa ni el tiempo. Sólo queda una cosa: el camino por donde viene. Y lo hemos de buscar con suma diligencia, pues vale la pena salir a su encuentro.

Si para realizar la salvación en la tierra vino una sola vez en carne visible, para salvar cada alma viene cada día en espíritu e invisible, como está escrito: El Espíritu que está delante de nosotros es Cristo el Señor. Y para que sepas que esta llegada espiritual es imperceptible, continúa: A su sombra viviremos entre los pueblos. Y si el enfermo no puede salir muy lejos al encuentro de tan excelente médico, intente, al menos, alzar la cabeza y erguirse un poco hacia el que viene. No tienes que cruzar los mares. No necesitas atravesar las nubes ni pasar los Alpes. Ni te señalan un camino muy largo. Sal tú mismo al encuentro de tu Dios. A tu alcance está la Palabra; la tienes en tus labios y en tu corazón. Entrégate a la compunción del corazón y la confesión de tus labios. De este modo saldrás del basurero de tu miserable conciencia, porque es indigno que entre allí el autor de la pureza. Todo esto queríamos decir sobre esta venida; por él se digna esclarecer con su poder invisible las inteligencias de cada uno de nosotros.

Examinemos ahora el camino de su venida invisible, porque sus caminos son agradables, y sus sendas tranquilas. Dice la esposa: Vedle llegar saltando entre los montes, brincando por los collados. Mira, hermosa, al que llega. Antes reposaba y no lo podías ver. Has dicho: Avísame, amor de mi alma, dónde pastoreas, dónde reposas. Su reposo apacienta a los ángeles en aquellas regiones eternas. Los sacia con la visión eterna e inmutable. Pero no te ignores, hermosa, porque esa visión está fuera de tu alcance; es tan sublime que no la abarcas. Ha salido de su santa morada, el que con su reposo apacienta a los ángeles, ya ha comenzado a actuar y nos sanará. Y si antes, reposando y apacentando, era invisible, en adelante se le verá venir apacentando. Vedle venir saltando sobre los montes, brincando por los collados. Montes y collados son los patriarcas y los profetas. Lee el pasaje de las genealogías y fijate cómo vino saltando y brincando: Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, etc.

En estos montes brotó, como verás, la raíz de Jesé. De ella, según el profeta, salió una vara, y de la vara brotó una flor. Y el Espíritu septiforme se posó sobre la flor. Esto lo ha manifestado con mayor claridad el mismo profeta en otro pasaje: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros. Primero lo llama flor y después Emmanuel. Y a la que había llamado vara, de manera aún más clara la denomina virgen. Pero es preciso que nos reservemos para otro día la consideración de este sacramento. Vale la pena ocuparse de este asunto en otro sermón. Este de hoy ya ha sido lo suficientemente largo.

II. SERMÓN sobre las palabras a Acáz del libro de Isaías: "dijo el señor a Acáz: pide una señal... y, sobre el camino del enemigo".

Hemos escuchado a Isaías tratando de persuadir al rey Acáz para pedirle una señal, de parte del Señor, en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo. Escuchamos también su respuesta insincera, bajo capa de piedad. Por este motivo se atrajo la reprobación de aquel que escruta el corazón y descubre las intenciones del hombre. Responde Acáz: No pido ninguna señal; no quiero tentar al Señor. Habíase engrেído Acáz en la altura del trono real, y era astutamente hábil en su expresividad.

El Señor había inspirado a Isaías: "Marcha y di a ese zorro que pida una señal en lo hondo del abismo". Y es que el zorro tiene madriguera. Y, si baja al abismo, encontrará al que sorprende a los taimados en sus astucias. Dice el Señor: "Vete y di a ese pajarraco que pida una señal en lo alto del cielo". El pájaro tiene su nido. Pero, si sube al cielo, allí está el que se enfrenta a los soberbios y pisa con poder los cuellos de los orgullosos y de los altivos. No le interesa buscar una señal del poder sublime o de la incomprensible profundidad. Por eso, el mismo Señor promete una señal de bondad a la casa de David. Para que, al menos, la manifestación del amor atraiga a quienes ni el poder ni la sabiduría atemoriza.

Entendemos la expresión en lo profundo del abismo como la caridad personificada. En ningún otro fue tan total. Bajó incluso al abismo muriendo por los amigos. Y en este sentido se manda a Acáz que se estremezca ante la majestad del que reina en lo alto o que se abraza a la caridad del que baja al abismo. El que no piensa en la majestad con temor ni medita en la caridad con amor, se vuelve enojoso a los hombres y a Dios. Por eso, el Señor mismo os dará la señal; en ella va a hacer sensible la majestad y la caridad. Ved que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, que se llamará Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros.

No escapes, Adán, que Dios-está-con-nosotros. Nada temas, hombre; no te espantes ni siquiera oyendo el nombre de Dios, Dios-está-con-nosotros. Con nosotros, en la semejanza de la carne; con nosotros, en la necesidad. Llegó como uno de nosotros, por nosotros, semejante en todo, capaz de sufrir.

Por fin, dice: Comerá requesón y miel. Que equivale: Será niño y tomará alimentos de niño. Hasta que aprenda a rechazar el mal y a escoger el bien. Este bien y este mal que oyes hacen referencia al árbol prohibido, el árbol del delito. Comparte con nosotros mucho mejor que el primer Adán. Escoge el bien y rechaza el mal; no como aquel que amó la maldición, y recayó sobre él, y que no quiso la bendición, quedándose lejos de él. En el texto mencionado: Comerá requesón y miel, podrás darte cuenta de la elección que hace este niño. Que su gracia nos acompañe para que eso que hace lo podamos experimentar dignamente de algún modo también nosotros y expresarlo de una manera accesible a todos.

Dos cosas pueden hacerse con la leche de oveja: requesón y queso. El requesón es

mantecoso y jugoso; el queso, por el contrario, es seco y consistente. Supo escoger bien nuestro niño, pues al comer el requesón rehusó el queso; quién es aquella oveja extraviada que hacía el número cien y dice en el salmo: Me extravié como oveja perdida. Es la raza humana. La busca el pastor compasivo, y deja a las otras noventa y nueve en el monte. Dos cosas hallarás en esta oveja: una naturaleza dulce y una naturaleza buena; tan buena, sin duda, como el requesón. Y, junto a ella, la corrupción del pecado, como el queso. ¡Qué bien ha elegido nuestro pequeño! Se abrazó a nuestra naturaleza sin el más mínimo contagio de pecado, pues se lee de los pecadores: tienen el corazón espeso como grasa. La levadura de la maldad y el cuajo de la perversidad tan corrompido en estos corazones la pureza de la leche.

Hablando de la abeja, pensamos en la dulzura de la miel y en la punzada del aguijón. La abeja se alimenta de azucenas y habita en la patria florida de los ángeles. Por eso voló hacia la ciudad de Nazaret, que significa flor. Y se llegó hasta la perfumada flor de la virginidad perpetua. En ella se posó. Y se quedó adherida. El que enaltece la misericordia y el Juicio, a ejemplo del Profeta, no ignora la miel ni el aguijón de esta abeja. Sin embargo, al venir a nosotros trajo sólo la miel y no el aguijón; es decir, la misericordia sin el juicio. Por eso, en aquella ocasión en que los discípulos intentaron persuadir al Señor a que lloviera fuego y arrasara la ciudad que se había negado a recibirle, se les replicó que el Hijo del hombre no había venido a condenar al hombre, sino a salvarlo.

Nuestra abeja no tiene aguijón. Se ha desprendido de él cuando, entre tantos ultrajes, mostraba la misericordia y no el juicio. Pero no confiéis en la maldad, no abuséis de la confianza. Algún día, nuestra abeja volverá a tomar su aguijón y lo clavará con toda su fuerza en los tuétanos de los pecadores. Porque el Padre no juzga a nadie, pero ha delegado en el Hijo la potestad de juzgar. Por ahora, nuestro niño se mantiene de requesón y miel desde que unió en sí mismo el bien de la naturaleza humana con el de la divina misericordia, mostrándose hombre verdadero y sin pecado, Dios compasivo y encubridor del juicio.

Me parece que con esta expresión queda claro quién es esta vara que brota de la raíz de Jesé y quién es la flor sobre la cual reposa el Espíritu Santo. La Virgen Madre de Dios es la vara; su Hijo, la flor: Flor es el Hijo de la Virgen, flor blanca y sonrosada, elegido entre mil; flor que los ángeles desean contemplar; flor a cuyo perfume reviven los muertos; y, como él mismo testimonia, es flor del campo, no de jardín. El campo florece sin intervención humana. Nadie lo siembra, nadie lo cava, nadie lo abona. De la misma manera floreció el seno de la Virgen. Las entrañas de María, sin mancha, íntegras y puras, como prados de eterno verdor, alumbraron esa flor, cuya hermosura no siente la corrupción, ni su gloria se marchita para siempre.

¡Oh Virgen, vara sublime!, en tu ápice enarbolas al santo. Hasta el que está sentado en el trono, hasta el Señor de majestad. Nada extraño, porque las raíces de la humildad se hunden en lo profundo. ¡Oh planta auténticamente celeste, más preciosa que cualquier otra, superior a todas en santidad! ¡Árbol de vida, el único capaz de traer el fruto de

salvación! Se han descubierto, serpiente astuta, tus artimañas; tus engaños están a la vista de todos. Dos cosas habías achacado al Creador, una doble infamia de mentira y de envidia. En ambos casos has tenido que reconocerte mentirosa, pues desde el comienzo muere aquel a quien dijiste: No moriréis en absoluto; la verdad del Señor dura por siempre. Y ahora contesta, si puedes: ¿qué frutos de árbol podría provocar la envidia en Dios, que ni siquiera negó al hombre esta vara elegida y su fruto sublime? El que no escatimó a su propio Hijo, ¿cómo es posible que con él no nos regale todo?

Ya habéis caído en la cuenta, si no me equivoco, que la Virgen es el camino real que recorre el Salvador hasta nosotros. Sale de su seno, como el esposo de su alcoba. Ya conocemos el camino que, como recordáis, empezamos a buscar en el sermón anterior. Ahora tratemos, queridísimos, de seguir la misma ruta ascendente hasta llegar a aquel que por María descendió hasta nosotros. Lleguemos por la Virgen a la gracia de aquel que por la Virgen vino a nuestra miseria.

Llévanos a tu Hijo, dichosa y agraciada, madre de la vida y madre de la salvación. Por ti nos acoja el que por ti se entregó a nosotros. Tu integridad excuse en tu presencia la culpa de nuestra corrupción. Y que tu humildad, tan agradable a Dios, obtenga el perdón de nuestra vanidad. Que tu incalculable caridad sepulte el número incontable de nuestros pecados y que tu fecundidad gloriosa nos otorgue la fecundidad de las buenas obras. Señora mediadora y abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo. Recomiéndanos y preséntanos a tu Hijo. Por la gracia que recibiste, por el privilegio que mereciste y la misericordia que alumbraste, consíguenos que aquel que por ti se dignó participar de nuestra debilidad y miseria, comparta con nosotros, por tu intercesión, su gloria y felicidad. Cristo Jesús, Señor nuestro, que es bendito sobre todas las cosas y por siempre.

2. “MISSUS EST” [\[1\]](#)

I. SERMÓN en la Festividad de la Inmaculada Concepción de la bienaventurada virgen María ^[2]

SERMÓN DE LA NATIVIDAD DE MARÍA O DEL ACUEDUCTO

1. Cuando el cielo goza ya de la presencia de la Virgen fecunda, la tierra venera su memoria. Allí se halla la posesión de todo bien, aquí el recuerdo; allí la saciedad, aquí una tenue prueba de las primicias; allí la realidad, aquí el nombre. Señor, dice el salmista, tu nombre permanece para siempre, y tu memoria pasará de generación en generación. Esta generación y generación no es de ángeles, a la verdad, sino de hombres. ¿Queréis saber cómo su nombre y su memoria está en nosotros y su presencia en las alturas? Oíd al Salvador cuando dice: Habéis de orar así: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. Fiel oración, cuyos principios nos avisan de la divina adopción y de la terrena peregrinación, a fin de que, sabiendo que mientras no estamos en el cielo vivimos alejados del Señor y fuera de nuestra patria, gimamos dentro de nosotros mismos aguardando la adopción de tus hijos, o sea, la presencia del Padre. Por tanto, expresamente habla de Cristo el profeta cuando dice: Cual espíritu que anda delante de nosotros es Cristo nuestro Señor; bajo de su sombra viviremos entre las gentes, porque entre las celestiales bienaventuranzas no se vive en la sombra, sino más bien en el esplendor. En los esplendores de los santos, dice, de mi seno te engendré antes del lucero. Pero esto, sin duda, es el Padre.

2. Mas la madre no le engendró al mismo en el esplendor, sino en la sombra; pero no en otra sombra que con la que el Altísimo la cubrió. Justamente por eso canta la Iglesia, no aquella Iglesia de los santos, que está en las alturas y en el esplendor, sino la que peregrina todavía en la tierra: A la sombra de aquel que había deseado me senté, y su fruto es dulce al paladar mío, había pedido que se le mostrase la luz del mediodía, en donde el Esposo apacienta su rebaño, pero fue contrariada en su deseo, y en lugar de la plenitud de la luz recibió la sombra, en lugar de la saciedad, el gusto. Finalmente, no dice: A la sombra que yo había deseado, sino: A la sombra de aquel a quien yo había deseado me senté, pues no había deseado la sombra, sino el resplandor del mediodía, la luz llena de quien es luz llena. Y su fruto, añade, dulce a mi paladar. ¿Hasta cuándo me has de negar tu compasión, sin permitirme el respirar y tragar siquiera mi saliva? ¿Cuándo llegará el día en que se cumpla esta sentencia: Gustad y ved cuán suave es el Señor? Sin duda es suave al gusto y dulce al paladar, por lo cual se comprende perfectamente que, en vista de ello, prorrumpiera la esposa en voces de acción de gracias y de alabanza.

3. Pero ¿cuándo se dirá: Comed, amigos, y bebed y embriagaros, amadísimos? Los justos, dice el profeta, coman en convite, pero delante de Dios, no en la sombra. Y de sí mismo dice: Seré saciado cuando aparezca tu gloria. También el Señor dice a los apóstoles: Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones y yo

dispongo para vosotros, así como mi Padre le dispuso para mí el reino, para que comáis y bebáis sobre mi mesa. ¿En dónde? En mi reino, dice. Dichoso aquel que coma el pan en el reino de Dios. Sea, pues, tu nombre santificado, por el cual de algún modo ahora estás, Señor, en nosotros, habitando por la fe en nuestros corazones, puesto que ya ha sido invocado sobre nosotros tu nombre. Vénganos tu reino. Venga, ciertamente, lo que es perfecto y sea acabado lo que es en parte. Tenéis, dice el Apóstol, por fruto de vuestras obras la santificación, pero será su fin la vida eterna. La vida eterna es fuente indeficiente que riega toda la superficie del paraíso. No sólo la riega, sino que la embriaga, como fuente de los huertos, pozo de aguas vivas que corren con ímpetu desde el Líbano, y el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios. Pero ¿quién es la fuente de la vida, sino Cristo Señor? Cuando aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces también apareceréis vosotros con El en la gloria. A la verdad, la misma plenitud se anonadó a sí misma para hacerse para nosotros justicia, santificación y remisión, no apareciendo todavía vida o gloria o bienaventuranza. Corrió la fuente hasta nosotros y se difundieron las aguas en las plazas, aunque no beba el ajeno de ellas. Descendió por un acueducto aquella vena celestial, no ofreciendo, con todo ello, la copia de una fuente, sino infundiendo en nuestros áridos corazones las gotas de la gracia, a unos, ciertamente, más, a otros, menos. El acueducto, sin duda, lleno está para que los demás reciban de la plenitud, pero no la misma plenitud.

4. Ya habéis advertido, si no me engaño, quién quiero decir que es este acueducto que, recibiendo la plenitud de la misma fuente del corazón del Padre, nos la franqueó a nosotros, sino del modo que es en sí misma, a lo menos según podíamos nosotros participar de ella. Sabéis, pues, a quién se dijo: Dios te salve, llena de gracia. Mas ¿acaso admiraremos que se pudiese encontrar de que se formase tal y tan grande acueducto, cuya cumbre, al modo de aquella escala que vio el patriarca Jacob, tocase en los cielos, más bien, sobrepasase también los cielos y pudiese llegar a aquella vivísima fuente de las aguas que están sobre los cielos? Se admiraba también Salomón y, al modo del que desespera, decía: ¿Quién hallará una mujer fuerte? A la verdad, por eso faltaron durante tanto tiempo al género humano las corrientes de la gracia, porque todavía no estaba interpuesto este deseable acueducto de que hablamos ahora. Ni nos admiraremos de que fuese aguardado largo tiempo, si recordamos cuántos años trabajó Noé, varón justo, en la fábrica del arca, en la cual sólo unas pocas almas, esto es, ocho, se salvaron, y esto para un tiempo bastante corto.

5. Pero ¿cómo llegó este nuestro acueducto a aquella fuente tan sublime? ¿Cómo? Con la vehemencia del deseo, con el fervor de la devoción y con la pureza de la oración, según está escrito: La oración del justo penetra los cielos. A la verdad, ¿quién será justo, si no lo es María, de quien nació para nosotros el Sol de justicia? ¿Y cómo hubiera podido llegar hasta tocar aquella majestad inaccesible, sino llamando, pidiendo y buscando? Sí, halló lo que buscaba aquella a quien se dijo: Has hallado gracia a los ojos de Dios. ¿Qué? ¿Está llena de gracia y todavía halla más gracia? Digna es, por cierto, de hallar lo que busca, pues no la satisface la propia plenitud, ni está contenta aún con el bien que posee, sino que, así como está escrito: El que de mí bebe, tendrá sed todavía,

pide el poder rebosar para la salvación del universo. El Espíritu Santo, le dice el ángel, descenderá sobre ti, y en tanta abundancia, en tanta plenitud difundirá en ti aquel bálsamo precioso, que se derramará copiosamente por todas partes. Así es, ya lo sentimos, ya se alegran nuestros rostros en el óleo. Mas esto, ciertamente, no es en vano; y si el aceite se derrama, no por eso perece. Por esto, sin duda, también las vírgenes, esto es, las almas todavía párvulas, aman al Esposo y no poco. Y no sólo recibió la barba aquel unguento que descendía de la cabeza, sino también las mismas fimbrias del vestido le recibieron.

6. Mira, hombre, el consejo de Dios, reconoce el consejo de la sabiduría, el consejo de la piedad. Habiendo de regar toda la era con el rocío celestial, humedeció primero todo el vellocino; habiendo de redimir todo el linaje humano, puso todo el precio en María. ¿Con qué fin hizo esto? Quizá para que Eva fuese disculpada por la hija y cesase la queja del hombre contra la mujer para siempre. No digas ya, jamás, Adán: La mujer que me diste me ofreció del árbol prohibido; di más bien: La mujer que me diste me ha dado a comer del fruto bendito. Consejo piadosísimo, sin duda, pero no es esto todo acaso; hay otro todavía oculto. Verdad es lo que se ha dicho, pero aún es poco (si no me engaño) a vuestros deseos. Dulzura de leche es; se sacará, acaso, si con más fuerza apretamos la crasitud de la manteca. Contemplad, pues, más altamente con cuánto afecto de devoción quiso fuese honrada María por nosotros aquel Señor que puso en ella toda la plenitud para que, consiguientemente, si en nosotros hay algo de esperanza, algo de gracia, algo de salud, conozcamos que redunde de aquélla que subió rebosando en delicias. Huerto es, en verdad, de delicias que no solamente inspiró viniendo, sino que agitó dulcemente con sus soberanos soplos aquel claustro divino, sobrevienen en ella, para que por todas partes fluyan y se difundan sus aromas, los dones, y las gracias. Quita este cuerpo solar que ilumina al mundo, ¿cómo podría haber día? Quita a María, esta estrella del mar sin duda grande y espacioso, ¿qué quedará, sino oscuridad, que todo lo ofusque, sombra de la muerte todo y densísimas tinieblas?

7. Con todo lo íntimo, pues, de nuestra alma, con todos los afectos de nuestro corazón y con todos los sentimientos y deseos de nuestra voluntad, veneremos a María, porque ésta es la voluntad de aquel Señor que quiso que todo lo recibiéramos por María. Esta es, repito, su voluntad, pero para bien nuestro. Puesto que, mirando en todo y por todo al bien de los miserables, consuela nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad. Recelabas acercarte al Padre, y aterrado con sólo oír su voz huías a esconderte entre las hojas. Él te dio a Jesús por mediador. ¿Qué no conseguirá tal Hijo de Padre tal? Será oído sin duda por su respeto, pues el Padre ama al Hijo. Mas recelas acaso llegarte también a Él. Hermano tuyo es, tu carne es, tentado en todas las cosas sin pecado para hacerse misericordioso. Este hermano te lo dio María. Pero, por ventura, en Él también miras con temblor su majestad divina, porque, aunque se hizo hombre, con todo eso permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado igualmente para con Él? Pues recurre a María. Porque se halla la humanidad pura en María, no sólo pura de toda contaminación, sino pura de toda mezcla de otra naturaleza. No me cabe la menor duda:

será ella oída también por tu respeto. Oirá sin duda el Hijo a la Madre, y oirá el Padre al Hijo. Hijos amados, ésta es la escala de los pecadores, ésta es mi mayor confianza, ésta es toda la razón de la esperanza mía. ¿Pues qué? ¿Podrá acaso el Hijo repeler, o padecer Él repulsar? ¿Podrá el Hijo no ser atendido por su Padre o rechazar los ruegos de su Madre? No, no; mil veces no. Hallaste, dice el ángel, gracia en los ojos de Dios. Dichosamente, siempre ella encontrará la gracia, y solo la gracia es lo que necesitamos. La prudente Virgen no buscaba sabiduría, como Salomón; ni riquezas, ni honores, ni poder, sino gracia. A la verdad, solo es la gracia por la que nos salvamos.

8. ¿Para qué deseamos nosotros, hermanos, otras cosas? Busquemos la gracia, y busquémosla por María, porque ella encuentra lo que busca y no puede verse frustrada. Busquemos la gracia, pero la gracia en Dios, pues en los hombres la gracia es falaz. Busquen otros el mérito; nosotros procuremos cuidadosamente hallar la gracia. ¿Pues qué? ¿Por ventura, no es gracia el estar aquí? Verdaderamente misericordia del Señor es que no hayamos sido consumidos nosotros. ¿Y quiénes somos nosotros? Nosotros, tal vez, perjuros; nosotros, adúlteros; nosotros, homicidas; nosotros, ladrones; la basura, sin duda, del mundo. Consultad vuestras conciencias, hermanos, y ved que donde abundó el delito sobreabundó también la gracia. María no alega el mérito, sino que busca la gracia. A la verdad, en tanto grado confía en la gracia y no presume de sí altamente, que se recela de la misma salutación del ángel. María, dice, pensaba qué salutación sería ésta. Sin duda, se reputaba indigna de la salutación del ángel. Y acaso meditaba dentro de sí misma: ¿De dónde a mí esto, que el ángel de mi Señor venga a mí? No temas, María, no te admires de que venga el ángel, que después de él viene otro mayor que él. No te admires del ángel del Señor, el Señor del ángel está contigo. ¿Es mucho que veas a un ángel viviendo tú ya angélicamente? ¿Es mucho es que visite el ángel a una compañera de su vida? ¿Es mucho que salude a la ciudadana de los santos y familiar del Señor? Angélica vida es, ciertamente, la virginidad, pues los que no se casan ni son casados serán como los ángeles de Dios.

9. ¿No veis cómo también de este modo nuestro acueducto sube a la fuente, ni ya con solo la oración penetra los cielos, sino igualmente con la incorrupción, la cual nos une con Dios, como dice el Sabio? Era la Virgen santa en el cuerpo y en el espíritu, y podía decir con especialidad: Nuestro trato es en el cielo. Santa era, repito, en el cuerpo y en el espíritu, para que nada dudes acerca de este acueducto. Sublime es en gran manera, pero no menos permanece enterísimo. Huerto cerrado es, fuente sellada, templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo. No era virgen fatua, pues no sólo tenía su lámpara llena de aceite, sino que guardaba en su vasija la plenitud de él. En su corazón había dispuesto los grados para subir hasta el lugar santo por medio de la asidua oración y una vida santísima, y así vemos que subió a las montañas de Judea con mucha prisa, saludó a Isabel y permaneció en su asistencia como tres meses, de suerte que ya entonces podía decir la Madre de Dios a la madre de Juan lo que mucho tiempo después dijo el Hijo de Dios al hijo de Isabel: Déjame hacer ahora, que así es como conviene que cumplamos nosotros toda justicia. Puede afirmarse con toda verdad que esta Virgen al subir a las montañas de Judea se elevó más que los más altos montes de Dios, lo cual constituye el

tercer ascenso de la Virgen, a fin de que se cumpliera en ella aquello de que con dificultad se rompe la cuerda tres veces doblada. Hervía, pues, la caridad en buscar la gracia, resplandecía en el cuerpo la virginidad y sobresalía la humildad en el obsequio. Pues si todo aquel que se humilla será ensalzado, ¿qué cosa más sublime que esta humildad? Se admiraba Isabel de su venida, y decía: De dónde a mí esto, que la Madre de mi Señor venga a mí. Pero mucho más debiera haberse admirado de que María se anticipara a lo que más tarde debía decir su Hijo: No vine a ser servido, sino a servir. Con razón, por tanto, aquel cantor divino, llevado de su admiración profética, decía de ella: ¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, hermosa como la luna, escogida como el sol; terrible como un ejército formado en batalla? Sube ciertamente sobre el linaje humano, sube hasta los ángeles, pero a éstos también los sobrepuja y se eleva sobre toda creatura celestial. Sin duda que sobre los mismos ángeles es forzoso que vaya a recibir aquella agua viva que ha de difundir sobre los hombres.

10. ¿Cómo, dice, se hará esto, porque yo no conozco varón? Verdaderamente es santa en el cuerpo y en el espíritu, teniendo no sólo la integridad de la virginidad, sino el propósito firme de conservarla incólume. Mas respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo sobrevendrá en ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Como si dijera: No me preguntes a mí esto, porque es cosa superior a mi comprensión y no podría declarártelo. El Espíritu Santo, no el espíritu angélico, sobrevendrá en ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra, no yo. No te pares ni siquiera entre los ángeles, Virgen santa; mucho más sublime está lo que la tierra sedienta espera que se le dé a beber por ministerio tuyo. Un poco que les pases a ellos hallarás a quien ama tu alma. Un poco, repito, no porque tu Amado no sea superior a ellos incomparablemente, sino porque nada encontrarás que medie entre Él y ellos. Pasa, pues, las virtudes y las dominaciones, los querubines y los serafines, hasta que llegues a Aquel de quien alternativamente están clamando: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. Pues el fruto santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios. Fuente es de la sabiduría el Verbo del Padre en las alturas. Pero este Verbo por medio de ti se hará carne, para que Aquel que dice: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí, diga igualmente: Porque yo procedí de Dios y he venido de parte de Dios. En el principio, dice San Juan, era el Verbo. Ya brota la fuente, pero por ahora sólo en sí misma. Añade luego: Y el Verbo estaba en Dios, habitando una luz inaccesible, y decía el Señor desde el principio: Yo medito pensamientos de paz y de aflicción. Pero en ti, Señor, está tu pensamiento, y lo que piensas lo ignoramos nosotros. Porque ¿quién pudo jamás conocer los designios del Señor o quien fue su consejero? Descendió, pues, el pensamiento de la paz a la obra de la paz: el Verbo se hizo carne y habita ya entre nosotros. Habita por la fe en nuestros corazones, habita en nuestra memoria, habita en nuestro pensamiento y desciende hasta la misma imaginación. Porque ¿qué idea se formaría antes el hombre de Dios? ¿No se le representaba en su corazón bajo la forma de un ídolo?

11. Incomprensible era e inaccesible, invisible y superior a toda humana inteligencia. Mas ahora quiso ser comprendido, quiso ser visto, quiso que pudiésemos pensar en Él. ¿De qué modo, me preguntas? Echado en el pesebre, reposando en el virginal regazo,

predicando en el monte, pernoctando en la oración; o bien pendiente de la cruz, poniéndose pálido en la muerte, libre entre los muertos y mandando en el infierno; o también resucitando al tercer día y mostrando a los apóstoles las hendiduras de los clavos, insignias de su victoria; finalmente subiendo a lo más alto de los cielos a vista de los mismos apóstoles. ¿Qué cosa de éstas no se piensa verdadera, piadosa y santamente? Cualquiera de estas cosas que yo piense, pienso en mi Dios y en todas estas cosas. Él es mi Dios. El meditar, pues, estos misterios lo llamé sabiduría, y juzgué por prudencia el refrescar incesantemente la memoria de la suavidad de estos dulces frutos, que produjo copiosamente la vara sacerdotal que María fue a coger en las alturas para difundirlos con la mayor abundancia en nosotros. La recibió, sin duda, en las alturas y sobre los ángeles, puesto que recibió al Verbo del mismo corazón del Padre, según está escrito: El día anuncia al día la palabra. Verdaderamente es día el Padre, pues es día del día la salud de Dios. ¿Acaso no es también día María? Y esclarecido. Resplandeciente día es, sin duda, la que procedió como la aurora resurgente, hermosa como la luna, escogida como el sol.

12. Contempla, pues, cómo se elevó hasta los ángeles por la plenitud de la gracia y por encima de los ángeles al descender sobre ella el Espíritu Santo. Hay en los ángeles caridad, hay pureza, hay humildad. ¿Cuál de estas cosas no resplandeció en María? Pero de esto ya os hemos hablado antes del modo que hemos podido; prosigamos en ver su excelencia singular. A quién de los ángeles se dijo alguna vez: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por eso el fruto santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios. La verdad nació de la tierra, no de la creatura angélica, puesto que no tornó la naturaleza de los ángeles para salvarlos, sino que tomó la semilla de Abraham para redimir a sus hijos. Cosa excelsa es para el ángel el ser ministro del Señor, pero otra cosa más sublime mereció María, que fue la de ser Madre del Señor. Así la fecundidad de la Virgen es una gloria sobre-eminente, y por este privilegio único fue sublimada sobre todos los ángeles, tanto más cuanto supera el nombre de Madre de Dios al de simples ministros suyos. A ella la encontró la gracia, llena de gracia, para que, fervorosa en la caridad, en la virginidad íntegra, en la humildad devota concibiese sin conocer varón y diera a luz igualmente sin dolor ni menoscabo de su virginidad. Más aún, el fruto que nació de ella se llama santo y es Hijo de Dios.

13. En lo demás, hermanos, debemos procurar con el mayor cuidado que aquella Palabra que salió de la boca del Padre para nosotros por medio de la Virgen, no se vuelva vacía, sino que por mediación de Nuestra Señora devolvamos gracia por gracia. Mientras suspiramos por la presencia, fomentemos con toda nuestra atención su memoria, y así sean restituidas a su origen las corrientes de la gracia para que fluyan después más copiosamente. De otra suerte, si no vuelven a la fuente se secarán, y siendo infieles en lo poco no merecernos recibir lo que es máximo. Poco es ciertamente la memoria en comparación de la presencia, poco en comparación de lo que deseamos, pero grande cosa es respecto de lo que merecemos: inferior es respecto del deseo, pero muy superior al mérito. Sabiamente, por tanto, la Esposa, aún por esto poco, se congratula a sí misma en gran manera, puesto que habiendo dicho: Muéstrame dónde tienes los pastos, dónde reposas al llegar el mediodía, aunque recibió muy poco en

comparación de lo que había pedido, pues en vez del pasto de mediodía sólo gustó el sacrificio de la tarde, sin embargo de ningún modo se lamenta de ello, como suele suceder, ni se contrista, sino que da gracias al Amado y en todo se muestra más devota. Sabe muy bien que si es fiel en la sombra de la memoria, obtendrá sin duda la luz de la presencia. Así, los que hacéis memoria del Señor, no guardéis silencio, no permanezcáis mudos, aunque, a la verdad, los que tienen presente al Señor no necesitan de exhortación, y aquellas palabras del profeta: alaba, Jerusalén, al Señor, alaba a tu Dios, Sión, más bien son de congratulación que de amonestación, pero por los que caminan aún en la fe necesitan de amonestación para que no callen y no respondan al Señor con el silencio, porque Él hace oír su voz y habla palabras de paz para su pueblo y para sus santos y para todos aquellos que se vuelven a Él de corazón. Por esto se dice en el salmo: Con el santo serás santo, y con el varón inocente, y oírás al que le oye y hablará al que le habla. De otra suerte le habrás dado silencio, si tú callas. Pero ¿si tú callas de qué? De la alabanza. No calléis, dice, y no le deis silencio hasta que establezca y ponga a Jerusalén alabanza en la tierra. La alabanza de Jerusalén es gustosa y hermosa alabanza, a no ser que acaso juzguemos que los ciudadanos de Jerusalén se deleitan de las alabanzas mutuas y que se engañan recíprocamente con la vanidad.

14. Hágase tu voluntad, ¡oh Padre!, así en la tierra como en el cielo, para que las alabanzas que resuenan en Jerusalén resuenen también en la tierra. Pero ¿qué sucede ahora? El ángel no busca gloria de otro ángel en Jerusalén, mas el hombre desea ser alabado del hombre en la tierra. ¡Execrable perversidad!, pero sólo propia de aquellos que tienen ignorancia de Dios, que viven olvidados del Señor Dios suyo; en cuanto a vosotros, que os acordáis del Señor, no ceséis de publicar sus alabanzas hasta que resuenen cumplidamente en toda la tierra. Hay un silencio irrepreensible, más aún, loable, como también hay palabras que no son buenas. De otra suerte no diría el profeta que era bueno aguardar en silencio la salud que viene de Dios. Bueno es que la jactancia guarde silencio, bueno es que la blasfemia se calle, bueno es que enmudezca la murmuración y la detracción. Acontece que alguno, exasperado por la magnitud del trabajo y peso del día, murmura en su corazón y juzga temerariamente a los que velan por su alma, como que han de dar cuenta de ella. Esta murmuración equivale a un grito clamoroso que procede de un corazón endurecido y que le impide oír la voz de Dios. Otros, por la pusilanimidad de su espíritu, desmayan en la esperanza, y ésta viene a ser como una horrible blasfemia, que ni en este siglo ni en el futuro se perdona. Otros, en fin, aspiran a cosas grandes y muy superiores a su capacidad, diciendo: Nuestra mano es robusta creyéndose algo cuando en realidad son una pura nada. ¿Qué le hablará a éste aquel Señor que no habla sino de paz? Ese tal dice: Rico soy y de nadie necesito, mientras que el que es la verdad clama: ¡Ay de vosotros, ricos!, porque ya tenéis aquí vuestra consolación. Y en otra parte añade: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Calle, pues, en nosotros la lengua maldiciente, la lengua blasfema, la lengua orgullosa y altanera, porque es bueno aguardar en este triplicado silencio la salud que viene de Dios, a fin de que así podamos decir: Habla, Señor, porque tu siervo escucha. Semejantes voces no se dirigen a Él, sino contra Él, según aquello que decía Moisés a los

murmuradores: No es contra mí vuestra murmuración, sino contra el Señor

15. Mas de tal suerte has de callar en estas tres cosas, que no enmudezcas del todo, guardando con Dios absoluto silencio. Háblale contra la jactancia por la confesión, para que alcances perdón de lo pasado. Háblale contra la murmuración con la acción de gracias, para que te conceda más abundante gracia en la presente vida. Háblale contra la desconfianza en la oración, para que consigas también la gloria en lo futuro. Confiesa, repito, lo pasado, y da gracias por lo presente, y en adelante ora con más cuidado por lo futuro, a fin de que Él a su vez no calle en la remisión, ni en la donación de sus gracias ni en sus promesas. No calles, repito, no guardes silencio en su presencia. Háblale para que también Él te hable y pueda decirte: Mi amado es para mí y yo para él. Voz agradable es ésta; dulce palabra. Sin duda no es esta voz de murmuración, sino de tórtola. No me digas: ¿Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en la tierra extraña?, porque no debe reputarse tierra extraña aquella de la cual dice el Esposo: La voz de la tórtola se ha oído ya en nuestra tierra. Había, pues, oído el que decía: Cogednos las zorras pequeñas, y por eso acaso prorrumpió en voces de gozo, diciendo: Mi amado es para mí y yo para él. Sin duda voz de tórtola que con una castidad singular persevera para su consorte, así vivo como muerto, para que ni la muerte ni la vida la separen de la claridad de Cristo. Mira, pues, si hubo algo que pudiese apartar al amado de la amada, cuando ves que persevera unido a ella aun pecando y estando apartada de Él. Porfiaban en vueltas entre sí las nubes en ofuscar los rayos para que nuestras iniquidades nos apartasen de Dios. Pero desplegó su fervor el Sol y lo disipó todo. De otra suerte, ¿cuándo hubieras tú vuelto a Él, si Él no hubiera perseverado para ti, si Él no hubiera clamado: Vuélvete, vuélvete, vuélvete para que te miremos? Sé, pues, tú también no menos perseverante, de modo que por ningún castigo, por ningún trabajo te apartes.

16. Lucha con el ángel, como Jacob, para que no seas vencido, porque el reino de los cielos se alcanza a viva fuerza y sólo los valerosos le arrebatan. ¿Por ventura, no indican lucha aquellas palabras: Mi amado es para mí y yo para él? Te dio Él muestras de su amor, experimente también el tuyo. En muchas cosas te prueba el Señor tu Dios; se desvía muchas veces, aparta de ti su rostro; pero no llevado de ira. Lo hace para probarte, no para reprobarte. Te sufrió el amado, sufre tú al amado, sostén al Señor y obra varonilmente. No le vencieron a Él tus pecados, a ti tampoco te superen sus castigos, y alcanzarás la bendición. Mas ¿cuándo? Al nacimiento de la aurora, cuando ya esclarezca el día, cuando haya establecido las alabanzas de Jerusalén en la tierra. He aquí, dice Moisés, que un varón, o sea, un ángel, luchaba con Jacob hasta la mañana. Haz que sea oída de mí en la mañana tu misericordia, porque en ti, Señor, he esperado. No callaré, perseveraré en la oración hasta la mañana, y ojalá que no me quede en ayunas. Tú, Señor, te dignas alimentarme, y no sólo esto, sino entre las azucenas. Mi amado es para mí, y yo para él, el cual se apacienta entre las azucenas. Un poco antes se observa en el mismo cántico que la aparición de las flores va acompañada del arrullo de la tórtola. Pero atiende que parece indicar el sitio, no el sustento, y no explica de qué cosas se alimenta, sino entre qué cosas. Acaso, pues, no se alimenta con el manjar, sino con la compañía de las azucenas, ni come azucenas, sino que anda entre ellas. Sin duda

más bien por el olor que por el sabor agradan las azucenas y son más a propósito para la vista que para la comida.

17. Así, pues, se apacienta entre las azucenas, hasta que decline el día, y a la belleza de las flores se siga la abundancia de los frutos. Porque ahora es tiempo de flores, no de frutos, pues tenemos aquí sola la esperanza y no lo que esperamos, y caminando por la fe, no por la vista clara, nos congratulamos más con la expectación que con la experiencia. Considerad la suma delicadeza de esta flor y acordaos de aquellas palabras del Apóstol: Llevamos este tesoro en vasos de barro. ¡Cuántos peligros amenazan a las flores! ¡Cuán fácilmente con los agujones de las espinas es traspasada la azucena! Con razón, pues, canta el amado: Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes. ¿Acaso no era azucena entre espinas el que decía: Con los que aborrecían la paz era yo pacífico? Sin embargo, aunque el justo florece como la azucena, no se alimenta el Esposo de azucenas ni se complace en la singularidad. Escuchad cómo habla el que mora en medio de las azucenas: Donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Ama siempre Jesús lo que está en medio; los lugares apartados y solitarios siempre los ha reprobado el Hijo del hombre, que es el mediador entre Dios y los hombres. Mi Amado es para mí y yo para Él, el cual se apacienta entre azucenas. Procuremos, pues, hermanos míos, cultivar azucenas; démonos prisa arrancar de raíz las espinas y los abrojos, y plantemos en su lugar azucenas, por si alguna vez acaso se digna el amado descender a apacentarse entre ellas.

18. En María sí que se apacentaba, puesto que en ella hallaba grandísima abundancia de azucenas. ¿No son acaso azucenas el decoro de la virginidad, las insignias de la humildad, la supereminencia de la caridad? También nosotros podemos tener azucenas, aunque menos hermosas y olorosas; con todo, ni aun entre ellas se desdeñará de apacentarse el esposo, con tal de que a esas acciones de gracias, de que hemos hablado antes, les dé lustre la alegría de la devoción, a la oración le dé candor la pureza de intención y la misericordia dé blancura a la confesión, como está escrito: Aunque sean vuestros pecados como la escarlata, se volverán blancos como la nieve, y aunque sean rojos como el carmesí, serán blancos como la lana. Pero sea lo que fuere aquello que dispones ofrecer, acuérdate de encomendarlo a María, para que vuelva la gracia por el mismo cauce por donde corrió, al dador de la gracia. No le faltaba a Dios, ciertamente, poder para infundirnos la gracia, sin valerse de este acueducto, si Él hubiera querido, pero quiso proveerte de ella por este conducto. Acaso tus manos están aún llenas de sangre o manchadas con dádivas sobornadoras, porque todavía no las tienes lavadas de toda mancha. Por eso aquello poco que deseas ofrecer, procura depositarlo en aquellas manos de María, graciosísimas y dignísimas de todo aprecio, a fin de que sea ofrecido al Señor, sin sufrir de Él repulsa. Sin duda candidísimas azucenas son, ni se quejará aquel amante, de las azucenas de no haber encontrado entre azucenas todo lo que Él hallare en las manos de María. Amén.

II. SERMÓN de la Anunciación de la virgen María. de los siete dones del Espíritu Santo en Cristo

1. La presente solemnidad de la anunciación del Señor, hermanos míos, parece que presenta a nuestra vista la sencilla historia de nuestra reparación bajo el aspecto de una llanura dilatada y amenísima. Se confía una nueva embajada al ángel San Gabriel, y una virgen que profesa una nueva virtud es honrada con los obsequios de una nueva salutación. Se aparta de las mujeres la maldición antigua, y la nueva Madre recibe una bendición nueva. Se halla llena de gracia la que ignora la concupiscencia, a fin de que, viniendo sobre ella el Espíritu Santo, conciba en su seno virginal un Hijo la misma que se desdeña de admitir varón. Penetra en nosotros el antídoto de la salud por la puerta misma por donde, entrando el veneno de la serpiente, había ocupado la universalidad del linaje humano. Innumerables flores semejantes a éstas es fácil coger en estos hermosos prados; pero yo descubro en medio de ellos un abismo de una profundidad insondable. Abismo inescrutable es verdaderamente el misterio de la encarnación del Señor, abismo impenetrable aquel en que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Quién le podrá sondear, quién podrá asomarse a él, quién le comprenderá? El pozo es profundo y yo no tengo con qué pueda sacar agua. Sin embargo, acontece algunas veces que el vapor que se exhala del fondo de un pozo humedece los lienzos puestos sobre la boca del mismo pozo. Así, aunque recelo penetrar adentro, conociendo bien mi propia flaqueza, con todo eso repetidas veces, Señor, colocándome junto a la boca de este pozo, extendiendo a ti mis manos, porque mi alma está como una tierra sin agua en tu presencia. Y ahora que subiendo de abajo la niebla ha embebido en sí algo de ella mi tenue pensamiento, procuraré, hermanos míos, comunicároslo con toda sencillez, exprimiendo, por decirlo así, el lienzo y derramando sobre vosotros las pequeñas gotas del celestial rocío.

2. Pregunto, pues, ¿por qué razón encarnó el Hijo y no el Padre o el Espíritu Santo, siendo no sólo igual la gloria de toda la Trinidad, sino también una sola e idéntica su substancia? Pero ¿quién conoció los designios del Señor, o quién ha sido su consejero? Altísimo misterio es éste ni conviene que temerariamente precipitemos nuestro parecer sobre esto. Con todo eso, parece que ni la encarnación del Padre ni la del Espíritu Santo hubiera evitado el inconveniente de la confusión en la pluralidad de hijos, debiendo llamarse el uno hijo de Dios y el otro hijo del hombre. Parece también muy congruente que el que era Hijo se hiciera hijo, para que no hubiera equivocación ni siquiera en el nombre. En fin, esto mismo constituye la gloria de nuestra Virgen, ésta es la singular prerrogativa de María, que mereció tener por hijo al mismo que es Hijo de Dios Padre, la cual gloria no tendría, como es claro, si el Hijo no se hubiera encarnado. Ni a nosotros se nos podría dar de otro modo igual ocasión de esperar la salud y la herencia eterna, porque, hecho primogénito entre muchos hermanos el que era unigénito del Padre, llamará sin duda a la participación de la herencia a los que llamó a la adopción, pues los que son hermanos son coherederos también. Jesucristo, pues, así como con un misterio

inefable juntó en una persona la substancia de Dios y la del hombre, así también, usando de un altísimo consejo, en la reconciliación no se apartó de una equidad prudente, dando a uno y a otro lo que convenía: honor a Dios y misericordia al hombre. Bellísima forma de composición entre el Señor ofendido y el siervo reo es hacer que ni por el celo de honrar al Señor sea oprimido el siervo con una sentencia algo más dura, ni tampoco condescendiendo con él inmoderadamente sea defraudado el Señor en el honor que le es debido.

3. Escucha, pues, y observa la distribución que hacen los ángeles en el nacimiento de este Mediador: Gloria, dicen, sea a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. En fin, para guardar esta distribución no faltó a Cristo reconciliador fiel, ni el espíritu de temor, con que mostrara siempre reverencia al Padre, siempre difiriese a él y siempre buscase su gloria; ni el espíritu de piedad, con que misericordiosamente se compadeciese de los hombres. Por lo mismo, tuvo también como necesario el espíritu de ciencia, por el cual se hiciese la distribución del espíritu de temor y de piedad sin confusión alguna. Y advierte que en aquel pecado de nuestros primeros padres fueron tres los autores, pero manifiestamente faltaron a los tres, tres cosas. Hablo de Eva, del diablo y de Adán. No tuvo Eva ciencia, pues, como dice el Apóstol, fue seducida para cometer el pecado. Seguramente ésta no faltó a la serpiente, pues se describe como la más astuta entre todos los animales, pero careció el maligno del espíritu de piedad, puesto que fue homicida desde el principio. Tal vez Adán podría parecer piadoso en no querer contristar a la mujer, pero abandonó el espíritu de temor de Dios, obedeciendo antes a la voz de Eva que a la divina. Ojalá que hubiera prevalecido en él el espíritu de temor, como expresamente leemos de Cristo en la Escritura, que estuvo lleno no del espíritu de piedad, sino del de temor, porque en todo y para todo debe preferirse el temor de Dios a la piedad con los prójimos, y él sólo es el que debe ocupar todo el hombre. Por medio de estas tres virtudes, que son: el espíritu de temor, el de piedad y el de ciencia, reconcilió a los hombres con Dios nuestro Mediador, porque con su consejo y con su fortaleza los libró del poder del enemigo. En efecto, con su espíritu de consejo, permitiendo que Satanás echara sus manos violentas sobre el inocente, le despojó de sus antiguos derechos, con su fortaleza prevaleció contra él para que no pudiera retener a los redimidos cuando volvió de los infiernos vencedor y devolvió la vida a todos los que resucitaron con El.

4. Nos sustenta, a más de esto, con el pan de vida y de entendimiento, y nos da a beber del agua de la sabiduría que da la salud. Porque la inteligencia de las cosas espirituales e invisibles es verdadero pan del alma que corrobora nuestro corazón y nos fortalece para toda obra buena en todo género de ejercicios espirituales. El hombre carnal que no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, sino que le parecen necesidad, gime y llora diciendo: Se ha secado mi corazón porque me olvidé de comer mi pan. Mira qué verdad tan pura y perfecta es que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. Pero ¿cuándo percibirá esto el avaro? En vano trabajará cualquiera que pretenda persuadirselo. ¿Y por qué? Porque le parece necesidad. ¿Qué cosa más verdadera que ser suave el yugo de Cristo? Pon esto delante de un

hombre mundano y verás cómo lo reputa piedra antes que pan. Y ciertamente con la inteligencia de esta verdad interior vive el alma y éste es su manjar espiritual, porque: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. Sin embargo, mientras no saborees esta verdad, difícilmente podrás penetrar hasta el interior. Mas cuando comenceres a sentir deleite en ella ya no será manjar, sino bebida; y sin dificultad entrará en tu alma para que así el manjar espiritual de la inteligencia se digiera mejor mezclado con la bebida de la sabiduría, no sea que padeciendo sequedad los miembros del hombre interior, esto es, sus afectos, sirva más de carga que de provecho.

5. De todas las cosas, pues, que eran necesarias para salvar a los pueblos, ninguna absolutamente faltó al Salvador. Porque Él es de quien anticipadamente cantó Isaías: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor, y reposará sobre ella el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y la llenará el espíritu del temor del Señor. Observa con cuidado que dijo que esta flor se elevaría, no de la vara, sino de la raíz. Porque si la nueva carne de Cristo hubiera sido creada de la nada en la Virgen (como algunos pensaron), no se podría decir que la flor había subido de la raíz, sino de la vara. Mas al decirse que se elevó de la raíz, se hace manifiesto que tuvo una materia común con los demás hombres desde el principio. Cuando añade que descansará sobre El, el Espíritu del Señor, nos declara que ninguna contradicción o lucha habría en El. En nosotros, porque no es del todo superior el espíritu, no descansa del todo; puesto que la carne lucha y combate contra el espíritu y el espíritu contra la carne, del cual combate nos libre aquel Señor en quien nada semejante hubo; aquel hombre nuevo, aquel hombre íntegro y perfecto que tomó el verdadero origen de nuestra carne, pero no tomó el envejecido cebo de la concupiscencia.

III. SERMÓN Sobre las doce prerrogativas de la bienaventurada virgen María, según las palabras del Apocalipsis del capítulo 12.

1. Muchísimo daño, amadísimos, nos causaron un varón y una mujer; pero, gracias a Dios, igualmente por un varón y una mujer se restaura todo. Y no sin grande aumento de gracias. Porque no fue el don como había sido el delito, sino que excede a la estimación del daño la grandeza del beneficio. Así, el prudentísimo y clementísimo Artífice no quebrantó lo que estaba hundido, sino que lo rehízo más útilmente por todos modos, es a saber, formando un nuevo Adán del viejo y transfundiendo a Eva en María. Y, ciertamente, podía bastar Cristo, pues aun ahora toda nuestra suficiencia es de Él, pero no era bueno para nosotros que estuviese el hombre solo. Mucho más conveniente era que asistiese a nuestra reparación uno y otro sexo, no habiendo faltado para nuestra corrupción ni el uno ni el otro. Fiel y poderoso mediador de Dios y de los hombres es el hombre Cristo Jesús, pero respetan en él los hombres una divina majestad. Parece estar la humanidad absorbida en la divinidad, no porque se haya mudado la substancia, sino porque sus afectos están divinizados. No se canta de El sola la misericordia, sino que también se le canta igualmente la justicia, porque aunque aprendió, por lo que padeció, la compasión, y vino a ser misericordioso, con todo eso tiene la potestad de juez al mismo tiempo. En fin, nuestro Dios es un fuego que consume. ¿Qué mucho tema el pecador llegarse a Él, no sea que, al modo que se derrite la cera a la presencia del fuego, así perezca él a la presencia de Dios?

2. Así, pues, ya no parecerá estar de más la mujer bendita entre todas las mujeres, pues se ve claramente el papel que desempeña en la obra de nuestra reconciliación, porque necesitamos un mediador cerca de este Mediador y nadie puede desempeñar tan provechosamente este oficio como María. ¡Mediadora demasiado cruel fue Eva, por quien la serpiente antigua infundió en el varón mismo el pestífero veneno! ¡Pero fiel es María, que propinó el antídoto de la salud a los varones y a las mujeres! Aquella fue instrumento de la seducción, ésta de la propiciación; aquella sugirió la prevaricación, ésta introdujo la redención. ¿Qué recela llegar a María la fragilidad humana? Nada hay en ella austero, nada terrible; todo es suave, ofreciendo a todos leche y lana. Revuelve con cuidado toda la serie de la evangélica historia, y si acaso algo de dureza o de reprensión desabrida, si aún la señal de alguna indignación, aunque leve, se encuentre en María, tenla en adelante por sospechosa y recela el llegarte a ella. Pero si más bien (como es así en la verdad) encuentras las cosas que pertenecen a ella llenas de piedad y de misericordia, llenas de mansedumbre y de gracia, da las gracias a aquel Señor que con una benignísima misericordia proveyó para ti tal mediadora que nada puede haber en ella que infunda temor. Ella se hizo toda para todos; a los sabios y a los ignorantes, con una copiosísima caridad, se hizo deudora. A todos abre el seno de la misericordia, para que todos reciban de su plenitud: redención el cautivo, curación el enfermo, consuelo el afligido, el pecador perdón, el justo gracia, el ángel alegría; en fin, toda la Trinidad gloria, y la misma persona del Hijo recibe de ella la substancia de la carne humana, a fin de que

no haya quien se esconda de su calor.

3. ¿No juzgas, pues, que esta misma es aquella mujer vestida del sol? Porque, aunque la misma serie de la visión profética demuestre que se debe entender de la presente Iglesia, esto mismo seguramente parece que se puede atribuir sin inconveniente a María. Sin duda ella es la que se vistió como de otro sol. Porque, así como aquél nace indiferentemente sobre los buenos y los malos, así también esta Señora no examina los méritos antecedentes, sino que se presenta exorable para todos, para todos clementísima, y se apiada de las necesidades de todos con un amplísimo afecto. Todo defecto está debajo de ella y supera todo lo que hay en nosotros la fragilidad y corrupción, con una sublimidad excelentísima en que excede y sobrepasa las demás creaturas, de modo que con razón se dice que la luna está debajo de sus pies. De otra suerte, no parecería que decíamos una cosa muy grande si dijéramos que esta luna estaba debajo de los pies de quien es ilícito dudar que fue ensalzada sobre todos los coros de los ángeles, sobre los querubines también y los serafines. Suele designarse en la una no sólo el defecto de la corrupción, sino la necedad del entendimiento y algunas veces la Iglesia del tiempo presente; aquello, ciertamente, por su mutabilidad, la Iglesia por el esplendor que recibe de otra parte. Mas una y otra luna (por decirlo así) congruentísimamente está debajo de los pies de María, pero de diferente modo, puesto que el necio se muda como la luna y el sabio permanece como el sol. En el sol, el calor y el esplendor son estables, mientras que en la luna hay solamente el esplendor, y aun éste es mudable e incierto, pues nunca permanece en el mismo estado. Con razón, pues, se nos representa a María vestida del sol, por cuanto penetró el abismo profundísimo de la divina sabiduría más allá de lo que se pueda creer, de suerte que, en cuanto lo permite la condición de simple creatura, sin llegar a la unión personal, parece estar sumergida totalmente en aquella inaccesible luz, en aquel fuego que purificó los labios del profeta Isaías, y en el cual se abrasan los serafines. Así que de muy diferente modo mereció María no sólo ser rozada ligeramente por el sol divino, sino más bien ser cubierta con él por todas partes, ser bañada alrededor y como encerrada en el mismo fuego. Candidísimo es, a la verdad, pero y también calidísimo el vestido de esta mujer, de quien todas las cosas se ven tan excelentemente iluminadas, que no es lícito sospechar en ella nada, no digo tenebroso, pero ni oscuro en algún modo siquiera o menos lúcido, ni tampoco algo que sea tibio o no lleno de fervor.

4. Igualmente, toda necedad está muy debajo de sus pies, para que por todos modos no se cuente María en el número de las mujeres necias ni en el coro de las vírgenes insensatas. Antes bien, aquel único necio y príncipe de toda la necedad que, mudado verdaderamente como la luna, perdió la sabiduría en su hermosura, conculcado y quebrantado bajo los pies de María, padece una miserable esclavitud. Sin duda, ella es aquella mujer prometida otro tiempo por Dios para quebrantar la cabeza de la serpiente antigua con el pie de la virtud, a cuyo calcaño puso asechanzas en muchos ardides de su astucia, pero en vano, puesto que ella sola quebrantó toda la herética perversidad. Uno decía que no había concebido a Cristo de la substancia de su carne; otro silbaba que no había dado a luz al niño, sino que le había hallado; otro blasfemaba que, a lo menos, después del parto, había sido conocida de varón; otro, no sufriendo que la llamasen

Madre de Dios, reprendía impiésimamente aquel nombre grande, *Theocotos*, que significa la que dio a luz a Dios. Pero fueron quebrantados los que ponían asechanzas, fueron conculcados los engañadores, fueron confutados los usurpadores y la llaman bienaventurada todas las generaciones. Finalmente, luego que dio a luz, puso asechanzas el dragón por medio de Herodes, para apoderarse del Hijo que nacía y devorarlo, porque había enemistades entre la generación de la mujer y la del dragón.

5. Mas ya, si parece que más bien se debe entender la Iglesia en el nombre de luna, por, cuanto no resplandece de suyo, sino que aquel Señor que dice: Sin mí nada podéis hacer, tendremos entonces evidentemente expresada aquí aquella mediadora de quien poco hace os he hablado. Apareció una mujer, dice San Juan, vestida del sol, y la luna debajo de sus pies. Abracemos las plantas de María, hermanos míos, y postrémonos con devotísimas súplicas a aquellos pies bienaventurados. Retengámosla y no la dejemos partir hasta que nos bendiga, porque es poderosa. Ciertamente, el vellocino colocado entre el rocío y la era, y la mujer entre el sol y la luna, nos muestran a María, colocada entre Cristo y la Iglesia. Pero acaso no os admira tanto el vellocino saturado de rocío como la mujer vestida del sol, porque si bien es grande la conexión entre la mujer y el sol con que está vestida, todavía resulta más sorprendente la adherencia que hay entre ambos. Porque ¿cómo en medio de aquel ardor tan vehemente pudo subsistir una naturaleza tan frágil? Justamente te admiras, Moisés santo, y deseas ver más de cerca esa estupenda maravilla; mas para conseguirlo debes quitarte el calzado y despojarte enteramente de toda clase de pensamientos carnales. Iré a ver, dice, esta gran maravilla. Gran maravilla, ciertamente, una zarza ardiendo sin quemarse, gran portento una mujer que queda ilesa estando cubierta con el sol. No es de la naturaleza de la zarza el que esté cubierta por todas partes de llamas y permanezca con todo eso sin quemarse; no es poder de mujer el sostener un sol que la cubre. No es de virtud humana, pero ni de la angélica seguramente. Es necesaria otra más sublime. El Espíritu Santo, dice, sobrevendrá en ti. Y como si respondiese ella: Dios es espíritu y nuestro Dios es un fuego que consume. La virtud, dice, no la mía, no la tuya, sino la del Altísimo, te hará sombra. No es maravilla, pues, que debajo de tal sombra sostenga también una mujer vestido tal.

6. Una mujer, dice, cubierta con el sol. Sin duda cubierta de luz como de un vestido. No lo percibe acaso el carnal: sin duda es cosa espiritual, necedad le parece. No parecía así al Apóstol, quien decía: Vestíos del Señor Jesucristo. ¡Cuán familiar de El fuiste hecha, Señora! ¡Cuán próxima, más bien, cuán íntima mereciste ser hecha! ¡Cuánta gracia hallaste en Dios! En ti está y tú en Él; a Él le vistes y eres vestida por Él. Le vistes con la substancia de la carne y Él te viste con la gloria de la majestad suya. Vistes al sol de una nube y eres vestida tú misma de un sol. Porque una cosa nueva hizo Dios sobre la tierra, y fue que una mujer rodease a un varón, que no es otro que Cristo, de quien se dice: He ahí un varón; Oriente es su nombre; una cosa nueva hizo también en el cielo, y fue que apareciese una mujer cubierta con el sol. Finalmente, ella le coronó y mereció también ser coronada por El. Salid, hijas de Sión, y ved al rey Salomón en la diadema con que le coronó su Madre. Pero esto para otro tiempo. Entre tanto, entrad,

más bien, y ved a la reina en la diadema con que la coronó su Hijo.

7. En su cabeza, dice, tenía una corona de doce estrellas. Digna, sin duda, de ser coronada con estrellas aquella cuya cabeza, brillando mucho más lucidamente que ellas, más bien las adornará que será por ellas adornada. ¿Qué mucho que coronen los astros a quien viste el sol? Como en los días de primavera, dice, la rodeaban las flores de los rosales y las azucenas de los valles. Sin duda la mano izquierda del Esposo está puesta bajo de su cabeza y ya su diestra la abraza. ¿Quién apreciará estas piedras? ¿Quién dará nombre a estas estrellas con que está fabricada la diadema real de María? Sobre la capacidad del hombre es dar idea de esta corona y explicar su composición. Con todo eso, nosotros, según nuestra cortedad, absteniéndonos del peligroso examen de los secretos, podremos acaso sin inconveniente entender en estas doce estrellas doce prerrogativas de gracias con que María singularmente está adornada. Porque se encuentran en María prerrogativas del cielo, prerrogativas del cuerpo y prerrogativas del corazón; y si este ternario se multiplica por cuatro, tenemos quizá las doce estrellas con que la real diadema de María resplandece sobre todos. Para mí brilla un singular resplandor, primero, en la generación de María; segundo, en la salutación del ángel; tercero, en la venida del Espíritu Santo sobre ella; cuarto, en la indecible concepción del Hijo de Dios. Así, en estas mismas cosas también resplandece un soberano honor, por haber sido ella la primiceria de la virginidad, por haber sido fecunda sin corrupción, por haber estado encinta sin opresión, por haber dado a luz sin dolor. No menos también con un especial resplandor brillan en María la mansedumbre del pudor, la devoción de la humildad, la magnanimidad de la fe, el martirio del corazón. Cuidado vuestro será mirar con mayor diligencia cada una de estas cosas. Nosotros habremos satisfecho, al parecer, si podemos indicarlas brevemente.

8. ¿Qué es, pues, lo que brilla, comparable con las estrellas, en la generación de María? Sin duda el ser nacida de reyes, el ser de sangre de Abrahán, el ser de la generosa prosapia de David. Si esto parece poco, añade que se sabe fue concedida por el cielo a aquella generación por el privilegio singular de santidad, que mucho antes fue prometida por Dios a estos mismos Padres, que fue prefigurada con misteriosos prodigios, que fue prenunciada con oráculos proféticos. Porque a esta misma señalaba anticipadamente la vara sacerdotal cuando floreció sin raíz, a ésta el vellocino de Gedeón cuando en medio de la era seca se humedeció, a ésta la puerta oriental en la visión de Ezequiel, la cual para ninguno estuvo patente jamás. Esta era, en fin, la que Isaías, más claramente que todos, ya la prometía como vara que había de nacer de la raíz de Jesé, ya, más manifiestamente, como virgen que había de dar a luz. Con razón se escribe que este prodigio grande había aparecido en el cielo, pues se sabe haber sido prometido tanto antes por el cielo. El Señor dice: El mismo os dará un prodigio. Ved que concebirá una virgen. Grande prodigio dio, a la verdad, porque también es grande el que le dio. ¿En qué vista no reverbera con la mayor vehemencia el brillo resplandeciente de esta prerrogativa? Ya, en haber sido saludada por el ángel tan reverente y obsequiosamente, que podía parecer que la miraba ya ensalzada con el solio real sobre todos los órdenes de los escuadrones celestiales y que casi iba a adorar a una mujer el que solía hasta

entonces ser adorado gustosamente por los hombres, se nos recomienda el excelentísimo mérito de nuestra Virgen y su gracia singular.

9. No menos resplandece aquel nuevo modo de concepción, por el cual, no en la iniquidad, como las demás mujeres, sino sobreviniendo el Espíritu Santo, sola María concibió y de sola la santificación. Pero el haber engendrado ella al verdadero Dios y verdadero Hijo de Dios, para que uno mismo fuese Hijo de Dios y de los hombres y uno absolutamente, Dios y hombre, naciese de María, abismo es de luz; ni diré fácilmente que aun la vista del ángel no se ofusque a la vehemencia de este resplandor. En lo demás, evidentemente, se ilustra la virginidad por la novedad del mismo propósito de la virginidad, puesto que, elevándose en la libertad de espíritu sobre los decretos de la ley de Moisés, ofreció a Dios con voto la inmaculada santidad de cuerpo y de espíritu juntamente. Prueba la inviolable firmeza de su propósito el haber respondido tan firmemente al ángel que la prometía un hijo: ¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón? Acaso por eso se turbó en sus palabras y pensaba qué salutación sería ésta, porque había oído que la llamaban bendita entre las mujeres la que siempre deseaba ser bendita entre las vírgenes. Y desde aquel punto, ciertamente, pensaba qué salutación sería ésta, porque ya parecía ser sospechosa. Mas luego que en la promesa de un hijo aparecía el peligro manifiesto de la virginidad, ya no pudo disimular más ni dejar de decir: ¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varón? Por tanto, con razón mereció aquella bendición y no perdió ésta, para que así sea mucha más gloriosa la virginidad por la fecundidad y la fecundidad por la virginidad y parezcan ilustrarse mutuamente estos dos astros con sus rayos. Pues el ser virgen cosa grande es, pero ser virgen madre, por todos modos es mucho más. Con razón también sola ella no sintió aquel molestísimo tedio con que todas las mujeres embarazadas son afligidas, pues ella sola concibió sin libidinoso deleite. Por lo cual, en el mismo principio de la concepción, cuando principalmente son afligidas miserablemente las demás mujeres, María con toda presteza sube a las montañas para asistir a Isabel. Subió también a Belén, estando ya cercano el parto, llevando aquel preciosísimo depósito, llevando aquel peso dulce, llevando a quien la llevaba. Así también, en el mismo parto, de cuánto esplendor es el haber dado a luz con un gozo nuevo la nueva prole, siendo sola ella entre las mujeres ajena de la común maldición y del dolor de las que dan a luz. Si el precio de las cosas se ha de juzgar por lo raro de ellas, nada se puede hallar más raro que éstas. Puesto que en todas ellas ni se vió tener primera semejante ni segunda. De todo esto, si fielmente lo miramos, sin duda concebiremos admiración; pero y veneración también, devoción y consolación.

10. Mas lo que todavía resta considerar pide imitación. No es para nosotros el ser antes del nacimiento prometidos prodigiosamente de tantos y tan varios modos ni el ser prenunciados desde el cielo, ni tampoco el ser honrados por el arcángel Gabriel con los obsequios de tan nueva salutación. Mucho menos nos comunican las otras dos cosas a nosotros; ciertamente su secreto es para sí. Porque sola ella es de quien se dice: Lo que en ella ha nacido es del Espíritu Santo. Sola ella es a quien se dice: Lo santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios. Sean ofrecidas al Rey las vírgenes, pero después de ella, porque ella sola reserva para sí la primacía. Mucho más, ella sola concibió al hijo sin

corrupción, le llevó sin opresión, le dio a luz sin dolor. Así, nada de esto se exige de nosotros, pero, ciertamente, se exige algo. Porque por ventura, si también nos falta a nosotros la mansedumbre del pudor, la humildad del corazón, la magnanimidad de la fe, la compasión del ánimo, ¿excusará nuestra negligencia la singularidad de estos dones? Agraciada piedra en la diadema, estrella resplandeciente en la cabeza es el rubor en el semblante del hombre vergonzoso. ¿Piensa acaso alguno que careció de esta gracia la que fue llena de gracias? Vergonzosa fue María. Del Evangelio lo probamos. Porque ¿en dónde se ve que fuese alguna vez locuaz, en dónde se ve que fuese presuntuosa? Solicitando hablar al hijo se estaba afuera, ni con la autoridad que tenía de madre interrumpió el sermón o se entró por la habitación en que el hijo estaba hablando. En toda la serie, finalmente, de los cuatro Evangelios (si bien me acuerdo) no se oye hablar a María sino cuatro veces. La primera al ángel, pero cuando ya una y dos veces la había él hablado; la segunda a Isabel, cuando la voz de su salutación hizo saltar de gozo a Juan en el vientre; y, alabando, entonces Isabel a María, cuidó ella más bien de alabar al Señor; la tercera al Hijo, cuando era ya de doce años, porque ella misma y su padre le habían buscado llenos de dolor; la cuarta, en las bodas, al Hijo y a los ministros. Y estas palabras, sin duda, fueron índice ciertísimo de su congénita mansedumbre y vergüenza virginal. Puesto que, reputando suyo el empacho de otros, no pudo sufrir, no pudo disimular que les faltase vino. A la verdad, luego que fue increpada por el Hijo, como mansa y humilde de corazón, no respondió, mas ni con todo eso desesperó, avisando a los ministros que hiciesen lo que Él les dijese.

11. Y después de haber nacido Jesús en la cueva de Belén, ¿acaso no leemos que vinieron los pastores y encontraron la primera de todos a María? Hallaron, dice el evangelista, a María y a José, y al infante puesto en el pesebre. También los Magos, si hacemos memoria, no, sin María su Madre encontraron al Niño, y cuando ella introdujo en el templo del Señor al Señor del templo, muchas cosas ciertamente oyó a Simeón, así relativas a Jesús como a sí misma, pero, como siempre, mostróse tarda en hablar y solícita en escuchar. María conservaba todas estas palabras, ponderándolas en su corazón; y en todas estas circunstancias no profieren sus labios una sola palabra acerca del sublime misterio de la encarnación del Señor. ¡Ay de nosotros, que parece tenemos el espíritu en las narices! ¡Ay de nosotros, que echamos afuera todo nuestro espíritu, y que, según aquello del cómico, llenos de hendiduras nos derramamos por todas partes! ¡Cuántas veces oyó María a su Hijo, no sólo hablando a las turbas en parábolas, sino descubriendo aparte a sus discípulos el misterio del reino de Dios! ¡Le vio haciendo prodigios, le vio pendiente de la cruz, le vio expirando, le vio cuando resucitó, le vio, en fin, ascendiendo a los cielos! Y en todas estas circunstancias, ¿cuántas veces se menciona haber sido oída la voz de esta pudorósísima Virgen, cuántas el arrullo de esta castísima y mansísima tórtola? Últimamente leemos en los Actos de los Apóstoles que los discípulos, volviendo del monte de los Olivos, perseveraban unánimemente en la oración. ¿Quiénes? Hallándose presente allí María, parece obvio que debía ser nombrada la primera, puesto que era superior a todos, así por la prerrogativa de su divina maternidad como por el privilegio de su santidad. Pedro y Andrés, dice, Santiago y Juan,

y los demás que se siguen. Todos los cuales perseveraban juntos en oración con las mujeres, y con María, la madre de Jesús. Pues ¿qué?, ¿se portaba acaso María como la última de las mujeres, para que se la pusiese en el postrer lugar? Cuando los discípulos, sobre los cuales aún no había bajado el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado, suscitaron entre sí la contienda acerca de la primacía en el reino de Cristo, obraron guiados por miras humanas; todo al revés lo hizo María, pues siendo la mayor de todos y en todo, se humilló en todo y más que todos. Con razón, pues, fue constituida la primera de todos, la que siendo en realidad la más excelsa escogía para sí el último lugar. Con razón fue hecha Señora de todos la que se portaba como sierva de todos. Con razón, en fin, fue ensalzada sobre todos los coros de los ángeles la que con infame mansedumbre se abatía a sí misma debajo de las viudas y penitentes, y aun debajo de aquella de quien habían sido lanzados siete demonios. Ruégoos, hijos amados, que imitéis esta virtud; si amáis a María, si anheláis agradarla, imitad su modestia. Nada dice tan bien al hombre, nada es tan conveniente al cristiano y nada es tan decente al monje en especial.

12. Y sin duda que bastante claramente se deja ver en la Virgen, por esta misma mansedumbre, la virtud de la humildad con la mayor brillantez. Verdaderamente, colactáneas son la mansedumbre y la humildad, confederadas más íntimamente en aquel Señor que decía: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Porque así como la altivez es madre de la presunción así la verdadera mansedumbre no procede sino de la verdadera humildad. Mas ni sólo en el silencio de María se recomienda su humildad, sitio que resuena todavía más elocuentemente en sus palabras. Había oído: Lo santo que nacerá de ti se llamará Hijo de Dios, y no responde otra cosa sino que es la sierva de Él. De aquí llega la visita a Isabel, y al punto se le revela a ésta por el espíritu la singular gloria de la Virgen. Finalmente, admiraba la persona de quien venía, diciendo: ¿De dónde a mí esto, que venga a mi casa la madre de mi Señor? Ensalzaba también la voz de quien la saludaba, añadiendo: Luego que sonó la voz de tu salutación en mis oídos saltó de gozo el infante en mi vientre. Y alababa la fe de quien había creído diciendo: Bienaventurada tú que has creído, porque en ti serán cumplidas las cosas que por el Señor se te han dicho. Grandes elogios, sin duda, pero también su devota humildad, no queriendo retener nada para sí, más bien lo atribuye todo a aquel Señor cuyos beneficios se alababan en ella. Tú, dice, engrandesces a la Madre del Señor, pero mi alma engrandece al Señor. Dices que a mi voz saltó de gozo el joven, pero mi espíritu se llenó de gozo en Dios, que es mi salud, y él mismo también, como amigo del Esposo, se llena de gozo a la voz del Esposo. Bienaventurada me llamas porque he creído, pero la causa de mi fe y de mi dicha es haberme mirado la piedad suprema, a fin de que por eso me llamen bienaventurada las naciones todas, porque se dignó Dios mirar a esta su sierva pequeña y humilde.

13. Sin embargo, ¿creéis acaso, hermanos, que Santa Isabel errase en lo que, iluminada por el Espíritu Santo, hablaba? De ningún modo. Bienaventurada ciertamente era aquella a quien miró Dios, y bienaventurada la que creyó, porque su fe fue el fruto sublime que produjo en ella la vista de Dios. Pues por un infame artificio del Espíritu

Santo, a tanta humildad se juntó tanta magnanimidad en lo íntimo del corazón virginal de María, para que (como dijimos antes de la integridad y fecundidad) se volvieran igualmente estas dos estrellas más claras por la mutua correspondencia, porque ni su profunda humildad disminuyó su magnanimidad ni su excelsa magnanimidad amenguó su humildad, sino que, siendo en su estimación tan humilde, era no menos magnánima en la creencia de la promesa, de suerte que aunque no se reputaba a sí misma otra cosa que una pequeña sierva, de ningún modo dudaba que había sido escogida para este incomprensible misterio, para este comercio admirable, para este sacramento inescrutable, y creía firmemente que había de ser luego verdadera madre del que es Dios y hombre. Tales son los efectos que en los corazones de los escogidos causa la excelencia de la divina gracia, de forma que ni la humildad los hace pusilánimes ni la magnanimidad arrogantes, sino que estas dos virtudes más bien se ayudan mutuamente, para que no sólo ninguna altivez se introduzca por la magnanimidad, sino que por ella principalmente crezca la humildad; con esto se vuelven ellos mucho más timoratos y agradecidos al dador de todas las gracias y al propio tiempo evitan que tenga entrada alguna en su alma la pusilanimidad con ocasión de la humildad, porque cuanto menos suele presumir cada uno de su propia virtud, aún en las cosas mínimas, tanto más en cualesquiera cosas grandes confía en la virtud divina.

14. El martirio de la Virgen ciertamente (que entre las estrellas de su diadema, si os acordáis, nombramos la duodécima) está expresado así en la profecía de Simeón como en la historia de la pasión del Señor. Está puesto éste, dice Simeón al joven Jesús, como blanco, al que contradecirán, y a tu misma alma (decía a María) traspasará la espada. Verdaderamente, ¡oh madre bienaventurada!, traspasó tu alma la espada. Ni pudiera ella penetrar el cuerpo de tu hijo sin traspasarla. Y, ciertamente, después que expiró aquel tu Jesús (de todos, sin duda, pero especialmente tuyo) no tocó su alma la lanza cruel que abrió (no perdonándole aun muerto, a quien ya no podía dañar) su costado, pero traspasó seguramente la tuya. Su alma ya no estaba allí, pero la tuya, ciertamente, no se podía de allí arrancar. Tu alma, pues, traspasó la fuerza del dolor, para que no sin razón te prediquemos más que mártir, habiendo sido en ti mayor el afecto de compasión que pudiera ser el sentido de la pasión corporal.

15. ¿Acaso no fue para ti más que espada aquella palabra que traspasaba en la realidad el alma que llegaba hasta la división del alma y del espíritu: Mujer, mira tu hijo. ¡Oh trueque! Te entregan a Juan en lugar de Jesús, el siervo en lugar del Señor, el discípulo en lugar del Maestro, el hijo del Zebedeo en lugar del Hijo de Dios, un hombre puro en lugar del Dios verdadero. ¿Cómo no traspasaría tu afectuosísima alma el oír esto, cuando quiebra nuestros pechos, aunque de piedra, aunque de hierro, sola la memoria de ello? No os admiréis, hermanos, de que sea llamada María mártir en el alma. Admírese el que no se acuerde haber oído a Pablo contar entre los mayores crímenes de los gentiles el haber vivido sin tener afecto. Lejos estuvo esto de las entrañas de María, lejos esté también de sus humildes siervos. Mas acaso dirá alguno: ¿Por ventura no supo anticipadamente que su Hijo había de morir? Sin duda alguna. ¿Por ventura no esperaba que luego hubiera de resucitar? Con la mayor confianza. Y a pesar de esto, ¿se dolió de

verle crucificado? Y en gran manera. Por lo demás, ¿quién eres tú, hermano, o qué sabiduría es la tuya, que admiras más a María compadeciente que al Hijo de María paciente? Él pudo morir en el cuerpo, ¿y María no pudo morir juntamente en el corazón? Realizó aquello una caridad superior a toda otra caridad; también hizo esto una caridad que después de aquélla no tuvo par ni semejante. Y ahora, ¡oh Madre de misericordia!, postrada humildemente a tus pies, como la luna, te ruega la Iglesia con devotísimas súplicas que, pues estás constituida mediadora entre ella y el Sol de justicia, por aquel sincerísimo afecto de tu alma le alcances la gracia de que en tu luz llegue a ver la luz de ese resplandeciente Sol, que te amó verdaderamente más que a todas las demás creaturas y te adornó con las más preciosas galas de la gloria, poniendo en tu cabeza la corona de hermosura. Llena estás de gracia, llena del celestial rocío, sustentada por el amado y rebosando en delicias. Alimenta hoy, Señora, a tus pobres; los mismos cachorrillos también coman de las migajas que caen de la mesa de su Señor; no sólo al criado de Abrahán, sino también a sus camellos dales de beber de tu copiosa cántara de agua, porque tú eres verdaderamente aquella doncella anticipadamente elegida y preparada para desposarse con el Hijo del Altísimo, el cual es sobre todas cosas Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

IV. SERMÓN de la mujer adúltera, de Susana y de la bienaventurada virgen maría

1. ¡Qué rico eres en misericordia, qué magnífico en justicia, qué dadivoso en gracia, Señor Dios nuestro! No hay quien sea semejante a ti, larguísimo Bienhechor, justísimo Remunerador, piadosísimo Libertador. Graciosamente miras a los humildes, rectamente juzgas a los inocentes, misericordiosamente salvas a los pecadores. Estas, carísimos, son las delicias que sobre la mesa de este rico Padre de familias, en los textos de las Escrituras santas, si con cuidado lo advertís, se nos ponen con más copia que lo acostumbrado. Esta abundancia nos ofrece el santo tiempo de la Cuaresma y el sacratísimo día de la Anunciación, que han concurrido juntamente. Porque, hoy, como acabamos de oírlo, absuelve la clemencia del Redentor a una mujer cogida en adulterio; hoy libra de la muerte a la inocente Susana; hoy llena también a la bienaventurada Virgen de los singulares dones de su bendición graciosa. ¡Grande convite en que se nos sirve a un tiempo mismo la misericordia, la justicia y la gracia! ¿Por ventura no es la misericordia manjar del hombre? Enteramente saludable y eficaz para su remedio. ¿No es la justicia pan del corazón? Y pan que en gran manera le conforta como alimento sólido para nutrirle, puesto que: Bienaventurados los que tienen hambre de ella, porque serán saciados. ¿No es alimento del alma la gracia de Dios? Dulcísimo alimento ciertamente, y que tiene toda suavidad y deleite para el paladar; más aún, juntando en sí todas estas propiedades, no sólo deleita, sino que fortalece y sana.

2. Lleguémonos, hermanos míos, a esta mesa, y de cada manjar tomemos por lo menos un poco: En la ley mandó Moisés apedrear a tales mujeres, dicen los pecadores de una pecadora y los fariseos de una adúltera. Mas El, por toda respuesta a la dureza de su corazón de piedra, inclinó los ojos hacia el suelo. Señor, inclina tus cielos y baja. Se inclinó Jesús, y propenso a la misericordia (porque Él no era de un corazón judaico) escribía con el dedo, no ya en la piedra, sino en la tierra. Ni hizo esto una vez sola, sino que aquí tenemos dos escrituras, como en Moisés dos tablas. Y acaso se puede decir que escribiendo la verdad y la gracia, y volviendo a escribirlas las dejó impresas en la tierra, según lo que dice el apóstol San Juan: La ley fue dada por Moisés y fue traída la gracia y la verdad por Jesucristo. En fin, mira si se puede decir que había leído en la tabla de la verdad lo que le sirvió para confutar a los fariseos: El que entre vosotros esté sin pecado, dijo, sea el primero que tire contra ella la piedra. Palabra breve, pero eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos. ¡Qué gravemente fueron traspasados con esta palabra aquellos corazones de pedernal! Con qué vehemencia con esta piedrecita fueron quebrantadas las frentes de piedra, lo prueba el rubor de su confusión y huida clandestina. Merecía, ciertamente, la adúltera ser apedreada; pero dispóngase a ejecutar el castigo el que no se halle merecedor de ser castigado también; atrévase a exigir venganza contra la pecadora el que de ningún modo merezca sufrirla. De otra suerte, siendo él más vecino que todos de sí mismo, comience por sí; ejecute primero en sí la sentencia y ejerza contra sí la justicia. Esto decía la Verdad.

3. Pero aun esto es poco, pues aunque esta Verdad refuta a los acusadores, todavía no absuelve a la culpada. Escriba otra vez, escriba la gracia; lea y escuchemos: Mujer, ¿ninguno te ha condenado? -Ninguno, Señor. Ni yo te he de condenar; anda y no quieras pecar otra vez. ¡Oh voz de misericordia, oh eco de saludable alegría! Haz que sea oída de mí por la mañana tu misericordia, porque en ti, Señor, he puesto mi esperanza. Sola la esperanza obtiene la primacía de la misericordia en tu acatamiento, pues tú no depositas el óleo de tu clemencia sino en el vaso de la confianza. Pero hay una confianza infiel que sólo atrae sobre sí la maldición, y es la que se halla en el hombre cuando peca con la esperanza del perdón. Mas no debe llamarse esto confianza, sino insensibilidad y disimulación perniciosa. Porque ¿qué confianza es la de aquel que no atiende a su peligro? ¿Cómo buscará remedio contra el temor el que ni teme ni cree tener motivo para temer? La esperanza es un consuelo; y no necesita consuelo el que se aplaude a sí mismo de haber obrado mal y se alegra en cosas pésimas. Roguemos, hermanos míos, que se nos diga con sinceridad cuantas maldades y pecados tenemos, deseemos que nos muestren nuestros crímenes y delitos. Examinemos nuestros caminos y nuestras aficiones, pensemos en todos nuestros peligros con vigilante atención. Diga cada uno lleno de pavor: Yo iré a las puertas del infierno, para que ya no respiremos sino en la misericordia de Dios. La verdadera confianza del hombre consiste en no presumir de sí mismo y en no apoyarse sino en Dios. Esta, repito, es la confianza verdadera, a la cual no se niega la misericordia, testificando el profeta que Dios tiene placer en los que le temen y en los que esperan en su misericordia. A la verdad, no tenemos pocos motivos en nosotros de temor Y en El de confianza. Suave y manso es; copiosa es su misericordia, mayor que nuestra malicia y muy grande para perdonar. Creamos por lo menos a los enemigos, pues no hallaron en El otra cosa de que tomar ocasión para formarle una calumnia. Se compadecerá, decían para sí, de esta pecadora, y no permitirá que habiéndosela presentado le den la muerte; así será tenido por enemigo manifiesto de la ley, absolviendo a quien la ley condena. Contra vosotros, fariseos, se vuelve la invención de vuestra malignidad. Mucho desconfiáis de vuestra causa cuando tan cautelosamente huis del juicio. Sin duda quedará absuelta sin injuria de la ley la que quedó sin acusadores.

4. Mas consideremos, hermanos míos, adónde se van desde aquí los fariseos. ¿No veis a aquellos dos viejos (pues de los más viejos comenzaron a salir), no veis, repito, a aquellos dos viejos que se esconden en el huerto de Joaquín? A su mujer, Susana, buscan, sigámosles, porque están llenos de un malvado pensamiento contra ella. Consiente con nosotros, dicen los viejos, dicen los fariseos, dicen los lobos, que poco antes intentaron en vano tragar otra, aunque perdida, oveja: Consiente y condesciende a nuestra pasión para contigo. ¡Oh hombres envejecidos en la maldad!; una vez acusáis el adulterio y otra vez persuadís el adulterio. Pero ésta es toda vuestra justicia, y lo que en público reprendéis, lo hacéis vosotros en lo secreto. Por eso fuisteis saliendo uno tras otro luego que aquel Señor a quien está patente lo más oculto hirió tan fuertemente vuestras conciencias diciendo: El que entre vosotros esté sin pecado, ése sea el primero que tire la piedra contra ella. Con razón dice la Verdad a sus discípulos: Si no es más

abundante vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. De otra suerte, añaden los viejos, diremos contra ti un falso testimonio. Raza de Canaán y no de Judá; tampoco mandó esto Moisés en la ley. ¿Por ventura el que decretó que se apedrease a la adúltera mandó que se acusase a la honesta? ¿Por ventura mandó también dar testimonio contra la inocente? Antes, así igualmente que de la adúltera, mandó que el testigo falso no quedase sin castigo. Pero vosotros, que os gloriáis en la ley, por la transgresión de la ley deshonráis a Dios.

5. Dio un gemido Susana y dijo: Por todas partes me cercan angustias; porque por todas partes veo la muerte: por aquí la corporal, por allí la espiritual. Si hago lo que vosotros deseáis, yo soy muerta en el alma; si no lo hago, no me escaparé de vuestras manos. De vuestras manos, fariseos, ni está libre la adúltera ni la casta; no evita vuestras acusaciones ni el santo ni el pecador. Disimuláis vuestros pecados cuando encontráis los ajenos; por otra parte, si acaso alguno no tiene delito propio, le imputáis el vuestro. Pero ¿qué hará Susana entre la muerte y la muerte, es decir, entre la muerte del alma y la del cuerpo, viéndose por todas partes estrechada? Mejor es para mí, dice, no haciendo esto, caer en las manos de los hombres que desamparar la ley de mi Dios. Sabía ella qué cosa tan horrible es caer en manos de Dios vivo. Los hombres, a la verdad, después de haber muerto al cuerpo, nada pueden hacer al alma; pero a aquel Señor se debe temer, que tiene potestad de arrojar el cuerpo y el alma al infierno. ¿Cómo tarda la familia de Joaquín? Dese prisa a entrar por el postigo, porque se está oyendo ruido en el huerto; ruido ciertamente de unos lobos fieros y de una ovejilla que bala entre ellos. Pero no permite que traguen a la inocente el que con tanta dignación sacó de sus mismas fauces aun a quien no merecía ser librada. Por eso, con razón, aun siendo llevada a la muerte, tenía su corazón una firme confianza en el Señor, a quien de tal modo había temido, que había despreciado todo temor humano y preferido su ley a su misma vida y fama. Porque no se había dicho jamás cosa semejante de Susana. Sus padres también eran justos y su marido el más honrado de todos los judíos. Con razón, pues, consiguió del justo Juez la merecida venganza de los impíos la que con tanta ansia tuvo hambre de la justicia, que por ella despreció la muerte del cuerpo, el oprobio de su linaje y el llanto inconsolable de sus amigos.

6. Nosotros también, hermanos míos, sí hemos oído a Cristo: Ni yo te condenaré, si no queremos pecar contra El, si deseamos vivir piadosamente en Cristo, es preciso que toleremos la persecución y no volvamos mal por mal ni maldición por maldición. Porque el que no conserva la paciencia perderá la justicia, es decir, perderá la vida, o sea, perderá su alma. A mí está reservada la venganza, y yo soy quien la he de ejecutar. Así es, en efecto: El la hará; mas con tal de que tú le dejes el cuidado de la venganza, si no le usurpas la potestad de juzgar, si no vuelves daños a los que a ti te los hubieren hecho, hará juicio, pero a favor del que tolera la injuria; según equidad juzgará, pero a favor de los mansos de la tierra. Ya a vosotros, si yo no me engaño, se os hace molesto que tarden las delicias. No os admiréis, son delicias. No cargarán aún a los que están hartos ni aun los que los eructan podrán fastidiarse de ellas.

7. Fue enviado el ángel Gabriel por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret. ¿Te admiras de que la pequeña ciudad de Nazaret sea ilustrada con un embajador de tan grande Rey y una embajada de tanto momento? En esta ciudad se oculta un tesoro riquísimo, se oculta, digo, pero a los hombres, no a Dios. ¿Por ventura no es María el tesoro de Dios? En cualquier parte que ella esté está el corazón de Dios. Sus ojos están puestos en ella; en todas partes mira la humildad de su sierva. ¿Conoce el cielo el Unigénito de Dios Padre? Pues si conoce el cielo, también conocerá a Nazaret. ¿Qué mucho que conozca su patria? El cielo le toca por el Padre; Nazaret, por la Madre; así como, según testifica El mismo, es hijo de David, también es Señor de David. El cielo supremo es para el Señor, mas a los hijos de los hombres les dio la tierra. Uno y otro, pues, es preciso que le toque por posesión suya, porque no sólo es Señor, sino hijo del hombre. Escucha además de qué manera vindica para sí la tierra como hijo del hombre y cómo se comunica a manera de Esposo con su esposa: Las flores, le dice, han aparecido sobre nuestra tierra. Ni disuena de esto el interpretarse flor Nazaret. Ama la patria de las flores la flor de la raíz de Jesé, y gustosamente se alimenta entre las azucenas la flor del campo y la azucena de los valles. Tres gracias hacen estimables a las flores: la hermosura, el buen olor y la esperanza del fruto. Y a ti Dios te reputará flor, y en ti tendrá mucho placer si no te faltare la hermosura de una conducta honesta, ni la fragancia de la buena opinión, ni el deseo vivo de la recompensa eterna, pues la vida eterna es el fruto del espíritu.

8. No temas, María, porque hallaste gracia en los ojos de Dios ¿Cuánta gracia? Una gracia llena, una gracia singular. ¿Singular o general? Una y otra sin duda, pues por ser gracia llena, por eso mismo es tan singular como general, pues que la misma gracia general la recibiste singularmente. Es tan singular, repito, como general, pues tú sola recibiste más gracia que todas las demás creaturas. Es singular, por cuanto tú sola hallaste esta plenitud; es general, porque de esa plenitud reciben todos. Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Sin duda alguna Él es el fruto bendito de tu seno virginal, ¡oh María!, pero por tu medio ha venido a las almas de todos. Así, ciertamente, así en otro tiempo todo el rocío estuvo en el vellocino y todo en la era, pero en ninguna parte de la era todo como en el vellocino. En ti sola aquel Rey rico y riquísimo se abatió, el excelso se humilló, el inmenso se abrevió y se hizo como algo menor que los ángeles; encarnó en ti el verdadero Dios e Hijo de Dios. Pero ¿con qué intento? Sin duda con el fin de que con su pobreza fuéramos todos enriquecidos, con su humildad ensalzados, con su abatimiento engrandecidos, y juntándonos a Dios por su encarnación comenzáramos a ser un mismo espíritu con El.

9. Pero ¿qué diremos, hermanos míos? ¿En qué vaso con especialidad se ha de depositar esta gracia? Si la confianza, como arriba dijimos, es vaso capaz de la misericordia, y la paciencia de la justicia, ¿qué vaso podremos presentar que sea receptáculo digno de la gracia? Bálsamo purísimo es y requiere un solidísimo vaso. ¿Y cuál es tan puro, cuál es tan sólido como la humildad de corazón? Por eso justamente da la gracia Dios a los humildes; por eso justamente miró a humildad de su sierva. ¿Preguntas en qué estuvo su mérito? En que no ocupó su ánimo humilde ningún mérito

humano, para que de este modo no se impidiese que entrara libremente en ella la plenitud de la gracia divina. A esta misma humildad debemos subir nosotros por diversos grados. Porque en primer lugar el corazón del hombre, a quien todavía le deleita pecar y no ha mudado su miserable costumbre en mejor propósito, está impedido por sus propios vicios para que quepa en él la gracia. Después, cuando ya se ha propuesto corregir sus costumbres y no repetir jamás sus primeras culpas, los mismos pecados pasados, aunque parezca que de algún modo están cortados ya, mientras que permanecen en él, no dejan entrar la gracia. Quedan, pues, y permanecen hasta que sean lavados en la confesión, hasta que sean quitados con dignos frutos de penitencia. Pero ¡ay de ti si acaso te sigue la ingratitud más perniciosa que los mismos pecados y vicios! Porque ¿qué cosa más claramente contraria a la gracia? Nos entibiamos con el decurso del tiempo, se resfría poco a poco la caridad, crece la maldad, para que así acabemos en la carne los que habíamos comenzado en espíritu. De ahí es que conocemos poco los bienes que Dios nos ha hecho, siendo a un tiempo mismo indevotos e ingratos. Abandonamos el temor de Dios, dejamos la religiosa soledad, haciéndonos habladores, curiosos, decidores, detractores y murmuradores; gastando el tiempo en frívolas chanzas, huyendo del trabajo y de la regular disciplina todas las veces que se puede hacer sin nota, como si por eso fuera también sin culpa. ¿Qué nos admiramos, pues, de que nos falte la gracia, siendo rechazada por tantos obstáculos? Mas ya si alguno, a fin de que, según habla el Apóstol, la palabra de Cristo, que es la palabra de la gracia, habite en él, se muestra agradecido a Dios; si es devoto, si es solícito, si es fervoroso de espíritu, guárdese de fiar en sus méritos y de fundarse en sus obras. De otra suerte, tampoco entraría la gracia en esta alma. Sin duda estaría llena de sí y no encontraría en ella lugar la gracia.

10. ¿Pusisteis atención en aquel fariseo que estaba orando? No era ladrón, no era injusto, no era adúltero. ¿Estaba, acaso, sin frutos de penitencia? Dos veces ayunaba a la semana, daba el diezmo de todo lo que poseía. ¿Sospecháis que fuese ingrato? Escuchad lo que dice: ¡Oh Dios!, gracias te doy. Pero no estaba desocupado, no estaba vacío, no era humilde, sino soberbio; por esto no procuró saber lo que le faltaba, sino que exageró sus méritos, no era aquella plenitud sólida, sino hinchazón. Así volvió a su casa vacío por haber fingido la plenitud. Al revés, aquel publicano que se había humillado y abatido, porque tuvo cuidado de presentar un vaso desocupado, se llevó consigo mayor gracia. Nosotros, pues, hermanos míos, si deseamos hallar la gracia, abstengámonos de los vicios en adelante de tal suerte que hagamos también digna penitencia de los pecados que hemos cometido, e igualmente seamos cuidadosos en mostrarnos con Dios devotos y humildes de verdad. El mira a semejantes almas agradablemente con aquella vista piadosa de que habla el Sabio: La gracia y misericordia de Dios está sobre sus santos, y sus miradas favorables sobre sus escogidos. Y quizá por esto cuatro veces pide que se vuelva el alma a quien El mira, diciéndole: Vuélvete, vuélvete, Sunamites, vuélvete, vuélvete, para que te miremos; para que no persista ni en la costumbre de pecar, ni en la conciencia de pecado, ni en la tibieza y torpeza de la ingratitud, ni en la ceguedad de la altivez. De estos cuatro peligros se digne apartarnos y sacarnos aquel Señor que para

nosotros fue hecho, por Dios Padre, justicia y redención, Jesucristo Señor nuestro, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por infinitos siglos de los siglos. Amén.

V. SERMÓN de la casa de la divina sabiduría, esto es, de la virgen María

1. La sabiduría edificó para sí una casa, etcétera. Como hay varias sabidurías, debemos buscar qué sabiduría edificó para sí la casa. Hay una sabiduría de la carne, que es enemiga de Dios, y una sabiduría de este mundo, que es insensatez ante Dios. Estas dos, según el apóstol Santiago, son terrenas, animales y diabólicas. Según estas sabidurías, se llaman sabios los que hacen el mal y no saben hacer el bien, los cuales se pierden y se condenan en su misma sabiduría, como está escrito: Cogeré a los sabios en su astucia; perderé la sabiduría de los sabios y reprobare la prudencia de los prudentes. Y, ciertamente, me parece que a tales sabios se adapta digna y competentemente el dicho de Salomón: Vi una malicia debajo del sol: el hombre que se cree ante sí ser sabio. Ninguna de estas sabidurías, ya sea la de la carne, ya la del mundo, edifica, más bien destruyen cualquiera casa en que habiten. Pero hay otra sabiduría que viene de arriba; la cual primero es pudorosa, después pacífica. Es Cristo, Virtud y Sabiduría de Dios, de quien dice el Apóstol: Al cual nos ha dado Dios como sabiduría y justicia, santificación y redención.

2. Así, pues, esta sabiduría, que era de Dios, vino a nosotros del seno del Padre y edificó para sí una casa, es a saber, a María virgen, su madre, en la que talló siete columnas. ¿Qué significa tallar en ella siete columnas sino hacer de ella una digna morada con la fe y las buenas obras? Ciertamente, el número ternario pertenece a la fe en la santa Trinidad, y el cuaternario, a las cuatro principales virtudes. Que estuvo la Santísima Trinidad en María (me refiero a la presencia de la majestad), en la que sólo el Hijo estaba por la asunción de la humanidad, lo atestigua el mensajero celestial, quien, abriendo los misterios ocultos, dice: Dios, te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; y en seguida: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. He ahí que tienes al Señor, que tienes la virtud del Altísimo, que tienes al Espíritu Santo, que tienes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Ni puede estar el Padre sin el Hijo o el Hijo sin el Padre o sin los dos el que procede de ambos, el Espíritu Santo, según lo dice el mismo Hijo: Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Y otra vez: El Padre, que permanece en mí, ése hace los milagros. Es claro, pues, que en el corazón de la Virgen estuvo la fe en la Santísima Trinidad.

3. Que poseyó las cuatro principales virtudes como cuatro columnas, debemos investigarlo. Primero veamos si tuvo la fortaleza. ¿Cómo pudo estar lejos ésta virtud de aquella que, relegadas las pompas seculares y despreciados los deleites de la carne, se propuso vivir sólo para Dios virginalmente? Si no me engaño, ésta es la virgen de la que se lee en Salomón: ¿Quién encontrará a la mujer fuerte? Ciertamente, su precio es de los últimos confines. La cual fue tan valerosa, que aplastó la cabeza de aquella serpiente a la que dijo el Señor: Pondré enemistad entre ti y la mujer, tu descendencia y su descendencia; ella aplastará tu cabeza. Que fue templada, prudente y justa, lo comprobamos con luz más clara en la alocución del ángel y en la respuesta de ella. Habiendo saludado tan honrosamente el ángel diciéndole: Dios te salve, llena de gracia,

no se ensoberbeció por ser bendita con un singular privilegio de la gracia, sino que calló y pensó dentro de sí qué sería este insólito saludo. ¿Qué otra cosa brilla en esto sino la templanza? Mas cuando el mismo ángel la ilustraba sobre los misterios celestiales, preguntó diligentemente cómo concebiría y daría a luz la que no conocía varón; y en esto, sin duda ninguna, fue prudente. Da una señal de justicia cuando se confiesa esclava del Señor. Que la confesión es de los justos, lo atestigua el que dice: Con todo eso, los Justos confesarán tu nombre y los rectos habitarán en tu presencia. Y en otra parte se dice de los mismos: Y diréis en la confesión: Todas las obras del Señor son muy buenas.

4. Fue, pues, la bienaventurada Virgen María fuerte en el propósito, templada en el silencio, prudente en la interrogación, justa en la confesión. Por tanto, con estas cuatro columnas y las tres predichas de la fe construyó en ella la Sabiduría celestial una casa para sí. La cual Sabiduría de tal modo llenó la mente, que de su Plenitud se fecundó la carne, y con ella cubrió la Virgen, mediante una gracia singular, a la misma sabiduría, que antes había concebido en la mente pura. También nosotros, si queremos ser hechos casa de esta sabiduría, debemos tallar en nosotros las mismas siete columnas, esto es, nos debemos preparar para ella con la fe y las costumbres. Por lo que se refiere a las costumbres, pienso que basta la justicia, mas rodeada de las demás virtudes. Así, pues, para que el error no engañe a la ignorancia, haya una previa prudencia; haya también templanza y fortaleza para que no caiga ladeándose a la derecha o a la izquierda.

VI. SERMÓN sobre las siete columnas

Cuando considero, al celebrar este tiempo de Adviento del Señor, quién es el que viene, me desborda la excelencia de su majestad. Y, si me fijo hacia quiénes se dirige, me espanta su gracia incomprensible. Los ángeles no salen de su asombro al verse superiores a aquel que adoran desde siempre y cómo bajan y suben, a la vista de todos, en torno al Hijo del hombre. Al considerar el motivo de su venida, abarco, en cuanto me es posible, la extensión sin límites de la caridad. Y cuando me fijo en las circunstancias, comprendo la elevación de la vida humana. Viene el Creador y Señor del mundo, viene a los hombres. Viene por los hombres. Viene el hombre.

Alguien dirá: ¿Cómo puede hablarse de la venida de quien siempre ha estado en todas partes? Estaba en el mundo, y, aunque el mundo lo hizo él, el mundo no lo conoció. El Adviento no es una llegada de quien ya estaba presente; es la aparición de quien permanecía oculto. Se revistió de la condición humana para que a través de ella fuera posible conocer al que habita en una luz inaccesible. No desdice de la majestad aparecer en aquella misma semejanza suya que había creado desde el principio. Tampoco es indigno de Dios manifestarse en su propia imagen a quienes resulta inaccesible su identidad: El que había creado al hombre a su imagen y semejanza, se hizo hombre para darse a conocer a los hombres.

La Iglesia universal celebra cada año la solemne memoria de la venida de tanta majestad, tanta humildad y tanta caridad, e incluso de nuestra incomparable exaltación. ¡Y ojalá fuese una perenne realidad! Sería lo más propio. ¡Qué incongruente es la vida humana después de la venida de Rey tan extraordinario si buscamos y nos comprometemos con otros asuntos embarazosos en vez de dedicarnos a este único culto, dejando de lado en su presencia todo lo demás! Pero no todos cumplen lo del Profeta: Eructan la memoria de tu inmensa suavidad. Ni todos se alimentan de esta memoria. Es evidente que no se puede eructar sin haber gustado, pero tampoco lo hará el que se ha contentado con sólo gustar. La plenitud y la saciedad provocan el eructo. Por eso, los de vida y mentalidad mundana, aunque celebran esta memoria, no eructan nunca. Pasan estos días en la aridez habitual, sin devoción y sin afecto. Y lo que es más reprochable, la memoria de este acontecimiento les da pie a consuelos carnales. Por eso los ves que preparan durante estos días vestidos elegantes y refinamientos culinarios, como si Cristo en su nacimiento buscara cosas parecidas y se le tributara una acogida más cálida donde aparecen semejantes detalles. Oye sus palabras: Con los de ojos engreídos y de corazón insaciable no compartiré mi pan.

¿A qué vienen tantos antojos en el vestido para preparar mi nacimiento? Detesto la ostentación; no la quiero. ¿A qué tanto prurito durante estos días hacia todo tipo de manjares? Repruebo las satisfacciones del cuerpo; no las acepto. Tienes un corazón insaciable preparando tantas cosas y gastando tanto tiempo, cuando el cuerpo necesita de muy poco y sólo lo que le sale al paso. Celebras, sí, mi Adviento con los labios, pero tu corazón está lejos de mí. No me honras. Tu dios es tu estómago, y tu gloria, tu misma

vergüenza. Desgraciado hasta los tuétanos el que fomenta los deleites del cuerpo y la vanidad de la jactancia. Dichoso el pueblo cuyo Dios es su Señor.

Hermanos, no os exasperéis por los malvados ni envidiéis a los inicuos. Pensad, más bien, en su destino, compadeceos entrañablemente y orad por los que viven enredados en el pecado. Obran así esos miserables porque desconocen a Dios, pues si lo hubiesen conocido, nunca habrían provocado al Señor de la gloria en contra de ellos.

Para nosotros, queridos, no hay excusa de ignorancia. Sabes bien quién es. Y si dijeras- que no lo conoces, serás, como los mundanos, un mentiroso. Pero supongamos que no lo conoces; respóndeme entonces: ¿quién te trajo a este lugar? ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Quién te ha persuadido a renunciar espontáneamente al cariño de tus amigos, a los placeres del cuerpo, a las vanidades del mundo; y encomendar tus afanes al Señor, descargando en él todo tu agobio? Nada bueno te merecías; al contrario, mucho mal, según el testimonio de tu conciencia. ¿Quién, repito, podría persuadirte de todo eso, si ignorabas que el Señor es bueno para los que esperan en él y para el alma que lo busca? ¿Si no supieses que el Señor es bueno y piadoso, muy misericordioso y fiel? ¿Dónde has aprendido todo esto sino en su venida a ti y en ti?

Conocemos, efectivamente, tres venidas tuyas: a los hombres, en los hombres y contra los hombres. Vino para todos los hombres sin condición alguna, pero no así en todos o contra todos. La primera y tercera venidas son conocidas por ser manifiestas. Sobre la segunda, que es espiritual y latente, escucha al Señor lo que dice: El que me ama, cumplirá mi palabra; mi Padre lo amará, vendremos a él y en él haremos una morada. Dichoso aquel en quien haces tu morada, Señor Jesús. Dichoso aquel en quien la sabiduría se ha edificado una casa. Ha labrado siete columnas. Feliz el alma que es trono de la Sabiduría.

¿Y quién es ésa? El alma del justo, porque la justicia y el derecho preparan tu trono. ¿Quién de entre vosotros, hermanos, desea preparar en su alma un trono para Cristo? Piense en las sedas, alfombras y almohadas que debe prepararle. Está escrito que la justicia y el derecho preparan su trono. La virtud de la justicia consiste en distribuir a cada cual lo que le corresponde. Por tanto, distribuye tú a tres lo que es de ellos. Devuelve al superior, devuelve al inferior, devuelve al compañero lo que les debes. Entonces celebrarás convenientemente la venida de Cristo, preparándole en la justicia su trono. Devuelve, insisto, reverencia y obediencia al superior; la primera, en cuanto disposición de corazón; la segunda, como actitud externa. No hasta obedecer exteriormente. Debemos enaltecer a nuestros superiores con el íntimo afecto del corazón. Y aunque conozcamos la vida reprochable de algún prelado y no hubiese posibilidad de disimulo ni de excusa, incluso entonces, por respeto a aquel de quien deriva toda autoridad, este otro que así conocemos se hace acreedor de estima, no por unos méritos que no tiene, sino por deferencia al plan divino y a la misión que desempeña.

Igualmente, respecto a nuestros hermanos, con los que compartimos la vida, estamos obligados a prestar ayuda y consejo por un mismo derecho de paternidad y de

solidaridad humana. Incluso nosotros deseamos sus servicios: consejo que instruya nuestra ignorancia, y ayuda que sostenga nuestra debilidad. Quizá alguien de vosotros pensará: ¿Qué consejo puedo yo dar al hermano, si no se me permite ni musitar una palabra sin permiso? ¿Qué ayuda puedo ofrecer, cuando debo contar, hasta en lo más mínimo, con el superior?

Yo te respondo: Nada echarás en falta si vives el amor fraterno. Creo que el mejor consejo es tu actitud de enseñar a tu hermano lo que conviene y lo que no conviene hacer; estimulándolo y aconsejándole en lo mejor no con palabras ni con la lengua, sino con la conducta y la verdad. ¿Puede imaginarse una ayuda más útil y eficaz que la oración fervorosa por él, sin pasar por alto sus faltas? De este modo no le pones tropiezo y además, en la medida de lo posible, te preocupas, como el mensajero de paz, de arrancar de raíz los escándalos y de evitar las ocasiones de escándalo en el reino de Dios. Si te portas con tu hermano como consejero y amparo, le devuelves lo que le debes, y él ya no podrá quejarse de nada.

Si eres superior de a quien, le debes mayor delicadeza y solicitud. Te exige fidelidad y disciplina. Fidelidad para evitar el pecado y disciplina para que no quede impune lo que no se procura evitar. Incluso, si no eres superior de ningún hermano, te queda la responsabilidad de expresar esta fidelidad y disciplina. Me refiero a tu cuerpo, que tu espíritu asumió para dirigirlo. Le debes fidelidad para que no reine en él el pecado, no para que tus miembros se conviertan en instrumentos de iniquidad. Le debes disciplina para que dé frutos dignos de arrepentimiento, castigándolo y obligándolo a que te sirva.

Pero la deuda más grave y peligrosa pesa sobre quienes tienen que rendir cuentas de muchas almas. ¿Qué haré yo, desgraciado? ¿Hacia dónde me volveré, si he descuidado este tesoro tan estimable y este depósito tan precioso, que Cristo apreció mucho más que su propia sangre? Si hubiese recogido la sangre del Señor que goteaba de la cruz y la hubiese guardado en un vaso de cristal con la obligación de ir trasladándolo de lugar, ¿qué atención pondría en evitar cualquier riesgo! Pues he recibido un encargo parecido; por él, un comerciante inteligente, la Sabiduría misma, entregó su sangre. Pero llevo este tesoro en vasijas de barro, que corren más riesgo que los recipientes de cristal.

A este cúmulo de solicitudes hay que añadir el peso del temor, que exige la fidelidad de mi conciencia y la de los demás. Ninguna de las dos conozco lo suficiente. Ambas son un abismo insondable, una noche. Y, sin embargo, se me exige responsabilidad y me repiten sin cesar: Centinela, ¿qué hay en la noche? ¿Qué hay en la noche? Y yo no puedo contestar como Caín: ¿Soy yo el guardián de mi hermano? Más bien debo confesar humildemente con el profeta: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la defiende. Únicamente se me podrá excusar si, como he dicho, me desvelo en la fidelidad y en la disciplina. Y si se dan las cuatro condiciones ya mencionadas que conciernen a la justicia, es decir, la reverencia y obediencia a los superiores y el consejo y ayuda a los hermanos, entonces encontrará la Sabiduría un trono adecuado.

Estas son, al parecer, las seis columnas que labró la Sabiduría en la casa que se edificó para sí misma. Pero hemos de buscar la séptima, por si acaso la Sabiduría nos la

da a conocer. ¿Qué impide que así como las seis columnas mencionadas significan la justicia, la séptima signifique el juicio? No se habla sólo de la justicia, sino de la justicia y el Juicio que sostiene tu trono. En fin, si a los superiores, a los iguales y a los inferiores les damos lo que les corresponde, ¿Dios no recibirá nada? Es cierto que nadie puede volverle lo que se le debe, pues ha derramado copiosamente su misericordia sobre nosotros y le hemos ofendido mucho; somos muy frágiles e insignificantes, y él se basta a sí mismo, no necesitando nada de nosotros.

Escucha, por fin, cómo se pide con mayor insistencia que practiques el juicio después de la justicia: Cuando hayáis hecho todo lo que está mandado, decid: Somos unos criados inútiles. Esto es lo que pertenece al hombre, como trono digno y disponible al Señor de majestad; pero con tal de que se afane en cumplir los mandatos de la justicia y se tenga siempre por indigno e inútil.

3. VIGILIA DE LA NATIVIDAD

I. SERMÓN cuarto del adviento sobre los dos advientos y las alas plateadas

Es justo, hermanos, que celebréis con gran devoción la venida del Señor, inundados de tanto consuelo, asombrados por semejante favor, e inflamados en un amor sin igual. No penséis sólo en el que viene a buscar y a salvar lo que estaba perdido. Pensad también en el que vendrá y nos tomará consigo ¡ojalá os ocupéis de estos dos advientos en una incesante meditación, rumiando en vuestros corazones todo cuanto nos concedió en el primero y nos prometió en el segundo! ¡Ojalá durmáis tranquilos entre estos dos tesoros! Ved los dos brazos del esposo; entre ellos, adormecida, balbucea la esposa: Su izquierda reposa bajo mi cabeza y con su diestra me abraza. Como leemos en otro pasaje, las riquezas y la gloria están en su izquierda; los largos años, en su derecha.

Hijos de Adán, raza mezquina y ambiciosa, escuchad: ¿por qué te inquietas por las riquezas terrenas y la gloria pasajera, que no son auténticas ni vuestras? El oro y la plata, ¿qué son sino tierra rojiza y blanca, que únicamente el error humano los estima y los cree preciosos? Y, si esto es vuestro, llevároslo. Pero el hombre, cuando muera, no se llevará nada, su gloria no bajará con él.

Las auténticas riquezas no son las propiedades; son las virtudes, ornato de la conciencia, que la hacen eternamente rica. Sobre la gloria se expresa el Apóstol: Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia. Nuestra verdadera gloria nos viene del Espíritu de la verdad: Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Pero la gloria que los hombres se granjean unos a otros no les despierta a la gloria, que viene sólo de Dios. Su gloria es pura apariencia, porque los hombres son vanos.

Eres un insensato. Echas ganancias en saco roto y dejas tu tesoro en la puerta del vecino. ¿No sabes que esta arca no se cierra y que ni siquiera tiene tranca? Bien lo saben aquellos que no pierden de vista su tesoro ni lo confían a nadie. ¿Lo van a conservar y a guardar para siempre? Ya vendrá el momento en que salgan al descubierto los secretos del corazón, y todo lo que se haya manifestado antes no hará acto de presencia. Por eso se apagan los candiles de las muchachas necias ante el Señor que llega. Y como ya habían recibido su recompensa, son ignoradas por el Señor. Por eso os digo, amadísimos, que es preferible esconder que enseñar lo bueno que podamos tener. Los mendigos, cuando piden limosna, no se visten con ostentación, se quedan casi desnudos y muestran las llagas que tienen para mover a compasión. El publicano tuvo en cuenta esta norma mucho más que el fariseo; por eso bajó a su casa en paz con Dios, mucho más que el otro.

Hermanos, ha llegado el momento del juicio, y está comenzando por la casa de Dios. ¿Cuál será el final de aquellos que no obedecen al Evangelio? ¿Qué clase de juicio les espera a los que queden condenados? Los que no quieren someterse ahora a este juicio en el que se expulsa al jefe de este mundo, que aguarden al juez; más aún,

témanlo. Porque ellos también van a ser expulsados con su jefe. Nosotros, en cambio, si nos dejamos juzgar ahora, aguardemos confiados al Salvador, nuestro Señor Jesucristo; él transformará la bajeza de nuestro ser, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo. Entonces, los justos brillarán, y se podrá ver a los sabios con los ignorantes. Brillarán como el sol en el reino de su Padre. Será una luz siete veces mayor que la del sol, como la suma de luz en siete días.

Cuando llegue el Salvador, transformará la bajeza de nuestro ser, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo; a condición de que el corazón quede previamente transformado, reproduciendo la humildad del suyo. Por eso va pregonando: Aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón. Fíjate en esta expresión, porque hay una doble humildad: humildad de conocimiento y humildad de afección, llamada aquí de corazón. Por la primera reconocemos que no somos nada; la vamos aprendiendo en la experiencia de nuestras propias debilidades. Por la segunda pisoteamos la gloria del mundo; la aprendemos de aquel que se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo; solicitado como rey, huyó; y, buscado para aguantar tanto hasta el ignominioso suplicio de la cruz, se entregó espontáneamente. Por tanto, si deseamos dormir entre los dos tesoros, los dos advientos, plateemos nuestras alas; habituémonos a aquellas virtudes que nos recomendó Cristo, de palabra y ejemplo, durante su vida mortal. La plata simboliza su humanidad; el oro, su divinidad.

La virtud que practicamos no es verdadera si es completamente ajena a la de nuestro modelo. Y nuestras alas no sirven para nada si no están plateadas. Ala de envergadura es la pobreza, que de dos batidas se remonta hasta el Reino de los cielos. Las restantes virtudes nos orientan en la promesa hacia el futuro del Reino. A la pobreza no se promete el Reino; se le da. Por eso alude a la vida presente: Tiene ya el Reino de los cielos. Mientras que en los otros enunciados se dice: van a heredar, serán consolados, o algo semejante.

Vemos, sin embargo, a algunos pobres que no viven la verdadera pobreza, de lo contrario no estarían tan apocados y tristes, como corresponde a reyes, y reyes del cielo. Quieren ser pobres a condición de que no les falte nada. Les gusta la pobreza, pero no aguantan ninguna privación. Otros son mansos mientras no se les contraría en palabras y actitudes. Pero se puede comprobar lo alejados que están de la verdadera mansedumbre frente a la más ligera oportunidad. ¿Qué herencia va a tener esta mansedumbre, si naufraga con antelación? Constató también que otros lloran. Pero, si esas lágrimas brotasen del corazón, a prisa no las agostarían tan fácilmente. Se entretienen en palabrerías inútiles y superficiales después de haber humedecido los ojos. A mi entender, no se ha prometido el divino consuelo a tal género de sollozos, pues fácilmente se acogen a cualquier consuelo deleznable.

Otros se indignan contra las faltas de los demás. Parece como si, a primera vista, tuvieran hambre y sed de justicia. Sería cierto si aplicasen a sus propios pecados los mismos principios. Pero el Señor aborrece dos pesos desiguales. Y, si arden de indignación ante tanto descaro y son duros para los demás, se adulan necia e

infantilmente a sí mismos.

Existe un cierto tipo de personas misericordiosas, pero siempre a costa de los bienes del vecino. Se escandalizan si no se distribuyen las existencias con generosidad, procurando, claro está, que a ellos ni se les toque. Si fuesen compasivos de verdad, tendrían que cooperar con sus propios bienes. Y, si no pueden contribuir materialmente, al menos, con la mejor intención, deben perdonar a quienes quizá les han ofendido. Bastaría cualquier gesto benévolo, una palabra de aliento -que vale más que todo don-, para moverles a penitencia.

O al menos cubrirían con la compasión y la oración a quienes se sabe que viven en pecado. De otro modo, su compasión es una farsa y no suscitará compasión alguna. Hay igualmente quienes de tal modo confiesan sus pecados, que parece que una tal actitud brota del deseo de purificar el corazón, pues todo se purifica en la confesión. Pero se sabe que eso mismo que expresan con espontaneidad, no lo soportan en los labios de los demás. Y, si quisieran purificarse de verdad, no se irritarían; serían agradecidos a quienes les señalan sus faltas. Hay otros que con sólo ver a cualquiera que se escandaliza por algo, se desasosiegan hasta que no les devuelven la paz; pasarían por pacíficos, a menos que sus enfados contra quienes han dicho o hecho algo en contra de ellos no necesitaran de tanto tiempo, ni pasarán terribles agobios para calmarse. Si amaran la paz por encima de todo, no cabría duda que la buscarían para ellos mismos.

Plateemos, por tanto, nuestras plumas en la vida de Cristo, como los mártires lavaron sus vestidos en la pasión del Señor. Imitemos, según nuestro alcance, a aquel que se abrazó a la pobreza y, aunque tiene en sus manos los goznes de la tierra, no tuvo nada para reclinar su cabeza.

Recordemos cómo aquellos discípulos que viven apiñados a Él, acuciados por el hambre, frotan las espigas con las manos mientras atraviesan unos trigales. Él, como cordero llevado al matadero, como una oveja ante el esquilador, enmudeció y no abrió la boca. Lloró ante el cadáver de Lázaro y contemplando la ciudad. Leemos que pasaba noches enteras en oración, que nunca ha reído o bromeado. De tal forma tuvo hambre de justicia, que, al no tener pecados personales, se exigió a sí mismo una incalculable satisfacción por nuestros pecados. La sed que le devoró en la cruz fue la de la justicia. No dudó en morir por sus enemigos; oró por los que le crucificaban; no cometió pecado alguno; escuchó con paciencia las acusaciones de los demás y aguantó lo indecible para reconciliarse con los pecadores.

II. SERMÓN quinto del adviento. Sobre el adviento intermedio y las tres renovaciones

Acabamos de aludir a aquellos que han plateado sus alas y que duermen entre los dos tesoros, que significan las dos venidas. Pero no hemos dicho nada del lugar en donde duermen.

Precisamente, la tercera venida se encuentra entre las otras dos. En ella duermen plácidamente todos los que la conocen. Las dos venidas referidas las conoce todo el mundo. Ésta, no. En la primera, el Señor se manifestó en el mundo, vivió con los hombres cuando lo vieron y lo odiaron, como lo atestigua él mismo. En la última, todos verán la salvación de Dios y contemplarán al que traspasaron.

La venida intermedia permanece oculta; en ella, los elegidos sólo lo ven en lo hondo de ellos mismos. Así se salvan. La primera venida es carnal y débil; esta intermedia es espiritual y eficaz; y la postrera, gloriosa y majestuosa. Mediante la eficacia de la virtud, se llega a la gloria, porque el Señor de toda eficacia es el mismo Rey de la gloria. Y, en otro pasaje, el mismo profeta exclama: Para ver tu eficacia y tu gloria. Esta venida intermedia es un camino que enlaza la primera con la última. En la primera, Cristo ha sido nuestro rescate; en la última, se manifestará vida nuestra; en la actual, para que durmamos entre los dos tesoros, Cristo es nuestro descanso y consuelo.

Y para que nadie crea que todo lo que decimos sobre esta segunda venida es pura fantasía, escuchadle a él mismo: Si alguien me ama, guardará mi palabra y vendremos a él. ¿Qué quiere decir: Si alguien me ama, guardará mi palabra? Fíjate en este otro texto: El que teme a Dios obrará el bien. Yo creo que acontece algo importante en el que ama por el hecho de guardar la palabra. Pero ¿dónde la guardo? Sin género de dudas, en el corazón. Como dice el profeta: En mi corazón escondo tus palabras para no pecar contra ti. ¿Cómo se guardan en el corazón? ¿No basta retenerlas en la memoria? A los que se contentan con esto les dice el Apóstol que la ciencia engríe. Además, la memoria tiene sus lagunas.

Guarda la Palabra de Dios como si fuese la mejor manera de conservar tus víveres naturales, porque la Palabra de Dios es el pan vivo, el alimento del espíritu. El pan material, mientras queda en el armario, puede ser robado; lo pueden roer los ratones e incluso puede echarse a perder. Pero, si lo hubieres comido, ¿temerías todo esto? Guarda así la Palabra de Dios: Dichosos los que la guardan. Métela en las entrañas de tu alma; que la asimilen tus afectos y tus costumbres. Come a gusto, y tu alma saboreará manjares sustanciosos. No te olvides de comer tu pan. Que no se seque tu corazón, y tu alma se saciará con enjundia y manteca.

Si guardas así la Palabra de Dios, ella te guardará a ti sin duda alguna. El Hijo vendrá, junto con el Padre, hasta ti; vendrá el gran Profeta que renovará Jerusalén. Vendrá aquel que todo lo hace nuevo. La eficacia de esta venida consiste en que por lo mismo que somos imagen del hombre terreno, seremos imagen del hombre celestial. Y

como el viejo Adán invadió al hombre entero y dominó a la totalidad de la persona humana, del mismo modo Cristo quiere recuperarlo todo, la totalidad de la persona que ha creado, que ha rescatado y que glorificará. Por eso salvó a la humanidad en sábado. Convivimos por algún tiempo con el hombre viejo. Aquel depravado estaba en nosotros, en nuestras manos, en nuestra boca e incluso en el corazón. Estaba en las manos de dos maneras: por las arrogancias y el vituperio. Estaba en el corazón: por los bajos deseos y por los instintos de dominación.

Pero ahora existe en él una humanidad nueva; lo viejo ya ha pasado; se alza la inocencia contra los atentados que se perpetran con las manos; la continencia se alza frente a las desvergüenzas. En tus labios, la palabra de confesión se enfrenta a la arrogancia. La palabra de edificación se alza contra el vituperio para que se aleje todo lo viejo de nuestra vida. Y, en el corazón, la caridad sale al paso de los bajos deseos, mientras la humildad se opone a los instintos de dominación. Fíjate cómo con estas tres actitudes cada uno de los elegidos recibe a Cristo, el Verbo de Dios. De ellos se ha escrito: Grábame como sello en tu brazo, como un sello en tu corazón. Y en otra parte: A tu alcance está la palabra, en tus labios y en tu corazón.

III. SERMÓN sexto del adviento. Sobre las tres venidas y la resurrección de los cuerpos

Hermanos, no quiero que ignoréis el tiempo de vuestra visita, ni el objeto de esta visita que ahora recibís. Es la oportunidad de las almas, no de los cuerpos. Porque, siendo el alma mucho más noble que el cuerpo, precisa de un cuidado superior por su dignidad natural. Además tiene que ser curada en primera instancia, porque fue la primera en caer; y, una vez envuelta en la culpa, también corrompió al cuerpo en la pena.

Además, si queremos ser miembros de Cristo, debemos seguir sin titubeos a nuestra Cabeza. Y la primera actitud que debemos adoptar es la preocupación del alma. El vino por causa de ella y trató de curar su corrupción. Dejemos el cuidado del cuerpo para entonces, para el día en que vendrá a transformarlo, como escribe el Apóstol: *Aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que transformará la bajeza de nuestro cuerpo, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo.* Juan el Bautista, el heraldo del Señor en la primera venida, exclama: *Ved al Cordero de Dios; ved al que quita el pecado del mundo.* No habla de las enfermedades corporales, de los achaques físicos. Alude al pecado, en cuanto enfermedad del alma y corrupción del espíritu. *Ved al que quita el pecado del mundo.* Mas ¿de dónde le quita en concreto? De la mano, del ojo, del cuello; en una palabra, del cuerpo entero, en el que estaba profundamente enraizado.

Quita el pecado de las manos borrando las culpas cometidas. Lo quita del ojo purificando las intenciones del corazón. Lo quita del cuello disipando la violencia opresora, como está escrito: *Quebraste la vara del opresor como en el día de Madián.* Y se pudrirá el yugo en presencia del aceite. El Apóstol se explica, escribiendo: *Para que no reine más el pecado en vuestro cuerpo mortal.* Y, en otra parte, el mismo apóstol escribe: *¡Desgraciado de mí hombre que soy! ¿Quién me libraré del cuerpo en la debilidad de mi carne? Presentía que nunca iba a ser liberado de esa raíz pésima, clavada en la debilidad de la carne por la ley del pecado, que domina nuestros miembros hasta tanto que no se corten las amarras del mismo cuerpo. Anhelaba consumirse y estar con Cristo, porque experimentaba el pecado que nos separa de Dios, y que no puede ser completamente arrancado hasta que nos veamos libres del cuerpo.*

Recordad a aquel hombre a quien el Señor lo curó de su posesión diabólica y cómo el demonio lo golpeaba y desgarraba antes de salir de él. Lo mismo os digo. Esa especie de pecado que con tanta frecuencia nos inquieta -me refiero a las concupiscencias y a los bajos instintos- debemos reprimirlo. Y es posible por la gracia de Dios, para que así no reine nunca en nosotros, ni hagamos de nuestros miembros armas para la iniquidad. De este modo no pesará condena alguna sobre quienes viven en Cristo Jesús. Con todo, el pecado no se expele más que con la muerte, con nuestro desgarramiento, en la separación del alma y el cuerpo.

Ya sabes para qué ha venido Cristo y a quién tiene que mirar el cristiano. Por eso, evita, ¡oh cuerpo!, quemar etapas. Podrías obstaculizar la salvación del alma, y malograr por ello la tuya propia. Todo tiene su tiempo. Procura que el alma trabaje ahora para sí mismo. Incluso trabaja tú mismo con ella, pues si compartimos sus sufrimientos, compartiremos su gloria. En la medida en que impidas su restauración, impedirás la tuya. No podrás ser totalmente lo que eres hasta que Dios no vea en tu alma su propia imagen restaurada. Tienes un esclarecido huésped, ¡oh carne!, excelente sobremanera toda tu salvación depende de la suya propia. Rinde honor a huésped tan insigne. Tú vives en tu región, pero el alma es una peregrina y exiliada que se hospeda en ti.

Dime, si un noble poderoso señor quisiera alojarse en casa de un aldeano, éste, ¿no se acomodaría con gusto en un rincón, debajo de la escalera, e incluso sobre las mismas cenizas, con tal de ceder a su huésped el lugar más digno conforme a su rango? En consecuencia, haz tú lo mismo. No tengas en cuenta injurias ni molestias. Fíjate sólo en que tu huésped pueda alojarse en tu casa como se merece. El dolor que ahora soportes por él, te honrará.

No desprecies ni desestimes a tu huésped por ser peregrino y extranjero. Fíjate con suma atención en todo lo que te beneficia su presencia. Es él quien proporciona a los ojos y oídos la capacidad de ver y oír; da voz a la lengua, gusto al paladar, movimiento a todos los miembros. Todo lo que en ti percibes de vida, de sensibilidad y de nobleza, reconócelo como puro beneficio de este huésped. Como último argumento, su separación demuestra cuánto nos favorece su presencia. En cuanto el alma se separa, la lengua enmudece, los ojos se entenebrecen, los oídos se cierran, todo el cuerpo se queda rígido y el rostro palidece. Al poco tiempo, el cadáver se corrompe en su totalidad y hiede, y su belleza se transforma en podredumbre.

¿Por qué entonces entristeces y hieres a tal huésped con cualquier placer instantáneo, pues sin él ni siquiera serías capaz de sentir nada? Y si tantos beneficios te hace estando desterrado y expulsa o de la presencia del Señor por la actual enemistad, ¿qué te dará una vez reconciliado? No pongas, ¡oh cuerpo!, impedimentos a esa reconciliación. Te redundará un peso de gloria. Con paciencia, e incluso con gusto, hazte disponible a todo. Nada dejes pasar que pueda servir a esta reconciliación. Di a tu huésped: Cuando tu Señor se acuerde de ti y te restablezca en su primitiva situación, acuérdate de mí.

Él, sin duda, se acordará de ti para tu propio bien, con tal de que le sirvas con honradez. Cuando se presente ante su Señor, e insinuará algo de ti y elogiará tu desinteresada hospitalidad con estas palabras: Encontrándose tu siervo desterrado en castigo de su culpa, me presenté pobre ante él y me acogió con mucha misericordia. Quisiera que se lo pagaras por mí, Señor mío. Arriesgó todas sus cosas. Después, incluso, se ofreció a sí mismo para que yo me aprovechara. Nunca miró por sí. Siempre estuvo a mi disposición en los ayunos incontables, en los trabajos incesantes, en las vigilias, en hambre y sed, hasta en frío y desnudez. ¿Qué acontecerá? No fallará la Escritura, que dice: Separa la voluntad de cuantos le temen y escucharás su oración.

¡ojalá llegaras a gustar esta dulzura y pudieses apreciar esta gloria!

Voy a expresar cosas admirables, por otra parte muy verdaderas e indudables para los fieles. El mismo Señor de los Ejércitos, el Señor de todo poder, Rey de la gloria, bajará a transformar nuestros cuerpos, configurándolos al esplendor del suyo. ¡Qué gloria! ¡Qué júbilo tan inefable! El creador de todo, que en una primera venida se presentó humilde y desapercibido para santificar a las almas, ahora viene glorioso y a plena luz; no viene en la debilidad, sino en su gloria y en su majestad, para glorificarte a ti, carne miserable. Descenderá en pleno fulgor luminoso, precedido de los ángeles; éstos, al fragor de las trompetas, despertarán al pobre cuerpo sumergido en el polvo y lo arrebatarán para cortejar en los aires a Cristo.

¿Hasta cuándo, pues, esta carne miserable, fatua, ciega y totalmente embotada andará buscando consuelos pasajeros y caducos? ¿E incluso desconsuelos? ¿Exponiéndose a ser desechada y tenida por indigna de esta gloria y sufrir las terribles penas eternas? No así, hermanos míos, no así. Todo lo contrario, que nuestra alma se regocije en estas meditaciones y que nuestra misma carne descanse en paz.

Esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo y lo configurará al resplandor del suyo. Así se expresa el Profeta: Mi alma tiene sed de ti; ¡de cuántas maneras mi carne te ansía! El alma del Profeta deseaba la primera venida. En ella presentía su propia redención. Por su parte, la carne deseaba con mayor vehemencia la segunda venida y su propia glorificación. Entonces se colmarán nuestros deseos y toda la tierra se cubrirá con la majestad del Señor. Él nos conceda en su misericordia esa gloria y esa paz que excede a todo conocimiento. No nos defraude en nuestra esperanza el Salvador que aguardamos, Jesucristo nuestro Señor, que es el Dios soberano, bendito por siempre.

IV. SERMÓN séptimo del adviento. Sobre tres cosas muy útiles

Si celebramos con devoción la venida del Señor, hacemos lo que debemos, pues no sólo viene a nosotros, sino para nosotros. Él no necesita de nosotros. La misma grandeza de su dignación pone de manifiesto la enormidad de nuestra indigencia. El riesgo de la enfermedad se conoce por el valor de la medicina, como la gama de los achaques por la variedad de los remedios. ¿Qué sentir tendrían las distintas gracias si no se diese ninguna diferencia en las necesidades?

Es muy difícil expresar en un sermón la gama de indigencias que nos achacan. Pero pueden reducirse a tres raíces comunes y en cierta manera principales. Ninguno de nosotros puede prescindir de consejo, de ayuda y de protección. Es general en toda la raza humana esta triple miseria. Y cuantos vivimos en la región de la sombra de muerte, en la debilidad del cuerpo, en el lugar de la tentación, si nos fijamos con atención, arrastramos miserablemente esta triple molestia. Porque nos dejamos seducir con facilidad; somos débiles en las obras y frágiles para resistir. Nos falta agudeza de discernimiento entre el bien y el mal y nos engañamos. Si procuramos hacer el bien, desfallecemos. Si intentamos resistir al mal, caemos y nos rendimos.

Por esto necesitamos la venida del Salvador. Es imprescindible, para hombres así embargados, la presencia de Cristo. Y ¡ojalá venga con tan infinita condescendencia, que more en nosotros por la fe e ilumine nuestra ceguera! Permanezca con nosotros y ayude a nuestra debilidad y que su fuerza proteja y defienda nuestra fragilidad.

Si él está en nosotros, ¿quién nos podrá engañar? Si él está con nosotros, ¿qué no será imposible con aquel que nos robustece? Si él está en favor nuestro, ¿quién estará contra nosotros? Es un fiel consejero que no puede engañarse ni engañar. Es el robusto cooperador que nunca se cansa. Es el eficaz protector que pisotea diestramente al mismo Satanás con nuestros propios pies y desbarata todas sus asechanzas. Es la sabiduría de Dios, siempre dispuesto a instruir a los ignorantes. Es la fuerza de Dios, capaz de alimentar siempre a los lánguidos y librar al que zozobra. Corramos con gran decisión, hermanos míos, hacia este único maestro. Llamemos en toda ocasión a este valiente compañero. Encomendemos nuestras almas a este fiel protector en todo combate. Vino a este mundo para vivir entre los hombres, con los hombres y en favor de los hombres; para iluminar nuestras tinieblas, suavizar nuestras penas y evitar los peligros.

V. SERMÓN octavo de adviento. Sobre los tres infiernos

Cuando celebramos la venida del Señor con lecturas y cantos, reavivamos en nosotros los anhelos de los santos padres, a quienes Dios, mediante el Espíritu Santo, se dignó revelar la redención futura, que llevaría a cabo por su Hijo, encarnándose y muriendo por la salvación de los hombres. Incluso algunos de ellos gozaron en vida del carisma profético e intuyeron de antemano la encarnación de Cristo; y nos transmitieron en sus escritos sus gozos sentidos en el interior y el fuego de sus deseos. Después de su muerte pasaron a ser moradores de los infiernos, moradores de las tinieblas y sombras de muerte. Y nadie puede imaginarse ni expresar sus hondos anhelos de expectación hacia el único que podría soltarlos del yugo de la cautividad. El fruto que podemos lograr de todos estos deseos es una serie de suspiros y anhelos con los que debemos también nosotros esperar mientras vivimos en este cuerpo de muerte, en el infierno de estas tinieblas, la llegada de nuestro libertador. Porque necesitamos sus frecuentes visitas y su consuelo en esta cárcel y, en última instancia, nuestra liberación de esta mazmorra.

Debemos saber por los santos padres, e incluso por tantas personas buenas como malas, que todos los humanos bajaban al infierno antes de la llegada de Cristo y que ocupaban allí puestos distintos según sus respectivos merecimientos. Ello se debía a la perversión del primer hombre, que, por gustar la manzana prohibida, se granjeó el destierro. Este pecado lo precipitó al exilio a él con toda su raza. Ahora sufrimos las consecuencias del pecado original, pasando sed, hambre, frío, enfermedades y, al fin, la muerte.

En todo esto debemos considerar, hermanos muy queridos, las funestas consecuencias que arrastramos a causa de nuestros pecados. Con ellos ofendemos a Dios complaciéndonos y a sabiendas. Caímos muy miserablemente por aquel pecado al que nunca dimos nuestro asentimiento. Si por el pecado de otro nos vimos desterrados del paraíso a esta tierra y agujoneados por tan enormes y frecuentes miserias, ¿adónde nos lanzarán nuestros mismos delitos? Al infierno sin duda donde no hay esperanza de liberación. Y como la culpa de otro, no nuestra, nos arrojó a esta mazmorra, por eso la paga de otro, tampoco nuestra, consiguió nuestra salida. Si por Adán todos mueren, todos vivirán por Cristo. Pero, si se nos arroja al infierno por nuestros delitos, perdamos toda esperanza de liberación, porque Cristo, resucitado de la muerte, no muere más; no volverá a bajar al infierno para desalojarlo.

Fijaos que Adán no fue expulsado inmediatamente después de pecar. El Señor quiso forzarle a una confesión con esta pregunta: Adán, ¿dónde estás? El que nos prohibió pecar concedió también a los arrepentidos el remedio de la confesión. No es el pecador el que queda excluido del reino de Dios, sino el recalcitrante en su actitud despectiva a raíz del pecado.

Comer una manzana no tenía mayor trascendencia; pero como Dios había puesto a Adán en su casa, donde no consentía el mínimo atisbo de desobediencia, cualquier

indocilidad, por insignificante o considerable que fuese, merecía la expulsión. Lo mismo vosotros, mientras vivíais en el mundo, estabais lejos de la casa de Dios. El Señor dijo: Mi realeza no pertenece a este mundo. Y si en el mundo se os pasaban por alto tantas cosas en expresiones y actitudes, ahora, viviendo en la casa de Dios, se tendrá por reprobable cualquier actitud desdeñosa, a menos que borréis ese desdén con el llanto de la penitencia.

Sabemos que, por el pecado original, todos los hombres bajaban al infierno antes de la venida de Cristo. De modo parecido, y con no menos verdad, puede sostenerse que, antes y después de la venida de Cristo, no hay hombre alguno que no baje al infierno antes de subir al cielo.

Porque distinguimos tres infiernos. El infierno de voracidad, donde el gusano nunca muere y el fuego no se apaga. Aquí no hay liberación posible. El infierno de la expiación, asignado a las almas que deben purificarse a raíz de su muerte. El infierno de aflicción, que es la pobreza voluntaria. Aquí los que renunciamos al mundo debemos afligir nuestras almas para curarlas; de tal modo que pasemos por la muerte al juicio y, mediante la muerte, alcancemos la vida. Penetra en este infierno el que renuncia a sus tendencias carnales y mortifica, por una adecuada penitencia, sus miembros terrenos, prefiriendo afligirse con el pueblo de Dios que con el placer instantáneo del pecado. Quien durante su vida se niegue a bajar a este infierno, tendrá que entrar en los otros dos, y a duras penas o nunca alcanzará la libertad.

El primer infierno es el más riguroso, porque se exige en él hasta el último cuarto. Por eso, su pena no tiene fin. No se concibe ni la más leve mitigación, porque nunca se llega a un ajuste de cuentas que salde la injuria a Dios. La desobediencia ocasiona tan horrible afrenta al Creador, que ninguna pena puede expiarla, a menos que Él la perdone de antemano. Lo cual aparece claro en la primera infracción, pues arrastra a la condenación eterna incluso a niños sin bautizar.

El segundo infierno es purificador; el tercero, indulgente. En éste, por ser voluntario, se perdona con frecuencia la pena y la culpa. En el segundo infierno, aunque a veces se perdona la pena, nunca a culpa; pero se purifica cuando se perdona.

¡Dichoso infierno el de la pobreza, donde Cristo nació, se alimentó y transcurrió su vida mortal! Bajó hasta él, y no una sola vez, para sacar a los suyos; y además se entregó a sí mismo para librarnos de este perverso mundo presente, para separarnos de la multitud de condenados y reunirnos allí hasta que nos saque definitivamente. En este infierno hay tiernas adolescentes, las almas de los principiantes, jóvenes tamborileras. Van delante los más notables mensajeros con platillos sonoros. Les siguen otros con platillos vibrantes.

En otros infiernos, los hombres sufren tormentos; en éste, en cambio, sufren sólo los demonios. Merodean por lugares resacos y áridos, buscando un sitio para descansar, pero no lo encuentran. Rondan por las mentes de los fieles para disuadirles por todos los medios a que no mediten ni oren. Por eso se quejan: Jesús, ¿por qué has venido a atormentarnos antes de tiempo? Las mismas personas sensuales que viven en el mundo,

en cuanto se procuran los medios para encender los deseos de la carne, encuentran ahí su propio infierno; en él se atormentan rodeados de deleites, aunque no sean conscientes, porque duermen y están borrachos de vino, es decir, del amor mortal del mundo, del veneno incurable del áspid. La picadura del áspid adormece primero y luego mata. Embriagados de ajeno, esto es, de la miseria y amarga dulzura del mundo, se olvidan de Dios y de sí mismos; es gente sin sentido y sin juicio; no entienden nada y son insensibles a los acontecimientos inmediatos: Pues cuando estén diciendo: Hay paz y seguridad, entonces les caerá encima, de improviso, el exterminio y el dolor como a una mujer encinta, y no podrán escapar.

Bendito sea Dios, porque no vivimos en tinieblas. Así no nos sorprenderá desprevénidos el día del Señor. No nos encerró el Señor en su cólera, como a todos aquellos que desvarían en la vida almacenando pecados y atesorando ira para el día de la revelación del justo juicio de Dios. El Señor nos ha destinado a obtener la salvación redimiendo nuestra vida mediante una conveniente satisfacción en la penitencia. Los tormentos sorprenden a los carnales en sus mismos deleites; y ya no les basta con lo que tienen, sino que hambreadan lo que no tienen. Su única satisfacción son las torpezas y miserias abominables; no cosechan más que frecuentes fastidios, sin llegar nunca a plena satisfacción.

No son los que se alejaron del mundo castigan su cuerpo sometándolo a servicio los únicos que beben de la copa de la pasión. Pues el Señor tiene una copa llena de amargo vino mezclado; sus heces no se agotan; beben de ellas todos los pecadores de la tierra. La copa simboliza la pasión. De aquí la pregunta: ¿Podéis beber de la copa que yo voy a beber? La copa está en la mano del Señor, esto es, depende de su poder; ya da a beber a los que él quiere, cuando quiere y de la manera que le parece. Hay quienes beben de esta copa el vino amargo: son los que reniegan de sí mismos por puro amor al Señor, cargando con su cruz y siguiéndole. Otros beben vino mezclado: son aquellos que abrazan la vida de pobreza, pero no renuncian del todo a sí mismos o a su familia; viven, más bien, preocupados de sus parientes con cierto afecto instintivo o se afanan sobremanera en diligencias carnales. Beben del vino a pesar de estar mezclado, pues aun siendo imperfectos, no rechazan el yugo de la obediencia. Apuran las heces los que con tal de satisfacer los deseos de la carne, se abrazan con las penas y pesadumbres que abundan en el mundo y se disipan en vanidades y engaños.

La vida de todos éstos transcurre entre heces y torpezas. Ya lo fustiga el Profeta, diciendo: Bebe y adormécete, que tienes al lado la copa de la diestra del Señor, y el vómito de tu ignominia superará a tu honor. Beben de verdad quienes soportan miserias mucho más graves comparadas con las que se ciernen sobre los pobres de Cristo. El honor de éstos es tan afrentoso, que repele a cualquier persona normal, como repugna un pañuelo impregnado de vómito. Beben de la copa hedionda y no saludable porque no invocan al Señor. Aléjense de la iniquidad cuantos invocan al Señor, pues los que invoquen al Señor se salvarán.

Por tanto, aun pasando por alto otros aspectos, la ciudad de Dios vive desterrada

del Señor en el infierno de la pobreza, mientras el cuerpo es su domicilio. La ciudad es santa, es hermosa, aunque está plantada en un paraje de aflicción. Así ensalza el esposo esa hermosura en el Cantar de los Cantares: Eres bella, amiga mía; eres delicada y preciosa como Jerusalén, terrible como escuadrón en orden. Eres delicada para los hombres; preciosa para la divinidad; terrible para los demonios. ¿Por qué? Porque avanza como un escuadrón; pero no en desorden por la envidia, sino compacto en el amor. Es escuadrón por el número, escuadrón de batalla por su disposición. Y escuadrón ordenado por el consenso. La penitencia forma el grupo, la vigilancia suscita la disposición y la concordia proporciona el consenso.

El diablo no se retrae ante los que se dan a los ayunos, se privan del sueño y se moderan, porque ya ha arrastrado a unos y a otros a la ruina. Pero los que viven en concordia y armonía en la casa del Señor, unidos por los lazos del amor, provocan al diablo dolor, pavor e incluso le propinan palizas. Esta unidad del grupo tortura al enemigo, pero más que nada reconcilia con Dios, como él mismo declara en el Cantar de los Cantares: Has lacerado mi corazón, hermana y esposa mía, con una sola de tus miradas, con un rizo de tu pelo. Se refiere a la unidad entre superiores y súbditos. Por eso nos advierte también Pablo: Esforzaos por mantener la unidad de espíritus en el vínculo de la paz. Sabe bien el espíritu maligno que no se pierde ninguno de los que el Padre ha entregado al Hijo, que nadie podrá arrancarlos de su mano. Al encontrarlos en sana armonía, reconoce a las claras que están en las manos de Dios y que no les tocará el tormento de la muerte.

El Señor dice: En esto conocerán todos, incluso los demonios, que sois discípulos míos: en que os amáis unos a otros. El diablo ahuyenta los hombres ese amor que él mismo no supo mantener en su relación con Dios y con los ángeles en el cielo. Y ésa es la ciudad firmemente asentada e inexpugnable. Su cuello es como la torre de David, construida con sillares; de ella penden miles de escudos, miles de adargas de capitanes. La cabeza se une al cuerpo por el cuello. ¿Puede tener el cuello otro sentido mejor que nuestro empeño? Mientras mantenemos incólume nuestro propósito pese a las tribulaciones que nos arrecien, nunca nos separaremos de nuestra cabeza que es Cristo. Nos aprietan por todos los lados, pero no nos aplastan. Porque ¿quién nos separará del amor de Dios? Por Él volamos en los caminos de los mandamientos de Dios con el corazón dilatado. Este cuello debe ser consistente, inmóvil y largo, como una torre, y tener por cimiento la humildad.

La humildad reúne a las virtudes, las mantiene unidas y las perfecciona. El cimiento se oculta en tierra, no puede conocerse su consistencia hasta que los muros se asienten o se desmoronen. La humildad clava su raíz en lo profundo del corazón. No puede conocerse su ausencia o su debilitamiento hasta que los muros del edificio se disuelven por el desorden o se disgreguen y desmoronen. Esta es la torre que David posee con mano fuerte. Si no eres contemplativo, no te desazonas; sé activo en las buenas obras, defiende con ardor la torre de tu empeño, y algún día lograrás la pureza de corazón, pues Dios se entregó a sí mismo para rescatarnos de toda clase de maldad y purificarse un

pueblo escogido, entregado a hacer el bien. Por eso juró a David, es decir, al que actúa con determinación: A uno de tus entrañas, esto es, de la sensualidad, que es lo más frágil del hombre, pondré sobre tu trono.

Esta torre o ciudad tiene por muro la obediencia, que reúne a los dispersos; contiene a los vagabundos, para que salgan sólo por la puerta, esto es, por el mandato del superior.

El primero es la acción recta. Lo que va contra Dios no es obediencia. El segundo es lo voluntario, pues lo que se hace por la fuerza no es bueno. El tercero, lo puro. Que la intención sea pura; porque, si tu ojo es sencillo, toda tu persona quedará esclarecida. El cuarto, lo discreto. Que no haya excesos. Si se ofrece algo bueno, pero no se reparte como es debido, habrá pecado. El quinto, lo estable. El que es constante, lo posee todo, dispone de todo. No hay bien sin perseverancia. Para que la perseverancia tenga el muro de la obediencia necesita pertrecharse con los baluartes de la paciencia, como los defensores de las murallas necesitan baluartes para estrellar los dardos del enemigo. Quienes se empeñan en mantener la obediencia necesitan de la paciencia, que protege al hombre contra las palabras desabridas y los trabajos agitadores.

De ella penden mil escudos. Se refiere a la perfección y asiduidad de la oración, que en ocasiones sirve de ayuda al prójimo. El escudo puede colocarse en cualquier parte. Cuelgan de ella mil adargas de capitanes. Que se presente Pablo y nos lo explique: Por eso os digo que cojáis la adarga que Dios da para hacer frente a las asechanzas del diablo, permaneciendo siempre firmes. Permaneced en pie, ceñidos los costados con el cinturón de la verdad; poneos como coraza la justicia; calzaos los pies para anunciar el mensaje de la paz. Tened siempre abrazado el escudo de la fe, etc.

Ceñir los costados es abstenerse de los deseos carnales. Pero el control ha de realizarse en la verdad. Algunos se reprimen por necesidad, porque no se les presentan oportunidades de lugar, de tiempo, ni los medios. Otros lo hacen por vanidad, para granjearse favoritismos humanos o alguna ventaja temporal. Pero hay quienes se contienen por la verdad, deseando agradar sólo a Dios.

Debemos ponernos también la coraza de la justicia. La coraza protege al hombre por delante, por detrás y por ambos lados. Con razón se compara a la justicia, que da a cada cual lo que le pertenece. Tenemos delante de nosotros a los veteranos; detrás, a los más jóvenes; amigos, por el lado derecho; y enemigos, por el izquierdo. Demos, pues, a cada cual lo que le pertenece: a los ancianos, obediencia; a los jóvenes, enseñanza; alegría, a los amigos; y a los enemigos, paciencia.

Debemos calzar nuestros pies para anunciar el mensaje de la paz. Con el fin de mantener la paz y comunicarla a otros, debemos calzar los pies de nuestros pensamientos. De este modo podremos recorrer el mundo entero recordando nuestros trabajos estériles, para que no se nos clave la espina de la soberbia al experimentar las debilidades del prójimo. Procuremos no sobrepasarnos tampoco al considerar nuestra debilidad y la de ellos. Nunca olvidemos nuestros pecados, aunque estén ya borrados de la conciencia. Meditemos lo que dice el Apóstol: Está sobre aviso para no ser tentado.

Por tanto, cuando sobrevienen estos pensamientos, el hombre debe acusarse a sí mismo y excusar al prójimo. Así, el que ha sido justo dando a cada cual lo que le correspondía, plantee un juicio para que el alma, que debe ser trono de Dios, se enmiende mediante la justicia y el juicio, porque justicia y juicio sostienen su trono.

El juicio tiene tres fases: con respecto a sí mismo, al prójimo y a Dios. El juicio del hombre, con respecto a sí mismo, debe ser severo; indulgente respecto al prójimo y puro respecto a Dios. El hombre debe juzgarse a sí mismo con rigor. Si nos juzgamos debidamente a nosotros mismos, no nos juzgarán. Indulgente respecto al prójimo, de tal modo que ya le amonestes con misericordia o le reprendas con solicitud, procedas siempre con suavidad, estando tú sobre aviso para no ser tentado. Debes aguardar los juicios de Dios con pureza y sencillez de corazón, proclamando: Todas las obras del Señor son muy buenas. Que el hombre sea juez implacable para sí mismo mediante el conocimiento de la verdad; indulgente para con el prójimo, a impulsos del amor; puro para con Dios, mediante el asentimiento de la voluntad.

Después de la justicia y el juicio, el hombre necesita la vigilancia, para que no afloje por la tibieza o le desmorone la vanidad. Le conviene andar solícito con su Dios, estarle sumiso e implorarlo y para evitar cualquier enervamiento o duda en la oración al ser azuzado por artimañas y sugerencias diabólicas, sostenga de continuo el escudo de la fe, sabiendo que suyo será todo lugar que hollen los pies de la fe. Quiere decir que todo lo que se pida a él directamente o a través de su nombre, se hará.

Que tu fe sea como una semilla de mostaza, que cuanto más se la pisa, tanto más perfuma; esto es, que cuanto más te desprecien y parezca que Dios te rechace, con mayor confianza esperes conseguir lo que pides. Y, si no por amistad, al menos por tu impertinencia, se levantará y te dará cuanto necesitas. Por eso añade el Apóstol: Con la ayuda del Espíritu, resistid en la oración y en la vigilancia. No debemos entregarnos a la oración esporádicamente, sino con frecuencia y asiduidad, explayando ante Dios los deseos de nuestro corazón; y en determinados momentos servirnos de la expresión de los labios. De aquí que Pablo escriba en otro pasaje: Presentad ante Dios vuestras peticiones. Esto se verifica en la insistencia y asiduidad en la oración, unas veces dirigida a Él, otras a su Madre gloriosa, y en ocasiones a los santos, de tal forma que se les obligue a decir: Atiéndele, que viene detrás gritando.

El Profeta consuela a la ciudad santa de Jerusalén, que peregrina todavía en el infierno de la pobreza, y dice: No llores que pronto vendrá tu salvación, pues junto a los canales de Babilonia nos sentamos a llorar. Babilonia significa "confusión". En Babilonia residen y lloran los habitantes de Jerusalén, que, aun sin estar en la confusión de sus trabajos, viven en la confusión de sus ideas; quieren, pero son impotentes para alzar los ojos del espíritu hacia Dios; y, aunque constreñidos, las quimeras los arrastran. Los canales de Babilonia significan las costumbres depravadas, que se presentan deliciosas a nuestra memoria. Los ríos corren, y a quienes seducen los arrastran al mar del mundo. A lo largo de estos canales se alzan los sauces, esto es, pensamientos flojos y estériles; en ellos, mientras nos desparramamos en quimeras, interrumpimos la alabanza de Dios en

nuestros corazones, que, como instrumentos de gloria, deben resonar siempre en presencia de Dios.

Demos gracias a Dios, que nos dio victoria por medio de nuestro Señor Jesús el Cristo. Porque, si arrecian sobre nosotros malas costumbres, no claudicamos. Nos hemos sentado junto a los canales de Babilonia, con el alma muda a la placentera y consoladora vida del mundo, y a todo el que nos habla. Es sorda ante el acosador e insensible frente al que le adula. Embarazados por estas frivolidades, no es extraño que lloremos recordando a Sión, esto es, avivando el recuerdo de aquella suavidad y deleite sabroso que gustan de antemano esos contemplativos que merecen atisbar, a cara descubierta, la gloria de Dios.

¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librerá de este yugo de esclavitud para que pueda algún día escarnecer únicamente a los enemigos que me escarnecen? A ellos, por culpa de mis pecados, me los puso Dios como irrisión y burla, para humillarme en el lugar de la aflicción y verme sumergido en las tinieblas de muerte. Si me dejo, pues, arrastrar por los deseos carnales y, lo que no ocurra, consiento en ellos, yo mismo me precipito a las garras de la muerte y me acarreo la sepultura del infierno.

Pero si, cuando siento el asalto, retengo mi sentimiento, no caeré en la muerte. Me envolverán tinieblas de muerte y se ofuscarán mis ojos con el polvo de pensamientos frívolos, pero mi memoria evocará la dulzura de mi Dios. Aunque camine por sombras de muerte, nada temo si tú estás conmigo. Con toda certeza nada temeré, porque tú estás conmigo.

¿Y en qué se funda mi esperanza? En la vara de tu corrección y en el cayado de tu apoyo, que me consuela. Aunque me corrijas y refrenes mi soberbia reduciéndome a polvo de muerte, protegerás mi vida, agarrándome de la mano para que no caiga en el lago de muerte. No descuidaré la disciplina el Señor, no protestaré cuando me reprenda. Comprendo que todo contribuye al bien de los que aman a Dios y que la creatura está sometida a la vanidad no por gusto, sino con dolor. ¿Por qué me voy a impacientar? No. Aguantaré con paciencia. ¿Y por qué? Porque la misma creatura se verá liberada de la esclavitud de la corrección para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios. Ciudad de Jerusalén, no llores, que pronto vendrá tu salvación. Aunque tarde con respecto a ti, no será mucho retraso con respecto a él, porque mil años en su presencia es como ayer que pasó.

4. LA NAVIDAD

I. SERMÓN Sobre el anuncio litúrgico del nacimiento del Señor: Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judá

Un grito de júbilo resuena en nuestra tierra; un grito de alegría y de salvación en las riendas de los pecadores. Hemos oído una palabra buena, una palabra de consuelo, una frase rezumante de gozo, digna de todo nuestro aprecio.

Exultad, montañas; aplaudid, árboles silvestres, delante del Señor porque llega. Oíd cielos; escucha, tierra; enmudece y alaba, coro de las creaturas; pero más que nadie, tú, hombre. Jesucristo, el Hijo de Dios, nace en Belén de Judá. ¿Quién tendrá corazón tan de piedra que, al oír este grito, no se le derrita el alma? ¿Se podría anunciar mensaje más consolador? ¿Se podría confiar noticia más agradable? ¿Cuándo se ha oído algo semejante? ¿Cuándo ha sentido el mundo cosa parecida? Jesucristo, el Hijo de Dios, nace en Belén de Judá. ¡Expresión concisa sobre la Palabra condensada, pero henchida de celeste fragancia! El afecto se fatiga intentando expandir un mayor derroche de esta meliflua dulzura, pero no encuentra palabras. Tanta gracia destila esta expresión, que, si se altera una simple coma, se siente de inmediato una merma de sabor.

Jesucristo, el Hijo de Dios, nace en Belén de Judá. ¡Oh nacimiento esclarecido en santidad, glorioso para el mundo, querido por la humanidad a causa de incomparable beneficio que le confiere, insondable incluso para los ángeles en la profundidad de su misterio sagrado! Y bajo cualquier aspecto, admirable por la grandeza exclusiva de su novedad; jamás se ha visto cosa parecida, ni antes ni después. ¡Oh alumbramiento único, sin dolor, cándido, incorruptible; que consagra el templo del seno virginal sin profanarlo! ¡Oh nacimiento que rebasa las leyes de la naturaleza, si bien la transforma; inimaginable en el ámbito de lo milagroso, pero subsanador por la energía de su misterio!

Hermanos: ¿Quién podrá proclamar esta generación? El ángel anuncia. La fuerza de Dios cubre con la sombra. Baja el Espíritu. La Virgen cree. La Virgen concibe en la fe. La Virgen alumbra y permanece virgen. ¿Quién no se asombrará? Nace el Hijo del Altísimo, Dios de Dios, engendrado antes de todos los siglos. Nace la Palabra-niño. Imposible admirarlo cual se merece.

Tampoco es inútil este nacimiento, ni queda estéril tal condescendencia de la majestad divina. Jesucristo, el Hijo de Dios, nace en Belén de Judá. Los que yacéis en el polvo, levantaos exultantes. Mirad al Señor de la salvación. Trae la salvación y viene con ungüentos y con gloria. Es inconcebible un Jesús sin salvación, como lo es un Cristo sin unción y un Hijo de Dios sin gloria. Él es la salvación; él, la unción y la gloria, como está escrito: El Hijo sensato es la gloria del padre.

Dichosa el alma que ha gustado del fruto de la salvación, porque le atrae y corre tras el olor de los perfumes para contemplar su gloria, gloria del Hijo único del Padre. Reanimaos los que os sentís desahuciados: Jesús viene a buscar lo que estaba perdido. Reconfortaos los que os sentís enfermos: Cristo viene para sanar a los oprimidos con el ungüento de su misericordia. Alborzaos todos los que soñáis con altos ideales: el Hijo

de Dios baja hasta vosotros para haceros partícipes de su reino. Por eso imploro: Sáname, Señor, y quedaré sano; sálvame, y quedaré a salvo; dame tu gloria, y seré glorificado. Y mi alma bendecirá al Señor, y todo mi interior a su santo nombre, cuando perdones todas mis culpas, cures todas mis enfermedades y sacies de bienes mis anhelos.

Estas tres cosas, queridísimos míos, saboreo en mi alma cuando oigo la buena noticia del nacimiento de Jesucristo, el Hijo de Dios. ¿Por qué le llamamos Jesús? Únicamente porque salvará a su pueblo de todos sus pecados. ¿Y por qué le llamamos Cristo? Porque hará pudrir el yugo de tu cuello con la efusión del aceite. ¿Por qué e Hijo de Dios se hace hombre? Para que los hombres se vuelvan hijos de Dios. ¿Quién puede resistir a su voluntad? Si Jesús es el que perdona, ¿quién se atreverá a condenar? Si es Cristo el que cura, ¿quién podrá herir? Si el Hijo de Dios es el que enaltece, ¿a quién se le ocurrirá humillar?

Nace Jesús. Alégrese incluso el que siente en su conciencia de pecador el peso de una condena eterna. Porque la misericordia de Jesús sobrepuja el número y gravedad de los delitos. Nace Cristo. Gócese todos los que han sufrido la violencia de los vicios que dominan al hombre, pues ante la realidad de la unción de Cristo no puede quedar rastro alguno de enfermedad en el alma, por muy arraigada que esté. Nace el Hijo de Dios. Alborócese cuantos sueñan con sublimes objetivos, porque es un generoso galardonador.

Hermanos, he aquí al heredero. Acojámosle con devoción, y recibiremos su misma herencia. Aquel que entregó a su mismo Hijo por nosotros, ¿cómo nos negará los demás dones con el don de Hijo? Rechacemos la desconfianza y la duda. Tenemos un firme apoyo: La Palabra se ha hecho carne y acampó entre nosotros. El Hijo único de Dios quiso tener muchos hermanos para ser entre todos ellos el primero. No tiene por qué dudar el apocamiento de la debilidad humana. Fue el primero en hacerse hermano de los hombres, hijo del hombre, hombre. Y, aunque el hombre opine que esto es imposible, los ojos confirman la fe.

Jesucristo, el Hijo de Dios, nace en Belén de Judá. Fíjate en el detalle. No nace en Jerusalén, la ciudad de los reyes. Nace en Belén, diminuta entre las aldeas de Judá. Belén, eres insignificante, pero el Señor te ha engrandecido. Te enalteció el que, de grande que era, se hizo en ti pequeño. Alégrate Belén. Que en todos tus rincones resuene hoy el cántico del "Aleluya". ¿Qué ciudad, oyéndote, no envidiará ese preciosísimo establo y la gloria de su pesebre? Tu nombre se ha hecho famoso en la redondez de la tierra y te llaman dichosa todas las generaciones. Por doquier te proclaman dichosa, ciudad de Dios. En todas partes se canta: El hombre ha nacido en ella; el Altísimo en persona la ha fundado. En todo lugar, repito, se anuncia se proclama que Jesucristo, el Hijo de Dios, nace en Belén de Judá.

Y no en vano se añade de Judá, pues la expresión nos insinúa que la promesa se hizo a nuestros padres. No se le quitará a Judá el cetro, no dejará de salir el caudillo de entre sus muslos, basta que llegue el que tiene que venir. El mismo será la esperanza de todas las naciones. Es cierto que la salvación viene de los judíos, pero se extiende hasta

los confines de la tierra. Está escrito: A ti, Judá, te alabarán tus hermanos; pondrás tus manos sobre las nuca de tus enemigos; y otras cosas que leemos, pero que nunca se cumplieron en la persona de Judá, sino únicamente en Cristo: él es el león de la tribu de Judá. Sobre esto mismo está también escrito: Judá es un cachorrillo de león; te has abalanzado hacia la presa, hijo mío. Cristo es el hábil cazador que, antes de saber decir mamá o papá, se llevó el botín de Samaria. Diestro conquistador que, subiendo a lo alto, llevó cautiva a la misma cautividad. Y, sin robar nada, distribuyó dones a los hombres.

La expresión Belén de Judá nos recuerda estas profecías y otras parecidas que se cumplieron en Cristo, porque se referían a su persona. Ya no nos interesa saber si de Belén puede salir algo bueno.

Lo que sí nos interesa saber es la manera como quiere ser acogido el que quiso nacer en Belén. Quizá alguno hubiera pensado prepararle fastuosos palacios, para acoger con realce al rey de la gloria. No es ése el motivo de su venida desde el trono real. En la izquierda trae honor y riquezas, y en la derecha largos años. En el cielo había abundancia eterna de todas estas cosas, pero no pobreza. Precisamente abundaba y sobreabundaba esto en la tierra, y el hombre ignoraba su valor. El Hijo de Dios se prendó de ella, bajó, se la escogió, y revalorizó su encanto para nosotros. Engalana tu lecho, Sión; pero con humildad y con pobreza, le agradan estos pañales. María nos asegura que le gusta envolverse con estas telas. Sacrifica a tu Dios las abominaciones de los egipcios.

Por último, fijate que nace en Belén de Judá. Procura tú mismo llegar a ser Belén de Judá. Entonces no desdeñará tu acogida. Belén es la "casa del pan". Judá significa confesión. Tú sacia tu alma con el alimento de la palabra divina. Y aunque indigno, recibe con fidelidad y con la mayor devoción posible ese pan que baja del cielo y que da la vida al mundo: el cuerpo del Señor Jesús. De este modo, la carne de la resurrección renovará y confortará al viejo odre de tu cuerpo. Así, mejorado por este sedimento, podrá contener el vino nuevo que está en el interior. Y si, en fin, vives de la fe, nunca te lamentarás de haber olvidado de comer tu pan. Te has convertido en Belén, y digno, por tanto, de acoger al Señor; contando siempre con tu confesión. Sea, pues, Judá tu misma santificación. Revístete de confesión y de gala; condición indispensable que Cristo exige a sus ministros.

Para concluir, el Apóstol te pide estas dos cosas en breves palabras: que la fe interior alcance la justicia y que la confesión pública logre la salvación. La justicia en el corazón, y el pan en la casa. Ese es el pan que santifica. Dichosos los que tienen hambre de justicia, porque quedarán saciados. Haya justicia en el corazón, pero que sea la justicia que brota de la fe. Únicamente ésta merece gloria ante Dios. Afore también la confesión en los labios para la salvación. Y ya, con toda confianza, recibe a aquel que nace en Belén de Judá, Jesucristo, el Hijo de Dios.

II. SERMÓN Sobre las palabras del canto: ¡Oh Judá y Jerusalén!

¡Oh Judá y Jerusalén, no temáis! Hablamos a los judíos auténticos, los que lo son según el espíritu y no según la letra. Hablamos a la descendencia de Abrahán. Su propagación, como se lee en la promesa, parece que se ha cumplido. La descendencia se refiere a los hijos en virtud de la promesa, no a los hijos naturales. Tampoco nos referimos a aquella Jerusalén que mata a los profetas. Pues ¿cómo la consolaríamos, si el Señor lloró por ella y quedó convertida en ruinas? Nos referimos a aquel que baja, nueva, desde el cielo. No temáis, oh Judá y Jerusalén ! No temáis, verdaderos confesores, que confesáis al Señor con la boca, con toda vuestra persona y por doquier. Os revestís de la confesión como de un vestido. Todo vuestro interior confiesa al Señor y todos los huesos proclaman: Señor, ¿quién como tú? No se comportan como esos que hacen profesión de conocer a Dios y lo desmienten con su conducta. La auténtica confesión consiste en que todas vuestras obras, hermanos, sean también obras suyas y lo ensalzen. Pero se le debe ensalzar de dos maneras, como envueltos en un doble vestido, mediante la confesión de los pecados y la proclamación de las divinas alabanzas. Seréis verdaderos judíos si la totalidad de vuestra vida confiesa que sois pecadores; que merecéis castigos mayores; que Dios es la bondad por excelencia; que Él os perdona los castigos eternos que os habíais merecido a cambio de estos insignificantes y pasajeros sufrimientos.

El que no desea con ganas la penitencia, parece decir con sus acciones que no tiene necesidad de penitencia. De este modo no confiesa su pecado o la penitencia no le sirve de nada. Y tampoco ensalza a bondad divina.

Pero vosotros sed auténticos judíos, sed la nueva Jerusalén, y ya nada temeréis. Jerusalén es la visión de paz. Visión, no posesión. El Señor estableció la paz en sus fronteras. Y no precisamente en los alrededores ni en su mismo centro. Si no tenéis la paz, y nunca la podréis tener perfecta en esta vida, al menos vedla miradla, contempladla y deseadla. Clávense allí las miradas de vuestro corazón. Hacia la paz se orienten vuestras intenciones, para que en cualquier cosa que emprendáis os mueva el deseo de esta paz que supera todo sentido. Tened siempre este objetivo: vivir reconciliados y en paz con Dios.

A todos éstos decimos: No temáis. A estos consolamos, no a quienes desconocen el camino de la paz. Y si se les dice: Mañana saldréis, les sonará a intimidación, nunca a consuelo. Únicamente desean morir y estar con Cristo los que ven y conocen la paz. Si se derrumban sus albergues terrenos, saben que su construcción proviene de Dios. Los otros, en cambio, viven como unos insensatos y se complacen de su prisión. Cuando mueren estos tales, en vez de salir, debemos decir que entran. No emigran a la región de la luz y de la libertad; penetran en la cárcel, en las tinieblas, en el infierno.

A vosotros, en cambio, se os dice: No temáis, mañana saldréis; ya no rondará el temor por vuestras fronteras. Tenéis enemigos numerosos: la carne, el enemigo más

cercano; este mundo perverso, que os invade por todas partes; los señores de las tinieblas, que, situados en la altura, acosan vuestros caminos. Sin embargo, no temáis; saldréis mañana; esto es, muy pronto. El mañana es inminente; por eso, el santo Job dijo: Mañana se me hará Justicia. En otro lugar se nos habla también de tres días: Al cabo de dos días, nos dará la vida, y al tercero nos resucitará. El primer día está bajo el signo de Adán; el segundo, en Cristo, y el tercero, con Cristo. Por eso añade: Nos esforcemos por conocer al Señor; y en el mismo lugar: Mañana saldréis, y el Señor estará con vosotros.

Este pasaje se aplica a quienes han cumplido la mitad de sus años y en quienes han muerto el día en que nacieron, el día de Adán, el día del pecado; día que también Jeremías maldecía con estas protestas: Maldito el día en que nací. Todos nacemos en ese día. Que parezca ese día en todos nosotros; día de niebla y de oscuridad, día de tinieblas y de descontento. Este día nos lo proporcionó Adán y nuestro enemigo, que nos insinuó: Se abrirán vuestros ojos.

Pero fijaos: Ha brillado entre vosotros el día nuevo de la redención, el de la renovación antigua y de la dicha eterna. Este es el día que hizo el Señor; festejémoslo y alegrémonos, porque mañana saldremos. ¿De dónde? Del calabozo de este siglo, de la prisión del cuerpo, de los grilletes de la necesidad, de la curiosidad, de la vanidad y del placer. De codo eso que encadena los pies de los afectos, en contra de nuestra voluntad. ¿Qué le dicen las cosas terrenas a nuestro espíritu? ¿Por qué no desea las realidades espirituales y no busca ni saborea lo espiritual? ¡Oh espíritu!, tú eres de arriba; ¿qué te importa lo de abajo? Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Saboread lo de arriba, no lo de la tierra. Pero el cuerpo mortal es lastre del alma y la morada terrestre abruma la mente pensativa.

Las incontables necesidades de nuestro cuerpo nos paralizan. La viscosidad de nuestro deseo malo y del placer terreno nos impide volar. Y si por casualidad se eleva un poco, al punto se la tira por tierra. Pero no temáis; saldréis mañana del lago de miseria y del cieno hediondo. Y para sacarnos de ahí, él mismo se hundió también en el cieno profundo. No temáis; saldréis mañana del cuerpo de la muerte y de la corrupción del pecado. Actúad durante este día en Cristo. Y vivid como él mismo vivió. Pues quien dice estar en Cristo, debe proceder como él mismo procedió. No temáis, que mañana saldréis y estaréis siempre con el Señor. O como expresamente se dice: Y el Señor estará con vosotros. Entendamos que, mientras vivamos en el cuerpo, podemos estar con el Señor, esto es, adherirnos a su querer. Pero él no está con nosotros para consentir a nuestro deseo. Queremos ser ya libres. Anhelamos morir. Deseamos salir. Pera el Señor tiene todavía sus motivos para demorarse. Mañana saldréis, y el Señor estará con vosotros, y entonces él querrá cuanto nosotros queramos; no habrá discordia alguna entre su voluntad y la nuestra.

Por eso, no temáis, Judá y Jerusalén, si todavía no podéis lograr la perfección que deseáis. Que la humildad de la confesión supla la imperfección de vuestra conducta. Los ojos de Dios ven vuestra imperfección. Por eso ordenó cumplir con sumo esmero sus

mandamientos. De este modo, cuando sentimos el desfallecimiento de nuestra debilidad y la imposibilidad de cumplir lo debido, refugiémonos en la misericordia y exclamemos: Tu misericordia vale más que la vida. Y si no podemos comparecer con el vestido de a inocencia o de la justicia, presentémonos con el vestido de la confesión.

La confesión y la hermosura llegan hasta la presencia del Señor si, como ya se indicó, la boca y la persona exclaman con todas sus fuerzas: Señor, ¿quién como tú? Este grito brota de la contemplación de la paz y del deseo de reconciliación con Dios. A estos se les dice: ¡Oh Judá y Jerusalén, no temáis; saldréis mañana! Y tan pronto como el alma salga del cuerpo, todos los afectos y deseos que actualmente se encuentran dispersos y cautivos en la superficie del mundo, saldrán de estas adherencias, y el Señor estará con vosotros.

Esto os parecerá una exageración si os fijáis en vosotros mismos y no en las cosas que os aguardan. ¿Acaso el universo entero no lo espera? La creatura está sometida a la vanidad. Al caer el hombre, al que el Señor había nombrado administrador de su casa y dueño de todas sus posesiones, toda su herencia quedó corrompida. Los vientos se desataron. La maldición cayó sobre la tierra en las obras de Adán, y todo quedó presa de la vanidad.

No se restaurará la herencia mientras no se renueve el heredero. De aquí el testimonio del Apóstol. Todo sigue gimiendo con dolores de parto hasta ahora. Están pendientes de nosotros el mundo, los ángeles y los hombres. Escuchad: Me aguardan los justos hasta que me devuelvas tu favor. Los mártires reclamaron el día del juicio; y no tanto por deseos de venganza cuanto por anhelo de la perfección de su dicha que entonces se les daría. Pero recibieron esta divina respuesta: Aguantad un poro hasta que se complete el número de vuestros hermanos.

Es cierto que ya han recibido la vestidura blanca; pero no lucirán las dos túnicas hasta que no las luzcamos también nosotros. Como garantía tenemos rehenes a sus propios cuerpos, pues sin ellos y sin nuestra compañía no pueden lograr la plenitud de su gloria. De aquí que el Apóstol se exprese en estos términos hablando de los Patriarcas y de los Profetas: Dios preparó algo mejor para nosotros, y no quiso llevarlos a la meta sin nosotros. ¡Si sospecháramos cómo aguardan nuestra llegada! ¡Cuánto la desean y la buscan! ¡Con qué gusto reciben las buenas noticias sobre nosotros!

Mas ¿por qué hablo de estos que aprendieron a ser compasivos a fuerza de sufrir? Los mismos ángeles desean nuestra compañía. ¿Es que se van a reconstruir las murallas de Jerusalén con estos gusanillos y este polvo? ¿Habéis pensado cuánto suspiran los ciudadanos del cielo restaurar las ruinas de su ciudad? ¿Cómo andan solícitos por recibir piedras vivas, que sirvan con ellos para la construcción? ¡Cómo se afanan entre Dios y nosotros, llevando con sumo cuidado a su presencia nuestros gemidos y devolviéndonos su gracia con enorme delicadeza! Imposible que se avergüencen de ser nuestros compañeros los que se han hecho nuestros servidores. ¿No son todos dispensadores del espíritu y enviados para ayudar a quienes han de lograr la herencia eterna? Aprisa, hermanos carísimos; aprisa, que nos espera toda la corte celestial. Hemos alegrado a los

ángeles cuando nos hemos convertido a la penitencia. Avancemos, démonos prisa a colmarlos de alegría.

¡Pobre de ti si piensas revolcarte en el fango, volver al vómito! ¿Crees que en el día del juicio tendrás de tu parte a quienes quieres rehusar un gozo tan intenso como esperado? Se alegraron cuando hicimos profesión de penitencia como si nos hubiesen visto volver desde los umbrales mismos del infierno. ¿Qué impresión tendrían ahora si nos viesen alejarnos desde los umbrales del mismo cielo y volverles la espalda cuando estábamos ya con un pie en el paraíso? Nuestra vida transcurre en la tierra, pero el corazón está en los cielos.

Corred, hermanos, corred. Ya no son sólo los ángeles, es el mismo creador de los ángeles quien os espera. El banquete de todas está preparado. Pero la casa no está llena. Todavía se deja tiempo para que se llene la sala del festín. El Padre os aguarda y os desea por el gran amor con que os amó. Precisamente el Hijo único que está al lado del Padre ya os lo había anunciado: El Padre os ama. Pero también os ama y os desea por su misma persona, como se expresa en el Profeta: Lo hago por mí mismo, no por vosotros. Podrá ya alguien dudar que no realizará aquella promesa hecha al Hijo: Pídemelo, y te daré en herencia las naciones. O aquella otra: Siéntate a mi derecha basta hacer de tus enemigos un estrado de tus pies. No quedarán destrozados todos sus enemigos mientras haya quien nos combata a nosotros, que somos sus miembros. No se realizará esta promesa hasta que no quede destruido el último enemigo, la muerte.

¿Y quién puede dudar cuánto desea el Hijo palpar el fruto de su nacimiento, de toda su vida terrena, el fruto de su cruz y de su muerte, el precio de su sangre preciosa? ¿No va a entregar a Dios y Padre el reino que conquistó? ¿No renovará a sus creaturas, si por ellas el Padre le envió al mundo? Nos aguarda también el espíritu Santo, porque es el amor y la bondad en la que nos ha escogido desde siempre. Es el primero en querer que se cumpla su elección.

Si ya está preparado el banquete de bodas y la innumerable corte celestial os desea y aguarda, corramos, pero no a la aventura. Corramos con los deseos y con la práctica de las virtudes. El que camina avanza. Diga cada cual: Mírame y ten piedad de mí según es norma de los que aman tu nombre. Yo no lo merezco; pero en virtud de lo que está estipulado: ten misericordia.

Digamos igualmente: Que se cumpla tu voluntad en los cielos. Y también: Hágase tu voluntad. Sabemos muy bien que está escrito: Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiero?

Mientras tanto, sea éste nuestro consuelo, queridos, hasta que partamos y el Señor esté con nosotros. Que su inagotable misericordia nos acompañe en esa dichosa salida hasta aquella clara mañana, y que en esta también cercana mañana condescienda en visitarnos y se quede con nosotros. El compasivo que vino a proclamar la liberación a los presos, libere mañana cualquiera que se sienta reprimido por la tentación. Y recibamos con alegría de salvación la corona de nuestro Rey Niño. Nos la da Él mismo que vive y

reina con el Padre y el Espíritu Santo y es Dios por todos los siglos. Amén.

III. SERMÓN "Hoy sabréis que viene el Señor".

Habitantes el mundo e hijos de los hombres, escuchad. Los que yacéis en el polvo, despertad jubilosos; el médico se acerca a los enfermos; el redentor, a los esclavos; el camino, a los extraviados; la vida, a los muertos. Se aproxima el que arroja todos nuestros pecados al fondo del mar, el que cura toda enfermedad, el que nos lleva en sus mismos hombros para devolvernos nuestra propia y original dignidad. Su poder es enorme, pero su misericordia es todavía más admirable, por que quiso venir a mí, con la eficacia de su remedio.

Hoy sabréis que viene el Señor. Esta expresión aparece en un lugar y tiempo concretos de la Escritura. Pero nuestra madre la Iglesia la aplica, con mucho acierto, a la vigilia del nacimiento del Señor. La Iglesia cuenta siempre con él y la inspiración del Esposo, su Dios. El, como un amante, descansa entre sus pechos. Toma posesión y mantiene la morada de su corazón. Pero es ella quien hirió su corazón y hundió el ojo de la contemplación en el abismo de los misterios de Dios. De este modo establecen en sus respectivos corazones una morada perenne. El en ella y ella en El. Y cuando ella cambia o suple alguna palabra en las Escrituras, la nueva composición es mucho más viva que la anterior. Guarda la misma proporción existente entre la figura y la verdad, entre la luz y la sombra, la señora y la esclava.

Hoy sabréis que viene el Señor. A mi parecer, con estas palabras se nos recomienda insistentemente fijar nuestra atención en dos días. El primer día es el acontecimiento de la caída del primer hombre, y dura hasta el fin del mundo. Los santos han maldecido muchas veces este día. Amaneció un día espléndido; son los momentos de la creación de Adán. Pero se le expulsó y cayó aherrojado en la angustia de las realidades terrenas, viviendo en el día de las tinieblas, casi privado de la luz de la verdad. Todos nosotros nacemos en este día, si es que merece el apelativo de día y no de noche. Menos mal que nos conservó la luz de la razón, como una chispa, aquella inconmensurable misericordia.

El segundo día será el día de los esplendores sagrados, en la eternidad sin fin. Brillará aquella sosegada mañana con la garantía de la misericordia. Quedará totalmente vencida la noche y disipadas las sombras y las tinieblas. El resplandor de la verdadera luz invadirá todo: lo alto y lo bajo, lo interior y lo exterior. Por eso dice el Santo: Por la mañana déjame oír tu misericordia; y también: Por la mañana nos hemos saciado de tu misericordia.

Pero volvamos a nuestro día, que por su brevedad se compara a una vigilia nocturna; e incluso a la nada y al vacío, según se expresa uno de los intérpretes familiares del Espíritu Santo: Todos nuestros días ya han pasado; y: Mis días se desvanecieron como humo; o: Mis días fueron como una sombra que se alarga. He aquí cómo se expresa el santo patriarca que vio al Señor cara a cara: los días de mi vida son pocos y malos. En este día. Dios da al hombre la razón y la inteligencia; pero es

imprescindible que, al salir de este mundo, Dios también lo ilumine con el resplandor de su ciencia, para que no salga totalmente extenuado de este calabozo y sombra de muerte y sea ya incapaz para siempre de disfrutar de la luz.

Por eso, el Hijo único de Dios y Sol de justicia, como inmenso y radiante cirio luminoso, está encendido y ardiendo en la prisión de este mundo, dispuesto a compartir su luz con cuantos quieran acercarse a él y vivir totalmente unidos a él. Nuestros pecados crean la separación entre Dios y nosotros. Pero si los quitamos, nos uniremos, nos encarnaremos y nos fundiremos en la verdadera luz. La luz extinguida se une directamente para encenderse en la luz que arde y brilla; es decir, por las formas visibles conocemos la realidad de lo invisible.

Como dice el profeta, encendamos en este enorme y refulgente astro la luz de la ciencia antes de salir de las tinieblas de este mundo, con el fin de que nunca pasemos de estas tinieblas a las otras tinieblas: las tinieblas eternas.

¿En qué consiste esta ciencia? En esto: en estar convencidos que el Señor vendrá, aunque no sepamos el momento concreto. Esto es todo lo que se nos pide. Me dirás: Esto lo saben todos. ¿Quién no va a saber, aunque sólo sea cristiano de nombre, que el Señor vendrá, que vendrá a juzgar a vivos y muertos, y a pagar a cada uno según su conducta? Hermanos esto no lo sabe toda la gente, ni siquiera un gran número. Es de pocos, porque son pocos los que se salvan. ¿Piensas que los que obran el mal y se alegran en la perversión creen y reflexionan en la venida del Señor? Aunque lo digan, no lo creas. Porque quien dice: "Conozco al Señor", pero no cumple sus mandatos, es un embustero. Según el Apóstol, hacen profesión de conocer a Dios, pero sus acciones lo desmienten, porque la fe sin obras es un cadáver. Nunca se hubiesen enfangado si hubieran conocido o temido la venida del Señor; habrían estado alerta, sin permitir el naufragio de sus conciencias.

Esta ciencia actúa en su primer grado provocando la pena o dolor. Transforma la risa en llanto, el canto en lamentos, la alegría en tristeza. Que comience a desagradarte lo que antes tanto te atraía; que aborrezcas tus más queridos caprichos como está escrito: El que aumenta el saber, aumenta el dolor. El indicio de una ciencia auténtica y santa es el dolor que la acompaña.

En un segundo grado, la ciencia actúa como corrección. Desde entonces, ya no permitas que los miembros de tu cuerpo sean instrumentos del pecado. Reprime la gula, ahoga la lujuria, abate la soberbia y fuerza al cuerpo a servir a la santidad, al igual que antes había servido a la inmoralidad. La pena sin corrección no sirve de nada, como dice el Sabio: Si lo que uno construye lo derriba otro, ¿de qué servirá este trabajo inútil? Quien se purifica del contacto de un cadáver y lo vuelve a tocar, de nada le sirve el baño. Como dice el Salvador, hay que andar precavidos, no sea que ocurra algo peor. Esta situación no se puede mantener durante mucho tiempo; el alma que se ve tan vulnerable debe vigilar y ocuparse de sí misma con enorme precaución.

Por eso en el tercer grado actúa la solicitud, que le impulsa a comportarse diligente con su Dios y examinarse profundamente a sí misma, para ver si hay algo, por

insignificante que sea, que agravie a aquella tremenda majestad. Esta ciencia se enciende en el pesar, arde en la corrección, brilla en la solicitud; es una renovación interior y exterior.

Aquí comienza ya a liberarse de los infortunios y desgracias y a moderar la intensidad de su temor en la alegría del espíritu. De este modo no se hunde en el piélago de la tristeza ante la enormidad de sus crímenes. Teme al juez, pero espera al Salvador.

El temor y la alegría se apresuran en su corazón y le salen al paso. Muchas veces, el temor aventaja a la alegría; pero, con mayor frecuencia, la alegría excluye el temor, y se convierte en el secreto de su gozo. Dichosa la conciencia donde se libran de continuo semejantes combates hasta que lo caduco quede anegado en la vida, hasta que se elimine el temor, que siempre es imperfección, e invada la alegría, que es perfección. Su temor no es eterno. Su alegría, en cambio, sí lo será.

Ya arde y resplandece, mas todavía no se siente en su propio hogar. Allí, sin atisbos de temor al acoso de los vientos, brilla una luz continua. Aquí, no olvide que estamos expuestos a la inclemencia e intente proteger con ambas manos lo que lleva; ni se fíe del tiempo, aunque no se mueva una hoja. De repente y cuando menos se piense, habrá un cambio, y al menor descuido de las manos, la luz se apagará. Si la llama le quema un poco las manos, aguántese. No las retire; en un momento, en un pestañear, se puede extinguir.

Nada habría que temer si estuviésemos en aquel hogar no edificado por hombres, en la morada eterna del cielo, donde no puede penetrar enemigo alguno, ni abandonarnos el amigo. Mas por el momento nos encontramos expuestos a tres vientos contrarios e impetuosos: los bajos instintos, el diablo y el mundo. Los tres maquinan cómo extinguir la conciencia iluminada, lanzando sobre nuestro corazón las rachas de los malos deseos e impulsos ilícitos. Hasta que, envueltos en el desconcierto, nos sintamos incapaces de vislumbrar el origen y la meta. Dos de esos vientos suelen calmarse a veces. Pero el tercero nunca cesa de arrear. Por ello habrá que proteger el alma con las dos manos, la del cuerpo y la del corazón, no sea que se extinga su llama. Nadie debe rendirse o desanimarse, aunque la violencia de una gran borrasca atormente el corazón y el cuerpo del hombre. Repitamos las palabras del Santo: Mi alma siempre está en mis manos. Elijamos, más bien, arder que ceder. Y como no olvidamos fácilmente lo que tenemos en las manos, así nunca olvidemos el negocio de nuestras almas. Sea ésta la preocupación esencial de nuestros corazones.

Así, pues, bien ceñidos y con las lámparas encendidas, vigilemos durante la noche el tropel de nuestros pensamientos y acciones, para que, si el Señor viene al comienzo de la noche, a media noche o de madrugada, nos encuentre dispuestos. El comienzo de la noche indica la rectitud en el obrar. Tu vida debe ser consecuente con la Regla a que te comprometiste. Nunca has de franquear los linderos que establecieron tus padres en todas las prácticas de esta peregrinación y de esta vida, ni desviarte a derecha o a izquierda.

La media noche viene a significar la pureza de intención. Tu ojo sencillo irradie en

todo tu cuerpo; es decir, todo lo que hagas, hazlo por Dios. Y que las gracias vuelvan a su fuente y fluyan sin cesar.

La aurora representa el mantenimiento de la unidad. En la vida de comunidad antepón siempre los deseos de los demás a los tuyos propios. Convive con tus hermanos sin quejas y con alegría, soportando a todos y orando por ellos. Así podrá decirse de ti: Este es el que ama a sus hermanos y al pueblo de Israel, e intercede continuamente por el pueblo y por la ciudad santa de Jerusalén. Así, pues, en este día de la llegada del Unigénito se nos infundió la verdadera ciencia; esa ciencia que nos prepara a la venida del Señor, fundamento estable y permanente de toda nuestra conducta.

Y mañana contemplaréis su gloria. ¡Oh mañana, oh día! Vivido en los atrios del Señor, vale más que otros mil días. Aquello será el mes y el sábado por excelencia, porque el destello de la luz y el fuego de la caridad hará resplandecer a los moradores de la tierra en aquellas realidades su limes. ¿Quién se lo puede imaginar, y menos aún contar algo de todo eso? Mientras tanto, hermanos, construyamos nuestra fe. Y, si no podemos ver aquellas sublimidades que nos aguardan, al menos contemplemos las maravillas que por nosotros se realizaron en la tierra.

Tres obras, tres composiciones realizó la majestad todopoderosa al asumir nuestra naturaleza; y son tan extraordinariamente únicas, que jamás se hicieron ni podrán hacerse otras semejantes en nuestra historia. Quedaron íntimamente unidos Dios y el hombre, la Madre y la Virgen, la fe y el corazón humano. Admirables composiciones que superan a cualquier milagro. Nos parece inconcebible la aglutinación de elementos tan distintos y dispares.

Contempla ahora la creación, el orden y la disposición de las cosas. Fíjate cuánto poder supone la creación; qué sabiduría hay en el orden; cuánta bondad en la composición. Contempla el poder que ha creado tantas y tan grandes creaturas, la sabiduría de un orden meticuloso; la bondad, que no descuida ni lo grande ni lo pequeño merced a esa caridad amable y sobrecogedora. Dios aglutinó la fuerza vital a este barro terreno; y en virtud de ella, en los árboles rebosa la lozanía de sus hojas, la belleza de sus flores, el sabor y medicina de sus frutos. Pero no se contentó con esto: infundió sensibilidad a nuestro barro para que los animales tengan y gocen de cinco sentidos. Quiso ennoblecer tanto nuestro barro, que le infundió una energía racional. Me refiero a los hombres, que viven y sienten, y sobre todo, disciernen entre lo ventajoso y lo inconveniente, entre lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso.

Quiso también sublimar nuestra porción más débil con una gloria rebosante. Por eso se redujo la majestad, y lo mejor de ella, la misma divinidad, se aglutinó a nuestro barro. Y así quedaron unidos, en una sola persona, Dios y el barro, la majestad y la debilidad, lo más vil y lo más sublime. Nada hay tan sublime como Dios y nada tan despreciable como el barro. Y a pesar de todo, Dios descendió al barro con tal bondad y el barro subió hasta Dios con tal nobleza, que la obra de Dios en el barro brilla como obra del mismo barro. Y cuanto el barro soporta, parece soportarlo el mismo Dios en él. Misterio inefable e incomprensible.

Fíjate que en ese Dios uno se da la Trinidad en las personas y la unidad en la sustancia. Así ocurre aquí: en esta única composición hay trinidad en las sustancias y unidad en la persona. Y como allí las personas no rompen la unidad ni empobrecen la Trinidad, aquí tampoco la persona encubre a las sustancias, ni las sustancias eliminan la unidad de la persona. Aquella sublime Trinidad nos hizo ver esta trinidad, hazaña maravillosa, única entre todas y sobre todas sus obras. La Palabra, el alma y la carne confluyeron en una persona. Y esta tríada unitaria o unidad trinitaria está constituida en la unidad de la persona, no en la ambigüedad de la sustancia.

He aquí la primera y más excelente composición. Ocupa el primer rango entre las tres mencionadas. Hombre, cae en la cuenta que eres barro y no te ensoberbecas. Y que estás unido a Dios; no seas ingrato.

La segunda composición se refiere a la virginidad y a la maternidad, caso único y admirable. Jamás se ha oído que una virgen concibiese y que siendo madre permaneciese virgen. Nunca, según el orden natural, se puede pensar en la virginidad de la fecundidad, ni en la fecundidad de la virginidad. Únicamente aquí la virginidad y la fecundidad se encuentran. Ahí se hizo lo que hasta entonces no se había hecho, ni se hará ya nunca, porque no existe nada precedente ni algo subsiguiente que se asemeje.

La tercera composición concierne a la fe y al corazón humano, si bien inferior a las dos anteriores, no es quizá menos intensa que ellas. Es admirable cómo el corazón humano adapta su fe a estas dos realidades; creyendo que Dios fuese hombre y que la Virgen diera a luz. Como el hierro y una vajilla de arcilla no pueden juntarse, tampoco estas dos cosas pueden mezclarse sin el aglutinante del Espíritu de Dios. ¿Cómo creer que aquel Dios es el mismo que reposa en el pesebre, que llora en la cuna, que sufre de necesidades como cualquier otro niño, que es azotado, escupido, crucificado, colocado en el sepulcro, aprisionado entre dos piedras, y que además es excelso e inmenso?

¿Será virgen la mujer que da de mamar al niño, que tiene constantemente un marido al lado, en la mesa, en la alcoba; que la lleva a Egipto y la trae, y que ambos solos emprenden un viaje can largo y tan íntimo? ¿Cómo podrá convencerse de esto la humanidad y toda la creación? Y, sin embargo, tan fácil y prodigiosamente se convenció, que es precisamente esa multitud de creyentes quien me lo hace a mí fácil de creer. Muchachos y doncellas, viejos y niños, prefirieron morir mil veces antes que apartarse por un instante de esta fe.

Esta es una excelente composición, pero la segunda es mucho mejor, y la tercera insuperable. El oído percibió la primera, no el ojo; porque se proclamó y se dio fe en el mundo a ese gran sacramento de misericordia; mas ningún ojo vio, fuera de ti, la manera como te uniste al cuerpo humano en las estrechas entrañas de la virgen.

El ojo percibió la segunda composición, porque aquella Reina extraordinaria se sintió a sí misma fecundada y virgen, y conservaba el recuerdo de todo esto, meditándolo en su interior. Lo supo también José, testigo y celador de tan sublime virginidad.

La tercera composición tocó al corazón del hombre cuando creemos lo realizado,

dando más fe a los oráculos que a los ojos, y mantenemos ardorosamente las palabras y las obras sin atisbo de duda. Fíjate en la primera composición lo que Dios te dio. En la segunda, por quién te lo dio. Y en la tercera, para qué te lo dio. Te dio a Cristo por María para tu curación. La primera composición es una medicina; con lo divino y lo humano se elaboró una especie de cataplasma para curar todas tus debilidades. Estos dos elementos se han triturado y mezclado en el seno de la Virgen, como en un almirez. El Espíritu Santo es la mano que los mezcló delicadamente. Pero como no eras digno de que se te confiase esta composición, se la entregó a María, para que recibas de ella todo lo que tienes. Ella, por ser virgen, mereció ser escuchada atentamente en favor tuyo y de toda la humanidad.

Si únicamente fuese madre, tendría que salvarse a sí misma mediante la procreación. Y si sólo fuese virgen, se beneficiaría únicamente a sí misma. Pero el fruto bendito de sus entrañas no sería rescate para el mundo. Así, pues, en la primera composición estriba nuestro remedio; en la segunda, nuestra ayuda, porque Dios no quiso que tuviéramos nada sin que pasara por manos de María. Y en la tercera radica el mérito, porque, cuando creemos sin titubeos en todo esto, ya merecemos. En la fe está la curación, porque el que cree se salvará.

IV. SERMÓN Sobre el medicamento de la mano izquierda del esposo y los encantos de su mano derecha

No es costumbre en nuestra Orden tener hoy sermón. Pero como mañana precisaremos de bastante tiempo en la celebración de las misas, no lo tendremos para un sermón largo. Por eso pienso que no es un despropósito preparar va hoy vuestros corazones para una solemnidad tan importante; sobre todo, cuando se trata de este insondable misterio y de su incomprensible profundidad. Es como la fuente viva: cuanto más se extrae, tanto más fluye, sin asomo de agotamiento.

Además, conozco vuestros frecuentes sufrimientos por Cristo, y quiero que rebose vuestro consuelo en él. No es conveniente ni lícito brindaros algún consuelo humano. Sería bochornoso y de nada serviría. Pero lo más lamentable es que sería un obstáculo al auténtico y saludable consuelo. Por eso, el que es la delicia y la gloria de los ángeles, se hizo salvación Y consuelo de los miserables; quien es grande y sublime en su ciudad glorificando a los habitantes de allá arriba, se vuelve pequeño y humilde en el destierro, alegrando sobremanera a los exiliados; y el que en lo alto es la gloria del Padre se hizo en la tierra paz para los hombres de buena voluntad.

Se ha hecho niño para los niños y grande ara los grandes. A aquéllos los justifica siendo niño, para ensalzarlos después y glorificarlos siendo grande y glorioso. Por eso existe aquel instrumento elegido, que todo lo recibió de la plenitud de este niño. Aunque pequeño, está colmado; colmado de gracia y de verdad; y en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad. Por eso, repito, Pablo eructa ese bello poema que habéis oído con frecuencia durante estos días: Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Estad alegres, dice, por lo que veis; y alegraos también por la promesa que recibís. Porque el misterio y su correspondiente esperanza rezuman gozo. Alegraos, porque ya habéis recibido los regalos de la mano izquierda; alegraos, pues aguardáis los premios de la derecha. Dice: Pone su mano izquierda bajo mi cabeza y me abraza con la derecha. La mano izquierda sosiega; la derecha acoge. La izquierda cura y santifica; la derecha a raza v glorifica. En la izquierda deposita sus méritos; en la derecha, sus premios. Insisto: la izquierda contiene los remedios, y la derecha los deleites.

Pero fíjate en este médico piadoso, observa al médico sabio. Considera con suma atención qué lote de medicamentos recientes trae. Mira el valor y la calidad; pues no sólo son muy útiles para curar, sino agradables a la vista y de buen paladar.

Bueno, repara en la primera medicina. La tiene en a mano izquierda. Se refiere a su concepción sin concurso de varón. Indaga, por favor, en esta realidad tan excepcional y admirable como gozosa y amable. ¿Hay algo más hermoso que una generación límpida? ¿Qué puede superar en gloria a una santa y auténtica concepción, sin menoscabo del pudor y sin mancha de corrupción? Pero quizá se enfriaría un poco en nosotros la admiración de tal novedad, aunque agradable, si no deleitara también nuestro espíritu el fruto de salvación y el sentido de lo útil. Esta concepción es gloriosa, sí, en su misma

forma externa; pero, sobre todo, es preciosa en su dinamismo interno. Como dice la Escritura: en la izquierda del Señor se hallan inseparables el honor y las riquezas. Me refiero a las riquezas de salvación y al honor de lo nuevo.

¿Quién podrá transformar en puro al que fue concebido de germen impuro? Tú solo, el único concebido sin placer inmundo e ilícito. En mi misma raíz y origen me encuentro infecto y manchado. Mi concepción es inmunda. Pero hay quien puede eliminar este trastorno: el único que está libre de él.

Tengo las riquezas de la salvación. Por ellas puedo recuperar la pureza de mi concepción persona. Me refiero a la concepción inmaculada de Cristo. Añade más, Señor Jesús; renueva los prodigios, cambia los portentos, Pues todo lo anterior ha perdido lozanía por su misma costumbre. Indudables y grandes prodigios son la salida y el ocaso del sol, la fecundidad de la tierra, el fluir de las estaciones. Pero todo esto nos es tan familiar que ya ni nos impresiona.

Renueva los prodigios, repite los portentos. Ved, dice, que todo lo hago nuevo. ¿Quién habla así? El Cordero que está sentado en el trono; el Cordero que respira dulzura, que es todo agrado; el ungido por antonomasia. Ese es el significado de su mismo nombre, Cristo. ¿A quién le parecerá áspero o duro, si ni a su misma madre lesionó ni molestó lo más mínimo en el momento de su alumbramiento? ¡Ya tenemos nuevos prodigios! Una concepción sin menoscabo del pudor y un parto sin dolor. La maldición de Eva se trastrocó en la virgen: dio a luz un hijo sin dolor. Se trastrocó, repito, la maldición en bendición, como lo anunció el ángel Gabriel: Bendita tú entre las mujeres. ¡Oh dichosa, única bendita entre las mujeres, no maldita; única exenta de la maldición universal, inexperta en el dolor de las que alumbran! No es extraño, hermanos, que no ocasionara dolor a su madre el que se apropió los sufrimientos de todo el mundo, como dice Isaías: Aguantó nuestros dolores.

Dos cosas teme la fragilidad humana: la vergüenza y el dolor. Y vino a quitar ambas; las asumió, sin más, en el momento en que los perversos le condenaron a muerte, y a una muerte infame. Por tanto, para ofrecernos garantía de que quitaría de nosotros estos dos azotes, mantuvo previamente a su madre incólume de uno y otro, no sufriendo ni menoscabo en el pudor ni el más ligero dolor en su parto.

Pero ved cómo se amontonan las riquezas, aumenta la gloria, se renuevan los prodigios y se repiten los portentos. No sólo hay una concepción sin menoscabo del pudor y un parto sin dolor: hay una Madre sin corrupción. ¡Oh novedad inaudita! La Virgen dio a luz y quedó virgen después del parto. Saboreó el gozo de tener un hijo y la integridad de su cuerpo, la alegría de la maternidad y la gloria de la virginidad.

Ahora sí espero confiado la gloria de la incorrupción prometida a mi cuerpo, porque el Señor la conservó intacta en su Madre. El que hizo que su Madre se conservara incorrupta al darle a luz, con la misma facilidad revestirá de incorrupción lo corruptible al resucitarlo.

Aún tienes riquezas mayores y una gloria más sublime. La Madre queda intacta en

su virginidad, y el Hijo sin la más leve huella de pecado. La maldición de Eva no recae en la madre; tampoco recae en su hijo esa secuela a que alude el profeta: Nadie está libre de mancha; ni siquiera el niño que acaba de nacer. Aquí hay un niño sin mancha, el único verídico entre los hombres. Más, es la verdad personificada.

Este es el Cordero sin mancha, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. ¿Quién podrá eliminar mejor los pecados que quien está libre de pecado? Este, que indudablemente no está manchado, podrá realmente lavarme. Su mano, sin pizca de polvo, limpie mi ojo cubierto de barro. Este, que no tiene vigas en su ojo, extraiga la brizna del mío. ¿Qué digo? Extraiga la viga de mi ojo el que no tiene ni la más insignificante mota de polvo en el suyo.

Hemos contemplado las riquezas de la salvación y de la vida. Hemos contemplado su gloria, gloria del Hijo único del Padre. ¿De qué padre preguntas? Y se llamará Hijo del Altísimo. Está muy claro quién es el Altísimo. Mas, para que no se pase nada, dice el ángel Gabriel a María: Darás a luz al Santo, que se llamará Hijo de Dios. ¡Oh Santo con toda verdad! No dejarás, Señor, a tu Santo conocer la corrupción, pues ni a su madre la privó de la incorrupción.

Se repiten los milagros, se acrecientan las riquezas, se abren los cofres. Quien engendra es virgen y madre; el engendrado es Dios y hombre. Pero ¿se va a echar lo sagrado a los perros o las perlas a los cerdos? Escondamos nuestro tesoro en el campo y depositemos nuestro dinero en las talegas. Que se oculte el engendrado sin semen en el desposorio de la madre, y el parto sin dolor en los va idos y lamentos del niño. Que se oculte la incorrupción de a que da a luz en su purificación legal; la inocencia del niño, en el rito de la circuncisión. Oculta, repito, oculta, María, el resplandor del nuevo Sol. Acuéstalo en el pesebre, envuélvelo en pañales; estos pañales son nuestras riquezas. Los pañales del Salvador valen más que todos los terciopelos. El pesebre es más excelso que los tronos dorados de los reyes. Y la pobreza de Cristo supera, con mucho, a todas las riquezas tesoros juntos.

¿Qué puede hallarse más enriquecedor y de más valor que la humildad? Por ella se compra el reino de los cielos y se alcanza la gracia divina, como dice el Evangelio: Dichosos los que eligen ser pobres, porque tienen el reino de los cielos. Salomón añade: Dios se enfrenta con los arrogantes, pero concede gracia a los humildes. El nacimiento del Señor te inculca la humildad: le ves anonadado, tomando la condición de esclavo y viviendo como un hombre cualquiera.

¿Quieres encontrar todavía mayores riquezas y una gloria superior? Ahí tienes el amor en la pasión. No hay amor mayor que dar la vida por los amigos. Esta gloria y riquezas de salvación es la sangre preciosa y la cruz del Señor. Su sangre nos rescató y su cruz es nuestro orgullo, lo mismo que para el Apóstol, que exclama: Lo que es a mí, Dios me libre de gloriarme más que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Y añade: No me propuse conocer otra cosa entre vosotros sino a Cristo Jesús, y a éste crucificado.

La mano izquierda es Cristo crucificado, y la derecha Cristo glorificado. El Apóstol apunta a Cristo, y éste crucificado. Quizá nosotros seamos esa cruz en la que Cristo está

clavado. Porque el hombre tiene forma de cruz. Para expresarlo hasta extender los brazos. Y Cristo mismo se expresa en el salmo: Estoy clavado en un fango profundo. Ese fango somos nosotros, porque de él fuimos modelados. Pero en aquel entonces éramos arcilla del paraíso; ahora, en cambio, somos un fango profundo. Estoy clavado, afirma. Y no estoy ahí simplemente como de paso o de soslayo, estoy con vosotros hasta el fin del mundo. Cuando Tamar dio a luz a sus gemelos, Zeraj fue el primero que sacó una mano. Y le pusieron en la muñeca una cinta roja, como símbolo de la pasión del Señor.

Ya conocemos su izquierda. Pero todavía debemos gritar: Extiende tu derecha a la obra de tus manos. Señor, extiende sobre nosotros tu derecha y nos basta. Dice que hay riquezas y gloria en la casa del que teme al Señor. Y en tu casa, Señor, ¿qué hay? Acción de gracias y cánticos de alabanza. Dichosos los que viven en tu casa, Señor; te alabarán por siempre. Ojo nunca vio, ni oreja oyó, ni a ningún hombre le subió a la cabeza lo que Dios ha preparado para los que le aman. Reina una luz inaccesible y una paz que excede a toda experiencia, una fuente que se desliza por el valle y no escala los montes.

No hay ojo alguno que haya visto la luz inaccesible, ni oreja que haya percibido la paz incomprensible. Bien venidos los que predicán la paz; y aunque a toda la tierra alcance su pregón, no pudieron comprender en toda su dimensión esa paz que excede a toda experiencia, ni difundirla en los oídos ajenos. Pues el mismo Pablo dice: Hermanos, yo no pienso haberla alcanzado. La fe sigue al mensaje, y el mensaje acontece por la Palabra de Dios. Se refiere a la fe y a la promesa de la paz, no a su manifestación ni a la posesión.

Claro que ahora hay paz en la tierra para los hombres de buena voluntad; pero ¿qué supone esta paz frente a la plenitud y excelencia de aquella otra paz? Por eso el Señor mismo dice: Mi paz os doy, mi paz os dejo. Todavía sois incapaces de recibir esa paz mía que excede a toda experiencia y que está por encima de cualquier otra. Por este motivo os entrego ya la patria de la paz, dejándoos mientras tanto el camino de la paz.

Y ¿qué significa la expresión mencionada: Ni a hombre alguno le subió a la cabeza? Pues que es manantial, y en cuanto tal, no entiende de subidas. Conocemos la propiedad natural del manantial: correr por el cauce de los valles y evitar las asperezas de los montes. Lo dice la Escritura: En los valles sacas manantiales para que las aguas fluyan entre los montes.

Por eso os recuerdo sin cesar que Dios se enfrenta con los arrogantes, pero concede gracia a los humildes. El agua que brota del manantial no alcanza un nivel más alto que el que le corresponde en su punto de origen. Según esta norma, parece que la soberbia no es impedimento en los cauces de la gracia. Sobre todo porque el primer soberbio, que, según la Escritura, es rey que domina a todos los hijos de la soberbia, no se dice que haya pensado: "Me encaramaré más"; sino: "Me igualaré al Altísimo". Sin embargo, el Apóstol es tajante, y dice que el soberbio se pone por encima de todo lo que se llama Dios o es objeto de culto. Al oído humano le horroriza este grito. ¡Ojalá su espíritu se espante ante cualquier pensamiento o afecto desordenado! Yo os digo que tanto aquél

como cualquier soberbio se ponen por encima de Dios.

Dios quiere que se cumpla su voluntad, y el soberbio quiere hacer la suya. Parece igualdad, pero hay una tremenda desproporción. Dios, en todo lo que aprueba la razón, quiere que se cumpla su voluntad. El soberbio, en cambio, busca la suya con razón o sin ella. Ya ves aquí una altura, y ahí no suben los raudales de la gracia. Si no os convertís y os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos. Habla de sí mismo, que es el manantial de la vida, el que posee y derrama la plenitud de todas las gracias.

Prepara, pues, los riachuelos, allana los ribazos y los proyectos altisonantes, trata de asemejarte al Hijo del hombre, no a Adán. El manantial de la gracia no sube al corazón del hombre carnal y terreno. Purifica tu vista para que puedas ver la luz sin tacha. Inclina tu oído a la obediencia para que llegues un día al reposo eterno y a esa paz insospechada. Él es luz serena, paz tranquila, manantial inagotable y eterno. Piensa en el Padre como manantial; de él nace el Hijo y procede el Espíritu Santo. Asigna la luz al Hijo, resplandor de vida eterna y luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. Refiere la paz al Espíritu Santo, que se posa preferentemente sobre el pacífico y sencillo.

No quiero decir con esto que estas propiedades sean exclusivas de cada una de las personas. El Padre es también luz, para que el Hijo sea luz de luz. El Hijo es paz, es nuestra paz, pues hizo de dos pueblos uno. Y el Espíritu Santo es manantial de agua que salta, dando una vida sin término.

Pero ¿cuándo llegaremos a esto? ¿Cuándo me colmarás de gozo en tu presencia, Señor? Nos alegramos en ti porque nos has visita o como luz que viene de lo alto. Estamos siempre alegres, aguardando la gozosa esperanza en tu segunda llegada. Pero ¿cuándo va a llegar la plenitud, y el recuerdo será presencia, y la esperanza una gozosa realidad? Oigamos al Apóstol: Que todo el mundo note vuestra modestia. El Señor está cerca. Vale la pena que brille nuestra modestia. También la modestia del Señor admiró a todos. ¿Puede haber algo más incongruente que una actitud arrogante del hombre en la consciencia de su innata flaqueza, después que el Señor de la majestad actuó con tanta modestia en sus relaciones humanas? Aprended de mí, dice, que soy sencillo y humilde, para que también vuestra modestia pueda conocerse por los demás.

El texto añade: El Señor está cerca. Esto debe entenderse de su derecha. Porque de su mano izquierda dice él mismo: Mirad que yo estoy con vosotros, cada día, hasta el fin del mundo. El Señor está cerca, hermanos míos. No os agobiéis por nada. Está a punto y aparecerá muy pronto. No os sintáis derrotados, no os canséis. Buscad al Señor mientras podéis encontrarlo, invocadlo mientras está cerca. El Señor está cerca de los atribulados; cerca está de los que le aguardan, de los que le aguardan sinceramente. En fin, ¿quieres apercibirte de su cercanía? Escucha cómo canta la esposa al Esposo; mira, ya está detrás del tabique. Este tabique es tu mismo cuerpo. Es el único impedimento que te imposibilita ver todavía al que está tan cerca. Por eso, el mismo Pablo deseaba morir y estar con Cristo. Y sollozaba angustiado: ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librá del cuerpo, instrumento de esta muerte? Lo mismo expresa el profeta en el salmo: Sácame

de la prisión para alabar tu nombre.

V. SERMÓN Sobre la antífona: "Santificaos hoy y estad preparados, que mañana veréis en vosotros la majestad de Dios".

Vamos a celebrar el misterio inefable del nacimiento del Señor. Con razón se nos exhorta, hermanos, a prepararnos de la manera más santa posible. Se acerca el Santo de los santos. Se acerca el que ha dicho: Sed santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo. De otro moño, ¿no se echará lo sagrado a los perros, y las perlas a los cerdos, si los unos no se purifican antes de toda iniquidad, y los otros, de cualquier deleite indebido? ¿Si los unos no se apartan con todo denuedo del vómito y los otros no desisten de tus propios revuelcos?

Antiguamente, antes de recibir los mandamientos divinos; el Israel carnal se santificaba mediante observancias exteriores, abluciones diversas, dones y sacrificios; que no podían transformar la conciencia del que practicaba el culto. Todo esto pasó ya. Ahora ha llegado el momento, y ya estamos en él, de poner las cosas en su Punto. Ahora ya se os exige una santidad total, un lavado interior, una pureza espiritual, según las palabras del Señor: Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Para esto vivimos, hermanos. Para esto se nos ha llamado, para esto se nos concede este gran día. Antes era de noche, y nadie podía trabajar en estas cosas. La noche cubría el mundo entero antes de despuntar la luz verdadera, antes del nacimiento de Cristo. La noche se extendía sobre cada uno de nosotros antes de nuestra conversión y regeneración interior.

¿No se cernían sobre a superficie de la tierra una noche muy profunda y densísimas tinieblas cuando nuestros padres rendían culto a ídolos de madera y adoraban sacrílegamente a leños y piedras? ¿No éramos también nosotros una noche espantosa todo ese tiempo en que hemos vivido sin Dios, arrastrados por nuestros bajos deseos, cediendo a los atractivos rastros, contemporizando con las seducciones del mundo y esclavizándonos a pecado cómo perversos servidores de la iniquidad?

Y ahora, con justa causa, nos avergonzamos de todas estas obras de las tinieblas. Dice el Apóstol que los que duermen, duermen de noche, y que los borrachos, se emborrachan de noche. Eso erais vosotros. Pero os han despertado, os han consagrado. Con tal que seáis hijos de la luz y del día, y no de la noche ni de las tinieblas. El heraldo de este día es también el mismo que advierte: Sed sobrios y estad despiertos. Y dijo a los judíos en la fiesta de Pentecostés refiriéndose a sus discípulos: ¿Cómo es que éstos pueden estar borrachos siendo media mañana? Pablo viene a decir lo mismo: La noche está avanzada, el día se echa encima. Dejemos las obras propias de las tinieblas y pertrechémonos como en pleno día. Nos dice que nos sacudamos de las actividades de las tinieblas, las somnolencias y las borracheras, porque, como ya hemos recordado, los que duermen, duermen de noche, y los borrachos, se emborrachan de noche. No nos adormilemos de día. Caminemos con decoro y nunca embriagados.

Si ves a una persona que cabecea frente a cualquier obligación, todavía es presa de

tinieblas. Si adviertes que otro se encuentra ebrio de amargura, azuzado por la curiosidad, nunca cansado de ver y oír, apegado al dinero o a todo lo que se le parezca, encontrarás su modelo en el hidrópico, siempre insaciable. Es hijo de la noche y de las tinieblas. No se disocian fácilmente estos dos aspectos, pues, según la Escritura, el holgazán desea mucho; quiere decir que en su borrachera se siente somnoliento. Por tanto, dejémonos santificar hoy y dispongámonos. Dispongámonos hoy sacudiendo la pesadez de la noche. Y ya santificados, vivamos de día, evitando la borrachera nocturna, manteniendo la brida de la comezón dañina. La ley entera y los profetas penden de estos dos mandamientos: apartarse del mal y obrar el bien.

Estos planteamientos son para hoy, pues mañana no habrá ya santificación ni preparación, sino únicamente visión de la majestad. Mañana, dice, veréis la majestad de Dios en vosotros. Es lo que dijo el patriarca Jacob: Mañana responderá mi justicia. Hoy se honra a la justicia y mañana responderá. Hoy la práctica, mañana el fruto. Y como no hay cosecha sin siembra, tampoco se dará visión de la majestad si ahora se desprecia la santidad. No des untará el Sol de la gloria en quien no hubiese aparecido el Sol de justicia. No amanecerá el mañana para quien no amanece hoy. El mismo a quien Dios Padre hizo para nosotros hoy justicia, aparecerá mañana como vida nuestra, para que nos manifestemos gloriosos con él. Hoy nace para nosotros un niño, para que no vuelva el hombre a ensalzarse, sino a convertirse sinceramente y hacerse niño. Mañana aparecerá el Señor en su grandeza y muy digno de alabanza, para que también nosotros mismos quedemos envueltos en la alabanza cuando cada uno sea alabanza de Dios. A quienes ha justificado hoy, mañana los ensalzará. Y a la perfección de la santidad sucederá la visión de la majestad. No será una visión engañosa, porque estriba en la semejanza: Seremos semejantes a él, porque le veremos como él es.

De aquí que no se diga simplemente: Veréis la majestad de Dios, sin añadir con acierto: en vosotros. Hoy nos vemos en él como en un espejo cuando asume lo nuestro; mañana lo veremos en nosotros cuando ya se nos haya dado, mostrándonos y asumiéndonos en sí mismo. Prometió que se pondría a servirnos, y que hasta entonces recibiríamos de su plenitud no ya una gloria correspondiente a la suya, sino una gracia que corresponda a su don, como está escrito: El Señor concede la gracia y la gloria.

Por tanto, no desprecies estos favores si quieres alcanzar los otros. No rechaces el primer manjar si quieres gustar los postres. No rechaces la comida por los platos en que te la sirven. El Pacífico se ha convertido en manjar incorruptible, ciñéndose un cuerpo sin corrupción para servir en él los manjares de salvación. Por eso dice: No dejarás a tu Santo conocer la corrupción. Es aquel Santo de quien Gabriel dice a María: El que va a nacer de ti será santo, lo llamarán Hijo de Dios.

Seamos hoy santificados por este Santo para contemplar su majestad cuando despunte aquel día, porque hoy es un día consagrado al Señor, día de salvación. Pero no de gloria ni de felicidad. Y mientras se celebra la pasión del Santo de los santos, que sufrió en el día de Parasceve, esto es, en el día de la preparación, se exhorta a todos: Santificaos hoy y estad dispuestos. Santificaos cada vez más, progresando de virtud en

virtud, y estad dispuestos por la perseverancia.

¿Con qué medios nos santificamos? He leído de alguien en la Escritura que lo santificó por la fidelidad y la mansedumbre. No es posible agradar a los hombres sin mansedumbre, ni a Dios sin la fe. Con razón se nos exhorta a disponernos, mediante estas dos actitudes; para estar de acuerdo con Dios, cuya majestad hemos de contemplar, y para contemplarla también en nosotros. Por este motivo, andemos solícitos por quedar bien no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Así podremos agradar a nuestro Rey y a nuestros vecinos y hermanos.

Ante todo, debemos buscar la fe. De ella se dice: Ha purificado sus corazones con la fe. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Fíate de Dios; encomiéndate a él; arroja sobre él todos tus afanes, y él te sustentará. Así podrás decir con fiadamente y seguro: El Señor cuida de mí. Ignoran esto los egoístas, los resabidos, los interesados, los amigos del placer, los sordos a la voz del que exclama: Descargad en Dios todo agobio, que a él le interesa vuestro bien. Fiarse de sí mismo no es fe, es infidelidad; como confiar en sí mismo no es confianza, sino desconfianza.

Fiel es aquel que no cree ni espera en sí mismo; se hace como un cacharro inútil. Desprecia la propia existencia en el mundo para conservarla en una vida sin término. Esto sólo lo obtiene la humildad de corazón, pues el alma fiel nunca se apoya en sí misma, se abandona, más bien, a sí misma, y sube desde el desierto apoyada en su amado y rebosando en delicias.

Para que la santificación sea perfecta, necesitamos aprender del Santo de los santos su sencillez y el gusto por la convivencia: Aprended de mí, que soy sencillo y humilde. ¿Qué nos impide afirmar que un hombre tal rezume delicias? Es bueno, sencillo y misericordioso; se hace disponible para todos; está saturado de ese unguento de sencillez y dulzura con el que embriaga a todos. Vive tan rebosante, que parece destilar por todas partes. Dichoso el que se encuentra preparado por esta doble santificación y puede decir: Dispuesto esto, Dios mío; dispuesto estoy. Hoy ya tiene su fruto en la santificación; mañana logrará su meta en la vida eterna. Porque contemplará la majestad de Dios, que es la vida eterna, como se expresa la Verdad: Esta es la vida eterna, reconozcete a ti como único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo. El Juez justo le premiará con la merecida corona en aquel día sin ocaso. Entonces verá e irradiará alegría; se admirará y se ensanchará su corazón. ¿Hasta dónde? Hasta contemplar en sí mismo la majestad de Dios. Mas no penséis, hermanos, que pueda explicaros con palabras el contenido de esa promesa.

Santificaos hoy y permaneced dispuestos; mañana veréis y os alegraréis, y vuestra alegría será total. ¿Qué puede dejar vacío esa majestad? Colmará y hará rebosar, cuando se derrame en nuestros senos, una medida generosa, colmada, remecida y rebosante. Tanto rebosará que excederá en sublimidad los méritos y deseos, pues él es capaz de realizar en nosotros algo muy superior a nuestra comprensión y esperanza. Nuestros deseos se centran fundamentalmente en tres puntos: la permisividad, la conveniencia y el placer. Esto es lo que deseamos. Todo el mundo coincide aquí, con diferencias de

matices. Uno se inclina más hacia el placer, sin fijarse tanto en la permisividad ni en la conveniencia. Otro más en el interés, dejando de lado la permisividad y lo placentero. El de allí no se preocupa ni de lo placentero ni de lo permisible sólo busca la honra. No se condenan los deseos, pero busquemos las cosas donde las podemos hallar. Todo esto, cuando es verdadero, es uno y el mismo bien sumo, gloria suprema, conveniencia soberana, deleite culminante. Y estas cosas, que en la vida podemos alcanzar, constituyen nuestra espera y la promesa de contemplar la majestad en nosotros para que Dios sea todo en todos nosotros: todo gozo, todo conveniente, todo permisible.

Y tú, Sinagoga impía, nos alumbraste a este hijo ejerciendo la misión de madre; pero sin el cariño materno. Lo arrojaste de tu seno; lo expulsaste fuera de la ciudad y lo pusiste en alto, como diciendo a la Iglesia del mundo pagano y a la más antigua que ya está en los cielos: "Ni para mí ni para ti; que se divida". Dice que se divida no entre las dos, sino por ambas. Expulsado y levantado un poco, lo suficiente para que no se halle dentro de tus muros ni en tu tierra; lo estrechaste por todos los costados con hierro para que no se inclinara a parte alguna.

De este modo separado de ti, no vendría a ser de nadie. Madre alevosamente cruel, quisiste engendrar un aborto, para que no se pudiese recoger lo que tú habías arrojado. Mira el provecho que has sacado; mejor, fijate que no has hecho nada. De todos los rincones salen las muchachas de Sión para ver al rey Salomón con la rica corona que le ceñiste. Dejando a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Expulsado de la ciudad y levantado de la tierra, tirará de todas las cosas hacia sí el que es Dios soberano, bendito para siempre. Amén.

VI. SERMÓN Sobre el anuncio de la Navidad

Acabamos de oír un mensaje rebosante de alegría y digno de todo aprecio: Cristo Jesús, el Hijo de Dios, ha nacido en Belén de Judá. El anuncio me estremece, mi espíritu se enciende en mi interior y se apresura, como siempre, a comunicarnos esta alegría y este júbilo. Jesús, el Salvador, ¿hay algo tan imprescindible a los perdidos, tan deseable para los miserables y tan conveniente para los desesperados? ¿De qué otra parte puede venirnos la salvación o la más ligera esperanza de salvarse de la ley del pecado, del cuerpo mortal, del agobio de cada día y de este mundo de dolor, si no nos naciera esta realidad nueva e insospechada?

Seguramente que deseas a salvación, pero temes la crudeza del tratamiento, consciente como eres de tu sensibilidad y de tu enfermedad. No te preocupes. Cristo es muy delicado, compasivo y rico en misericordia, ungido con perfume de fiesta en favor de los que están con él. Y si no recae sobre ellos la totalidad de la unción, al menos participan. Si te han dicho que el Salvador es delicado, no pienses por ello que sea ineficaz, pues se dice también que es Hijo de Dios. Como es el Padre, es también el Hijo, que tiene el querer y el poder.

Si estás ya informado sobre la conveniencia de la salvación y sobre la alegría de la unción, no puedo comprender el motivo de tus cavilaciones y te supongo, incluso, ansioso en torno a su decencia. Te alegras de que se te acerque el Salvador, sobre todo postrado como estás en tu catre, parálitico o, mejor quizá, medio muerto, y a la vera del camino entre Jerusalén y Jericó. Alégrate, al contrario, de que no sea un médico intransigente ni te recete medicamentos revulsivos. Lo hace así para que la breve convalecencia no te parezca más insoportable que la interminable enfermedad. Así se explica que sigan pereciendo tantos por rechazar al médico. Conocéis a Jesús pero ignoráis a Cristo. Calibráis con apreciaciones humanas el fastidio embargante del remedio por el número y gravedad de las dolencias.

Estás seguro en lo que atañe al Salvador sabes que Cristo para curar no emplea el bisturí, sino el perfume. Y que tampoco le gusta cauterizar, sino ungir. Pero se me ocurre que quizá puede existir otro motivo que influya en alguna inteligencia ingenua: pensar - Dios no lo permita- que el Salvador no es una persona suficientemente idónea. Creo que no eres tan ambicioso, ni ávido de gloria, o receloso de tu honor como para rehusar una gracia parecida que pudiera hacerte cualquiera de tus semejantes. Y tu rechazo sería aún menor si recibieras este favor de mano de un ángel, arcángel o alguno de los espíritus bienaventurados.

Por lo tanto, con tanta mayor confianza debes recibir a este Salvador cuanto más extraordinario es el nombre que se le ha dado: Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios. Fíjate cómo recomendó abiertamente el ángel estos tres aspectos cuando anunció la gran alegría a los pastores. Escuchad: Os ha nacido hoy un Salvador, Cristo, el Señor. Alborocémonos, hermanos, en este nacimiento y felicitémonos siempre en él. Está tan

enriquecido con el beneficio de la salvación, la suavidad de la unción y la majestad del Hijo de Dios, que no echamos en falta nada, ni de útil, ni de alegre, ni de conveniente. Alegrémonos, repito, meditando y comunicándonos mutuamente esta agradable palabra y dulce expresión: Jesús el Cristo, el Hijo de Dios, ha nacido en Belén de Judá.

Y que ningún displicente, ingrato o descreído me replique: "Eso no es ninguna novedad; es un mensaje y una hazaña muy antiguos. Ya es viejo el nacimiento de Cristo". Sí, le respondo yo, es viejo y más que viejo. Y nadie se extrañe de esto; el profeta lo dijo con otras palabras: Desde siempre y por siempre.

El nacimiento de Cristo precedió a nuestro tiempo histórico e incluso al tiempo de la creación. Su nacimiento está envuelto en un manto de oscuridad y habita en una luz inaccesible: se esconde en el corazón del Padre, en el monte encubierto de niebla. Mas para darse a conocer de alguna manera nació. Se hizo historia. Nació hombre, haciéndose Palabra-carne. No nos extraña la noticia que hoy nos comunica la Iglesia: Ha nacido el Mesías, el Hijo de Dios. Hace ya muchos siglos que se viene diciendo lo mismo. Un Niño os ha nacido. Es un mensaje muy viejo que nunca hastió a ningún santo. Porque Jesús, el Cristo, es el mismo hoy que ayer, será el mismo siempre. Por eso, el primer hombre, padre de todos los que viven, confesó aquel gran misterio, que más tarde, y de forma más clara, declaró Pablo refiriéndose a Cristo y a la Iglesia: Dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne.

Del mismo modo, Abrahán, padre de todos los que creen, se alegró al ver este día; gozó lo indecible al verlo. Abrahán previó que de su mismo muslo habría de nacer el Señor de los cielos, en aquella ocasión en la que su criado obedeciendo a la orden de poner la mano bajo el muslo del amo, juró a su señor por el Dios del cielo. Y el mismo Dios comunicó esta confidencia íntima a un hombre, amigo, bajo fórmula juramental que nunca retractará: A uno de tu linaje pondré sobre tu trono.

Por eso, según el mensaje del ángel, nace en Belén de Judá, ciudad de David, como cumplimiento a la veracidad de Dios en las promesas hechas a los padres. Esto mismo, en múltiples ocasiones y de muchas maneras, se reveló a nuestros padres y a los profetas. No suceda nunca que cuantos aman a Dios adopten ni una sola vez actitudes desidiasas ante estos misterios. No era negligente aquel que imploraba: Por favor, Señor envía al que tengas que enviar: No se mostraba escéptico el que exclamaba: ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases! Y otras expresiones parecidas.

Más tarde, los santos apóstoles lo vieron y oyeron; sus manos palparon a la Palabra, que es vida; y ella les interpelaba de forma muy concreta: Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! En fin, esto mismo se ha venido conservando también para nosotros, creyentes, y se ha mantenido en el tesoro de la fe. Lo atestigua el mismo Señor: Dichosos los que tienen fe sin haber visto. Nuestra suerte estriba en esta palabra de vida, que no se puede menospreciar. Ella nos da la vida. En ella se vence al mundo, pues el justo vive de la fe. Y ésta es la victoria que la derrota o al mundo: nuestra fe. La fe es como un muestrario de la eternidad; recoge al mismo tiempo lo pasado, el presente y lo por venir en un seno inmenso. Lo dirige, conserva y abarca todo.

Con razón, pues, impulsados por vuestra fe, cuando os llegó este mensaje, saltasteis de gozo, disteis gracias, os echasteis por tierra en adoración, apresurándoos a cobijaros como a la sombra de sus alas y esperar al calor de sus plumas. Todos vuestros corazones, nada más oír que nacía el Salvador, gritaban rebosantes de júbilo: Para mí lo bueno es estar junto a Dios. Más aún, os identificabais con las palabras del profeta: Descansa sólo en Dios, alma mía.

Desgraciado aquel que hace una postración fingida, abatiendo su cuerpo con un corazón rígido. Pues hay una humillación que resulta detestable: la de aquel que acaricia en su corazón el engaño. Ese hombre hace caso omiso de sus carencias no siente sus molestias, no le importan los peligros, acude sin devoción a los remedios de la salvación que nace, no se somete a Dios con amor y canta con frialdad: Señor, tú has sido nuestro refugio. Su adoración no es atendida, porque su gesto de postración no es sincero. A menor humillación, menor victoria e incluso menos fe viva.

¿Por qué se dice: Dichosos los que tienen fe sin haber visto? Da la impresión que la fe es, en cierto modo, visión. Fíjate bien en las referencias de tiempo y de persona. Se alude a un recalcitrante que exigía la visión para creer. No es lo mismo ver y luego creer que ver creyendo. Por otra parte, ¿cómo se explica que Abrahán, vuestro padre, viera en cierto modo, este día del Señor sino creyendo?

Ahora comprendemos lo que vamos a cantar durante esta noche: Santificaos hoy y esta preparados, que mañana veréis la majestad de Dios en medio de vosotros. Se trata de una visión espiritual, de una piadosa representación y de venerar con una fe sin fingimientos el gran misterio que se manifestó como hombre, que lo rehabilitó el espíritu, se apareció a los ángeles, se proclamó a las naciones, se le dio fe en el mundo y fue elevado a la gloria.

Es algo siempre nuevo, algo que renueva continuamente nuestro espíritu. No imaginemos jamás vetustez alguna en aquello que no cesa de dar fruto, que no se marchita nunca. Este es el Santo, al que nunca se le permitirá conocer la corrupción. Es el hombre nuevo que, incapaz de aguantar rastro alguno de decrepitud, infunde la auténtica vitalidad nueva en aquellos huesos ya consumidos. Por eso, si prestáis atención, resulta muy consecuente este mensaje de una noticia tan venturosa. No se dice que ha nacido, sino que nace Jesús el Cristo, el Hijo de Dios, en Belén de Judá.

Y así como, en cierto modo, se inmola aún cada día siempre que anunciamos su muerte, de la misma manera parece nacer cuando vivimos con fe su nacimiento. Mañana veremos la majestad de Dios; pero no en Dios, sino en nosotros. La majestad de Dios, en la humildad; la fuerza, en la debilidad; Dios, en el hombre. Porque él es Emmanuel, que significa Dios con nosotros. Escucha, no obstante, algo más claro: La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros. Y desde entonces y siempre contemplamos su gloria, pero la gloria del Hijo Único del Padre. Le contemplamos lleno de gracia y de verdad. No es la gloria del poderío y de la luz; es la gloria del amor del Padre, la gloria de la gracia. A ella se refiere el Apóstol cuando dice: Para alabanza de su gracia gloriosa.

Nace. Pero ¿dónde crees que nace? En Belén de Judá. No conviene que olvidemos

Belén. Vayamos derechos a Belén, dicen los pastores. No pasemos de largo. ¿Qué importa que sea una aldea, e incluso lo más insignificante de toda Judea? No repara en este detalle aquel que siendo rico se hizo pobre por nosotros, que siendo Señor grande y muy digno de alabanza, se hizo niño por nosotros. Entonces estaba ya diciendo: Dichosos los pobres en el espíritu porque de ellos es el reino de los cielos. Y: Si no cambiáis y os hacéis como este niño, no entraréis en el Reino de los cielos. Por eso eligió un establo y un pesebre, casa de adobes y refugio de animales. Así sabrás que alza de la basura al pobre y socorre a hombres y animales.

¡Ojalá seamos también nosotros ese Belén de Judá, para que nazca en nosotros y podamos oír: Porque respetáis a Dios, os alumbrará el sol de justicia! Probablemente, es lo mismo que recordábamos antes. Necesitamos un entrenamiento y una santificación previas para ver la majestad del Señor. Porque, según el profeta Judá fue santificación de Dios, ya que es también casa de pan. Belén significa eso; quizá por este motivo se alude a la preparación. ¿De qué forma puede disponerse a acoger un huésped tan notable quien anda diciendo que no tiene pan en casa? Pensad en aquel individuo que, carente de vituallas, se vio en la necesidad de golpear la puerta de su amigo en plena noche e importunarle: Acaba de llegar un amigo mío y no tengo qué ofrecerle. Su corazón confía en el Señor, dice el profeta, refiriéndose, sin duda, al justo; su corazón se siente seguro, no vacilará. El corazón que no se siente seguro es porque no está dispuesto. Además, sabemos, según el mismo profeta, que el pan conforta el corazón del hombre. Por tanto, no se encuentra dispuesto su corazón, está seco, lánguido, porque se olvidó de comer su pan.

Un corazón dispuesto, no ansioso, se dispone a observar los preceptos de vida y, olvidando lo que queda atrás, se lanza a lo que está delante. Ahí ves cómo debes evitar ciertos olvidos y cuánto debes desear otros, pues toda la tribu de Manasés no atravesó el Jordán, ni todos los que pasaron tuvieron una casa. Hay quien se olvida del Señor, su creador, y hay quien le tiene siempre presente, olvidando a su pueblo y la casa paterna. Aquel se olvida de las cosas de arriba; éste, en cambio, de las cosas de la tierra; uno se olvida de lo presente; otro, de lo venidero; éste, de lo visible; aquél, de lo invisible. En fin hay quien se olvida de sus asuntos, y otros, de los asuntos de Jesucristo.

Tanto unos como otros son Manasés, olvidadizos ambos; pero mientras éste se olvida de Jerusalén, aquél de Babilonia. Dispuesto está el que se olvida de los impedimentos; pero el que echa en olvido lo que conviene -y no se debe olvidarse encuentra totalmente indispuerto para contemplar en sí mismo la majestad del Señor. No es, por tanto, casa de pan en donde puede nacer el Salvador; tampoco es Manasés, a quien se aparece el que guía a Israel y tiene su trono sobre querubines. Pues dice: Resplandece ante Efraín, Benjamín y Manasés. A mi parecer, estos tres son quienes se salvan. A ellos, otro profeta los llamó Noé, Daniel y Job, representados en aquellos tres pastores a los que anunció el ángel la venturosa noticia del nacimiento del "Ángel, Maravilla de Consejero".

Observa si tal vez no son éstos los tres magos que vienen de Oriente y de Occidente

para sentarse a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob. Incluso no parece desatinado aplicar la ofrenda del incienso a Efraín, que significa fruto, pues la ofrenda del incienso de suave fragancia corresponde a quienes Dios destinó a ponerse en camino y a dar fruto. Me refiero a los prelados de la Iglesia, pues Benjamín, el hijo de la derecha, debe hacer la ofrenda de oro, esto es, de los bienes de este mundo, a fin de que el pueblo creyente, situado en la parte derecha, pueda oír al juez: Tuve hambre, y me diste de comer, y lo que sigue.

Manasés, para merecer que se le manifieste el Señor, tendrá que presentar la mirra de la renuncia. A mi entender, esto atañe muy en concreto a nuestra profesión. Insinúo estas cosas para que no formemos parte de las tribus de Manasés, que se quedaron a la otra orilla del Jordán. Olvidemos, pues, lo que queda atrás y lancémonos a lo que está delante.

Ahora volvamos a Belén para ver lo que ha hecho y nos ha mostrado el Señor. Belén es casa de pan; ya lo hemos dicho. Nos encontramos bien allí. Donde esté la Palabra del Señor no faltará el pan que conforta el corazón. Lo dice el profeta: Afíanzame con tus palabras. El hombre vive en la palabra que pronuncia Dios por su boca; el hombre vive en Cristo, y Cristo en él. Allí nace, allí se muestra. No le agrada el corazón perplejo o vacilante. Descansa en él estable e intrépido. Si alguien se queja, duda o zozobra; si alguien intenta revolcarse en el fango o volver a su propio vómito, desertar de sus promesas, cambiar su propósito, ese tal no es de Belén, no es de la casa de pan.

Sólo un hambre, y un hambre intensa, obliga a bajar a Egipto, a cebar cerdos, y apetecer algarrobas. Es que se encuentra lejos de la casa de pan, de la morada paterna, donde los mismos criados disfrutaban de pan abundante. Cristo no nace en el corazón de estos tales, porque les falta la fortaleza de la fe, el pan de la vida. La Escritura afirma que el justo vive por la fe; es decir, la verdadera vida del alma que es el Señor sólo la poseemos ahora en nuestros corazones por la fe. De otro modo, ¿cómo va a nacer Cristo, cómo va a despumar la salvación en él, siendo cierta la sentencia que sostiene que quien persevere hasta el final se salvará? Cristo no puede encontrarse en él.

Para todos éstos no tiene sentido aquello del Consagrado os confirió una unción, porque se han secado sus corazones al olvidarse de comer su pan. Tampoco pertenecen al Hijo de Dios, pues el Espíritu del Señor descansa sobre el pacífico y el humilde y sobre el que se estremece a sus palabras. Además, no puede haber concordia alguna entre la eternidad y tanto cambio, entre *el que es* y el que nunca puede quedar en un mismo sitio. Y aunque estemos firmes, aunque nos sintamos robustos en la fe, aunque nos veamos dispuestos, con pan en abundancia, porque nos lo da aquel a quien suplicamos siempre: Danos hoy nuestro pan de cada día, tenemos que añadir lo que sigue: Perdónanos nuestras ofensas. Pues, si afirmamos no tener pecado, nos engañamos y no llevamos dentro la verdad. Porque la Verdad misma, Jesús el Cristo, el Hijo de Dios, no nace simplemente en Belén, sino en Belén de Judá.

Entremos a la presencia del Señor como pecadores, para que, santificados y

dispuestos, seamos también nosotros Belén de Judá, y de este modo nos hagamos merecedores de contemplar al Señor que nace en nosotros.

Si algún alma progresara tanto, cuestión que nos concierne sobremanera, y llega a ser una virgen fecunda, una estrella del mar, una llena de gracia, en posesión del Espíritu Santo que se vuelca sobre ella, estimo que no sólo quiere nacer en ella, sino también de ella. Que nadie piense atribuirse esto a sí mismo, sino sólo aquellos a quienes el mismo Señor señala, diciendo: Ved a mi madre y a mis hermanos. Escucha ahora a uno de éstos: Hijos míos, otra vez me causáis dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros. Si parecía nacer Cristo en ellos cuando se estaba formando en ellos, ¿cómo no se va a suponer que también nace en aquel que en cierto modo le estaba dando a luz en ellos?

EN EL NACIMIENTO DE LOS SANTOS INOCENTES. SERMÓN ÚNICO

De las cuatro festividades continuadas del Nacimiento del Señor, de San Esteban, de San Juan y de los Santos Inocentes

Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: el Señor es Dios y ha hecho brillar su luz sobre nosotros; bendito sea su nombre glorioso, que es santo. No vino infructuosamente lo santo, que nació de María, sino que copiosamente difunde el nombre y la gracia de la santidad. Verdaderamente de aquí es Juan Santo, es Esteban Santo, y también los Santos Inocentes. Con provechosa disposición acompañan estas tres solemnidades al nacimiento del Señor. No sólo para que continuándose las festividades perseverare la devoción continua, sino también para que el fruto del Nacimiento del Señor sea conocido de nosotros en ellas, como un efecto y consecuencia de él. Se advierten en estas tres solemnidades como tres especies de santidad: ni yo juzgo que se pueda hallar fuera de estos tres géneros de Santos, otro cuarto entre los hombres. Tenemos en el bienaventurado Esteban la obra y la voluntad del martirio: tenemos sola la voluntad en el bienaventurado Juan: y tenemos solo la obra de los Santos Inocentes. Todos ellos bebieron el cáliz de la salud o con el cuerpo y el espíritu juntamente. O con sólo el espíritu; o con sólo el cuerpo. Mi cáliz ciertamente beberéis dijo el Señor a Santiago, y a Juan: no hay dudas de que hablaba del cáliz de la pasión. En fin, cuando decía a Pedro sígueme, excitándole violentamente a la imitación de su pasión, vuelto Pedro vió que seguía después del discípulo que amaba Jesús, no tanto con los pasos del cuerpo sino con el afecto de su voluntad. Bebió pues también Juan el cáliz de la salud, y siguió al Señor como Pedro, aunque no de todas maneras como Pedro. Porque haber permanecido así, no siguiendo con la pasión corporal al Señor, fue consejo divino como lo dice él mismo: Así quiero que permanezca hasta que yo venga. Como si dijera quiere él también seguirme pero yo quiero que así permanezca.

Pero ¿habrá quien dude de las coronas de los Inocentes? ¿Dude que los infantes

despedazados por Cristo sean coronados entre los mártires, el que no cree que los reengendrados en Cristo son contados entre los hijos de adopción? Cuándo aquel niño, que nació para nosotros, no contra nosotros, permitiría que unos niños coetáneos de él fuesen muertos por su causa, lo cual él podía estorbar con toda su voluntad, si no providenciará a favor de ellos alguna cosa mejor; haciendo que así como a los demás infantes, entonces la circuncisión, ahora el bautismo, sin algún uso propio de su voluntad les basta para conseguir la salud; así el martirio producido por él les bastase a ellos para la Santidad? Si buscas sus méritos para con Dios, para ser coronados, busca también sus delitos para con Herodes para ser despedazados.

¿Es menos acaso la piedad de Cristo que la impiedad de Herodes, para creer que haya podido él entregar unos inocentes a la muerte y no haya podido Cristo coronar a los que fueron muertos por él? Sea pues Esteban mártir para con los hombres, cuya voluntad de padecer se manifestó con toda evidencia particularmente, en que en el mismo artículo de su muerte tenía la más viva solicitud, tanto por los perseguidores como por si mismo, venciendo en él el afecto de su interior compasión al afecto de su pasión corporal, de suerte que lloraba más por los delitos de ellos que por sus propias heridas. Sea Juan mártir para con los Ángeles, que como espirituales creaturas conocieron con más claridad las señales espirituales de su propia voluntad para padecer por Cristo. Pero estos verdaderamente son vuestros mártires, o Dios, para que resplandezca con más evidencia el privilegio de vuestra gracia en quienes ni el hombre ni el Ángel descubre mérito alguno. Vos habéis formado en la boca de los infantes y los niños de pecho vuestra perfecta alabanza. Gloria sea Dios en las alturas dicen los Ángeles, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Grande alabanza es esta sin duda, pero me atrevo a decirlo todavía no es alabanza perfecta, hasta que venga quien diga: dejad a los jóvenes que vengan a mí, porque de los tales es el Reino de los Cielos, y paz a los hombres aún sin el uso de su voluntad para ilustre testimonio de la piedad de Dios.

Esto debieran considerar los que suelen combatirse en contenciosas disputas sobre la obra y la voluntad: consideren y adviertan que no conviene despreciar ni lo uno ni lo otro cuando no falta la facultad; especialmente lo uno sin lo otro (pero cuando la facultad falta) no solo dar la salud sino la santidad. Más también se persuaden firmemente, que aprovecha la obra sin la voluntad, pero no contra la voluntad, de suerte que por lo que se salvan los infantes, tendrían más condenación los que llegaron a la fe fingidamente. Del mismo modo, en algunos la voluntad sin la obra es suficiente, pero no contra la obra. Por ejemplo, si uno es arrebatado por la muerte cuando tiene en si una buena voluntad, pero todavía no perfecta, todavía no bastante valerosa para sufrir el martirio: ¿quién se atreverá a negar que se salve por esta interpretación? Quizá no le permite Dios que llegue a tentación tan grave, con el fin de que en ella no desmaye y se condene. Porque, si con tan débil voluntad fuera puesto en aquella tentación, ¿qué es sobre sus fuerzas y su voluntad no fuese corroborada, quien duda que desmayaría, que negaría la fe, y que si entonces muriese pereciera? Si alguno tiene vergüenza de mí delante de los hombres, también yo tendré vergüenza de él, dice el Señor, delante de los Ángeles de Dios. Así, en

nuestra voluntad imperfecta en la que alguno se salva, cuando falta la ocasión y facultad para la obra, no se podría salvar por la falta de la obra, o diciendo de otro modo, por la obra de su rebeldía y falta. Lo mismo también podría suceder con la ignorancia, antes bien solícitos y timoratos demos gracias al benignísimo, y liberalísimo Salvador, que ocasiona con caridad tan copiosa las ocasiones a la salud a los hombres, que se alegra de encontrar en unos la voluntad y la obra, y en otros la voluntad sin obra, en otros también sin voluntad la obra de la salud, queriendo que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Porque en esto consiste la Vida Eterna, en que conozcamos al Padre Dios verdadero y a Jesucristo a quien envió, el cual es con el Padre un Dios verdadero, bendito sobre todas las cosas por los siglos, Amén.

5. SOBRE LA CIRCUNSIÓN DE NUESTRO SEÑOR

I. SERMÓN. Sobre la lección del Evangelio: Después que se cumplieron los ocho días para haber de circuncidarse el Niño y se llamó su nombre Jesús. Lc. 2.21.

1- Tenemos oídas en pocas palabras declaradas en el gran Sacramento de la piedad de Dios: hemos oído una lección congruente al Verbo abajado, que el Señor hizo sobre la tierra. Pues reducido en la carne, se abaja más recibiendo la circuncisión de la carne. Haciéndose un poco inferior a los Ángeles el Hijo de Dios, tomó la humana naturaleza; pero ya ni desechando el remedio mismo de la corrupción humana ciertamente, se hace inferior a los Ángeles mucho más. Tienes pues aquí un grande misterio de la fe: tienes también un ejemplo grande de humildad. ¿Qué necesidad hay de circuncisión, Señor, en vos que ni habéis cometido pecado, ni le habéis contraído? Que vos mismo no le hayáis cometido, la misma edad lo manifiesta; que no le hayáis contraído, mucho más ciertamente lo prueba la divinidad de vuestro Padre, la integridad de vuestra Madre. Sumo Sacerdote sois, de quien en la ley está más bien profetizado que mandado, que ni por el Padre, ni por la Madre pueda contraer alguna impureza. Padre tenéis desde toda la eternidad, pero es Dios, en quien no cae pecado. Tenéis Madre también en el tiempo, pero es Virgen, ni pudo la incorrupción parir la corrupción. Sin embargo de todo esto, es circuncidado el Niño; el cordero sin mancha, aunque no lo necesitó, quiso ser circuncidado; el que no tenía vestigio, ni señal de herida, no rehusó la venda de los heridos. No lo hacen así los impíos, no lo hacen así; no lo hace así la perversidad de la soberbia humana; que tiene vergüenza de los remedios, gloriándose a veces de las llagas de sus delitos. Aquel a quien nadie puede argüir de pecado, recibió, sin tener necesidad alguna, un remedio del pecado, vergonzoso y duro al mismo tiempo: ni se retiró del cuchillo de piedra aquel Señor, en quien solo no había que raer el orin antiguo de la culpa. Nosotros por el contrario, desvergonzados para la torpeza de la culpa, somos muy vergonzosos para la medicina de la penitencia con una fatuidad extrema. Somos inclinados a las heridas, y peores en ser tan vergonzosas para la cura de ellas. El que no cometió pecado, no se desdeñó de parecer pecador; nosotros lo queremos ser, y no queremos parecerlo. ¿Es por ventura necesaria la medicina al sano, y no a los enfermos? O más bien ¿no debe curarse el enfermo, y debe curarse el médico? ¿Quién de los hombres que conociera en sí, no diré tanta gloria, sino a lo menos tanta inocencia admitiría con igualdad de ánimo la mano del circuncidante? Mas Cristo con toda la paciencia pagó lo que no había robado, aunque había venido a hacer la purgación de los delitos, no a recibirla. Pero dirás acaso: ¿qué mucho que un niño la recibiese? Mas bien podías decir: ¿qué mucho la recibiese el humilde y manso? ¿Qué mucho que enmudeciese delante de quien le circuncidaba, el que delante de quien le esquilaba enmudeció delante de quien le crucificaba calló? Si su humildad y mansedumbre no fuera la causa, no le era dificultoso conservar entera su carne, impidiendo que fuese cortada, al que había hecho, que la puerta del vientre virginal no fuese abierta en su salida. No era difícil al niño estorbar, que su cuerpo fuese circuncidado, cuando ni

muerto le fue difícil conservarle libre de la corrupción.

2 Después que se cumplieron los ocho días para haber de circuncidarse el Niño, se llamo su nombre Jesús. ¡Grande y admirabte misterio! Es circuncidado el Niño, y se llama Jesús. ¿Pues qué conexión hay entre estas dos cosas? La circuncisión sin duda mas propia parece de quien necesita salvarse, que de quien es Salvador, y mas bien corresponde al que es Salvador circuncidar, que ser circuncidado. Pero reconoce en esto, como el mediador de Dios y de los hombres desde el principio de su nacimiento junta las cosas humanas a las divinas, las ínfimas a las supremas. Nace de una mujer, pero mujer a quien de tal suerte se la dá el fruto de la fecundidad, que no pierde la flor de su virginidad: es envuelto en unos pañales, pero los mismos pañales son honrados con las alabanzas de los Ángeles: es ocultado en un pesebre, pero es manifestado brillando una estrella del Cielo. A este modo también la circuncisión prueba la verdad de la carne, que ha tomado: y el nombre que es sobre todo nombre, y manifiesta la gloria de la Majestad. Es circuncidado, como verdadero hijo de Abrahán: se llama Jesús, como verdadero Hijo de Dios. Ni lleva este mi Jesús, al modo de los otros que precedieron, un nombre vacío e inútil: no hay en él la sombra precisamente de un nombre grande, sino la verdad: porque testifica el Evangelista, que se le puso desde el Cielo: Como fue llamado por el Ángel antes que fuese concebido en el vientre. Y atiende con cuidado la profundidad de esta expresión. Después que nació, es llamado Jesús por los hombres, con cuyo nombre fue llamado por el Ángel, antes que fuese concebido en el vientre; porque él mismo es Salvador del Ángel y del hombre; pero del hombre desde la encarnación, del Ángel desde el principio del mundo.

3 Se llamaba Jesús, dice, como fue llamado por el Ángel. Con el dicho de dos o tres testigos se hace firme toda palabra; y la misma que en el Profeta se lee abreviada, más claramente se lee en el Evangelio hecha carne. A nosotros, Hermanos míos, a nosotros pertenece esta doctrina. Cristo no necesitaba del testimonio del Ángel, ni del hombre; pero, como está escrito: Todas las cosas son por los escogidos. Por tanto hemos de buscar nosotros testimonios de nuestra vida; no parezca, que hemos tomado en vano el nombre de Dios. Es necesario, hermanos míos, que también nosotros seamos circuncidados, y recibamos de este modo el nombre de salud; debiendo ser nuestra circuncisión, no según la letra, sino según el espíritu: no precisamente en un miembro, sino en todo el cuerpo juntamente. Porque aunque reine más en la parte en que se mandó a los Judíos la circuncisión, la añadidura de Leviachan que viene del pecado y se debe corear; ocupa con todo eso el cuerpo todo. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay parte sana en nosotros: no hay cosa alguna que no esté dañada de este veneno. Por eso aquel pueblo, como niño todavía en la fe y en el amor, recibió un mandato proporcionado a sus fuerzas de una circuncisión pequeña: luego que creció hasta ser varón más perfecto, se le manda bautizarse en todo el cuerpo; lo cual es una entera circuncisión de todo el hombre. De aquí es, que nuestro Salvador se dignó ser circuncidado al octavo día; y después de los treinta años ser crucificado, siendo extendido con penosa violencia en la cruz todo su cuerpo: nosotros somos injertados en él por la semejanza de su muerte, como escribe el Apóstol, cuando recibimos el

bautismo; que ha sido lo que últimamente se nos mandó observar.

4 En qué consiste pues nuestra espiritual circuncisión, sino en lo que nos encarga el mismo Apóstol: Teniendo el sustento y vestido, estemos contentos con eso. ¡Qué bien por todos modos nos circuncida y corta todo lo superfluo la pobreza voluntaria, el trabajo de la penitencia, la observancia de la regular disciplina! Pero en esta mis apreciaciones sobre la circuncisión nos conviene buscar tres testimonios de nuestra salud, del ángel, de María, y de José. Es necesario, repito, que ante todas nuestras cosas el Ángel del gran consejo nos ponga el nombre de salud. Después también, nos es necesaria de la cotidiana atestación de toda la congregación, que es como Madre de cada uno: Madre, digo, Virgen, de la que como aquella que prometió el Apóstol presentar y de la Virgen casta al único Esposo que es Jesucristo Prelado.

Las cosas exteriores son testigo de lo que pasa en nuestro corazón. Aquel cuya conducta es grata a todos y a ninguno gravosa, hallará un ventajoso testimonio de su propia salud en toda la congregación. En valde ciertamente pretenderá hacerle causa sobre sus acciones exteriores aquel pésimo acusador de sus hermanos a quien escusa, y aprueba la comunidad, en que vive. Conseguirá también un favorable testimonio de los Prelados el que, así los pecados de su vida en el siglo, como las negligencias del tiempo presente se los manifiesta por medio de una humilde y sincera confesión, para que los juzguen, y procura satisfacer por ellos a su arbitrio. En esto tampoco se podrá temer la acusación del maligno, porque no juzgará el Señor dos veces una misma cosa. Mas acaso intentará el enemigo acriminar la intención, y querrá fundar la calumnia en las cosas de su interior, en el testimonio de sus hermanos, en el de su padre espiritual. Por eso es necesario, que en esta parte nos patrocine el testigo interno, que mira mas al corazón que al semblante; por el cual a la verdad debe comenzarse, para que nada sea concebido en el ánimo, aunque haya recibido de él el nombre de salud. Mas en cuanto pertenece a las obras y acciones manifiestas, conviene conciliarse también los exteriores testimonios, como dice el Apóstol: Procuremos hacer lo bueno con tanta circunspección, que sea aprobado, no solamente de Dios, sino también de los hombres.

II. SERMÓN. Sobre la circuncisión

1. En la Circuncisión del Señor, hermanos míos, tenemos que amar, y que admirar, y también que imitar. Está manifiesto en ella el gran beneficio de la dignación divina, que exige nuestro reconocimiento: al mismo tiempo se encubre en ella, lo que debemos en nosotros mismos cumplir. Porque vino el Señor al mundo, no sólo para redimirnos con la efusión de su sangre, sino para enseñarnos con sus palabras, e instruirnos con sus ejemplos. Pues, así como no nos aprovechará saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel, tampoco aprovechará sacarnos de la cárcel, si ignorando el camino el que primero nos hallara, nos volviera a meter allí. Y por esto en la edad más crecida nos dio el Salvador manifiestos ejemplos de paciencia, humildad, caridad y de todas las virtudes: mas en la niñez dio estos mismos ejemplos, aunque disimulados y encubiertos con figuras.

2. Pero antes de llegar a explicar esto, quisiera decir algo de tan grande y tan manifiesta dignidad. Tienen los ángeles una gloria pura y perfecta: pero tampoco nosotros estaremos privados de gloria. Su gloria estamos viendo, gloria como de quien es el Hijo único del Padre, gloria de misericordia y de un afecto verdaderamente paternal, gloria del que procede del corazón del Padre, y que está mostrando con nosotros unas entrañas con toda la ternura de Padre. Todos pecaron, dice el Apóstol, y tienen necesidad de la gloria de Dios. Y en otra parte: Esté lejos de mí dice, gloriarme en otra cosa, que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Qué cosa más gloriosa para nosotros, que habernos Dios estimado tanto? ¿O qué mayor gloria para él, que tan especial dignación, y tan grande benignidad, que se hace tanto más dulce y amable, cuanto es más graciosa; pues murió por unos pecadores? Ved cuanto hizo y por cuales; por cuales para no ensoberbecernos; cuanto para no perder la confianza. Así, para que no se halle en vosotros el espíritu de este mundo, sino el espíritu que viene de Dios, y sepáis los bienes, que el Señor os ha hecho: no queráis, os ruego, haceros como el caballo y el mulo, sino como el piadoso jumento, que dice: Como un jumento me hice en vuestra presencia, y con todo eso estoy siempre con vos. Tales jumentos conocen a su Dueño, y el pesebre de su Señor: en el cual está puesto para ello el piadosísimo heno, el mismo que es pan de los ángeles. Este es el pan vivo de que debió comer el hombre; pero, porque el hombre se hizo jumento, el pan también se hizo heno, para que a lo menos así viva de él.

3. El sacramento de esta mutación sin duda se celebró en el Día del Nacimiento, pues el Verbo se hizo carne, siendo toda carne heno. Tomando en su encarnación forma de hombre, se hizo inferior a los Ángeles un poco, pero en este día ya escucho otra cosa más maravillosa. Ya está abatido mucho más abajo de los ángeles, pues no sólo tiene la forma de hombre, sino la forma de pecador, y fijan en él, como con un cauterio, la nota de ladrón. Porque ¿qué otra cosa es la circuncisión, sino indicio de superfluidad, y de pecado? En vos, Señor Jesús, ¿qué puede haber superior, para que deba circuncidarse? ¿Por ventura no sois Dios verdadero, engendrado de Dios Padre, y verdadero hombre

sin pecado alguno, nacido de la Virgen Madre? ¿Qué hacéis vosotros circuncidando este Niño? Pensáis por ventura, que podrá caer sobre él aquella sentencia que dice: "Todo varón cuyo cuerpo no fuere circuncidado, será exterminado de en medio de su pueblo". ¿Podrá el Padre olvidarse del hijo de sus entrañas, o no le conocerá, sino tuviere la señal de la circuncisión? Antes, si fuera posible desconocer al Hijo, que es el objeto de sus complacencias, por esta señal le pudiera desconocer; pues es la que él dispuso para los pecadores, con el fin de purificarlos de sus delitos. Pero ¿qué maravilla es, que la cabeza, estando sana, reciba en sí la medicina de los miembros enfermos? ¿Cuántas veces acaece recibir un miembro la cura y medicina de otro? Nos duele la cabeza, y se hace la sangría en el brazo: está enfermo el hígado, y sangran dolientes los pies. De esta manera es cauterizada hoy la cabeza, para curar la corrupción de todo el cuerpo.

4. En fin, ¿qué maravilla, que por nosotros quisiese ser circuncidado, el que por nosotros se dignó morir? Todo él verdaderamente me fue dado, y todo él fue expendido en mis propios usos. Oyendo yo, que pasaba por delante de la cárcel el hijo de un gran Rey, comencé a gemir más alto, y a exclamar más lastimosamente diciendo: Hijo de Dios tened misericordia de mí. Y él como benignísimo: ¿qué lloro, dice, y qué lamento es éste, que escucho? Entonces le responden: este es aquel traidor Adán, a quien vuestro Padre hizo poner en la cárcel, mientras que delibera con que género de tormentos le hará morir. ¿Qué haría aquel Señor, cuya naturaleza es la suma bondad, aquel Señor de quien es propio tener siempre misericordia, y perdonar? Baja a la cárcel misma a sacar de ella al miserable prisionero. Mas los judíos no olvidados del odio, que habían tenido a su Padre, le ejercitan también en el Hijo: por lo que dice él mismo: A mí me han aborrecido, y a mi Padre también. ¿Qué hicieron pues los impíos, que en sólo mirarle sentían pena? Este es el Heredero, dicen, venid y matémosle. Así quitaron la vida al Cordero de Dios; con daño suyo a la verdad, pero para nuestra salud. Porque ellos derramaron la sangre del Cordero: nosotros nos llegamos, y bebimos de ella. Nosotros recibimos el cáliz de la salud que tiene la virtud de embriagar las almas ¡qué admirable es! Ved aquí lo que exige nuestro reconocimiento. Pocos dirán, que celebramos su venida a esta cárcel del mundo, es decir el día de su nacimiento: pero hoy ya celebramos, que tomó nuestros grillos, y prisiones. Hoy aquel Señor, que no hizo pecado, para librar a los reos, metió sus inocentes manos en sus cadenas: hoy se puso bajo de la ley, el mismo que dio la ley.

5. Digamos ya lo que espiritualmente se nos enseña, que hagamos nosotros, en esta circuncisión. Porque, ni sin causa se mandó en la ley, ni sin causa se cumplió en el Señor la circuncisión en el octavo día. Pero ¿quién conoció los designios del Señor, o quien ha sido su consejero? Asista favorable a nuestros deseos aquel espíritu, que investiga los misterios sublimes de Dios, y dignese explicarnos el misterio de este octavo día. No ignoramos, que es preciso ya, que el hombre nazca de nuevo; pues por eso nació otra vez el Hijo de Dios. En pecado nacemos todos, y es necesario, que renazcamos por la gracia; la cual recibimos en el bautismo: mas ¡ay! todo pereció en la vida secular. Ahora por primera vez, apiadándose Dios de nosotros, la virtud de la gracia hace, que caminemos en una nueva vida. Así, debemos decir, que nace el hombre, cuando nace en su alma el sol de la justicia, ilumina las tinieblas de sus pecados, y presenta a los ojos de

su corazón el horrendo juicio de Dios, añadiendo para estrechar más el lazo del terror, el número breve de sus días, y su fin tan incierto. Esa es verdaderamente aquella tarde, a que debe extenderse el llanto, y es necesario añadir a ella la alegría de la mañana, para que Dios nos haga oír su misericordia. De este modo, de la tarde y de la mañana se forma un día. Este día, pues, es día de justicia, porque da a cada uno lo que es suyo: al hombre la miseria, a Dios la misericordia. En este día nace el Niño, cuando por los motivos que hemos dicho, se excita el ánimo del hombre al amor de la penitencia, y al aborrecimiento del pecado.

6. Mas, como no dejaría de ser peligroso, si se resolviera a hacer la penitencia entre las turbaciones del siglo: en donde unos con venenosas persuasiones, otros con malos ejemplos, le incitarían al pecado; otros también le impulsarían a vanaglorias con lisonjas; otros a impaciencia con sus murmuraciones; es necesario que vaya delante del hombre la luz de la prudencia y le muestre cuantas y que importunas oportunidades, y ocasiones de pecar ofrece, y sugiere el mundo, especialmente en estos desgraciados tiempos: qué débil es contra sus conatos el corazón humano particularmente el que se ha criado en la costumbre de pecar: en este día pues de la prudencia escoja huir del presente siglo malo diciendo con el Profeta: Yo aborrecí la junta de las personas que están llenas de malignidad y no tomaré asiento con los impíos. Pero todavía no basta esto porque quizás delibera retirarse a la soledad, no atendiendo bien a su propia flaqueza ni a la peligrosa lucha del diablo. Porque ¿qué cosa más peligrosa que combatir solo a las astucias del enemigo antiguo que le ve a él y él no puede verle? Así ya tiene necesidad el hombre del día de la fortaleza, en que reconozca que sus fuerzas se han de poner y conservar en el Señor y que debe buscar su defensa en el escuadrón formado de muchos que viven asociados en congregación, en donde son tantos los auxiliares como los compañeros, y tales que pueden decir con el Apóstol: No ignoramos las astucias del enemigo. Una congregación regular por su fuerza es terrible como el ejército ordenado en batalla. Más hay del hombre solo porque si llega a caer no habrá quien le levante. Y si leemos que fue concedida esta gracia a alguno de los antiguos Padres, no conviene exponerse temerariamente a este peligro ni conviene tentar a Dios según lo que dice nuestro maestro de los Anacoretas: Los que lo hacen con el fervor novicio de su conversión. Así en ese día de la fortaleza a lo que había comenzado el hombre a decir, aborrecí la junta de los que están llenos de malignidad, añade también lo que se sigue: lavaré entre mis manos a los inocentes.

7. En este estado ya, en que ha escogido vivir en la congregación de muchos, ¿querrá acaso ser maestro, el que todavía no fue discípulo, y enseñar lo que jamás aprendió? Pero ¿cómo podría temprar en si o en otros los movimientos irracionales de sus pasiones? Ninguno tuvo odio jamás a su propia carne. ¿Cómo pensáis, que si este hombre se hiciera maestro suyo, con facilidad dejará algunas veces de condescender consigo mismo, tanto más anchamente, cuanto más familiarmente se trata? Esclarezca pues en él la virtud de la templanza, para que busque como pueda y refrene los desordenados movimientos del deleite, los irracionales movimientos de la curiosidad, los orgullosos movimientos de su altivez. Elija estar despreciado en la casa, y sujeto a su

Maestro, bajo del cual sea quebrantada su propia voluntad, reprimida con el freno de la obediencia su concupiscencia, y se cumpla así lo que dice el Profeta: "Pusisteis hombres sobre nuestras cabezas". Ni se desdeñen los consejos pues no es mayor que su Señor el siervo. Así Jesucristo habiendo ya crecido en edad, y en sabiduría y gracia delante de Dios, y de los hombres, teniendo ya doce años, se quedó en Jerusalén y predicó las escrituras pero, obediente, volvió a su casa requerido por la Virgen María y José, al que tenían por su padre. Por eso debéis ser fieles en obediencia por amor y de una manera semejante.

8 Ya en el mismo camino de la obediencia pueden ocurrir algunas cosas ásperas, y duras, si te imponen preceptos, que aunque saludables, parezcan menos suaves. Y si comienzas a sentir molestia en esto, si a juzgar al Prelado, si a murmurar en tu corazón: aunque en lo exterior cumplas lo mandado, no será esto virtud de obediencia, sino velo de malicia. Por tanto es necesario, que te amanezca el día de la paciencia, para que abracés todas las cosas ásperas y duras con una conciencia silenciosa; juzgándote más antes a ti mismo, y reprendiéndote duramente, de que te desagrade lo que es tan bueno para la salud de tu alma, y ayudando en tu mismo pensamiento, en cuanto puedas, la causa del Maestro contra ti propio; procurando acusarte en todo, y escusarle a él al mismo tiempo.

9. En esta situación ya, juzgo, que debes precaverte contra la soberbia. Porque es una cosa grande enteramente vencerse de este modo a sí mismo. El hombre paciente, dice Salomón más que el fuerte, y el que se hace Señor de su ánimo, vale más que el que conquista ciudades. En fin, considera, que claramente enseña el Profeta, que es necesaria la humildad después de la paciencia, diciendo: "pero tú alma mía permanece sujeta a Dios, puesto que de Él mismo viene mi paciencia". ¿No parece aquí, que había sentido alguna tentación de soberbia, con la ocasión de su paciencia? Es necesario pues, que iluminen tu corazón los rayos de la humildad, y te manifiesten lo que es de ti, y lo que es de Dios, para que no presumas altamente de ti mismo: Porque Dios resiste a los soberbios, y da su gracia a los humildes.

10. Cuando ya por largo tiempo te hayas ejercitado en todas estas cosas, ruega, que te sea dada la luz de la devoción, día serenísimo y sábado del alma, en que, como un soldado lleno de servicios, vivas en todos los trabajos sin trabajo, corriendo con un corazón dilatado en el camino de los mandamientos de Dios, para que lo que antes hacías con amargura, y opresión de tu espíritu, en lo adelante lo ejecutes ya con suma dulzura y deleitación. Esta gracia (si yo no me engaño) pedía aquel que decía: Concededme que yo reciba algún refrigerio. Como si dijera: ¿hasta cuándo viviré atormentado en este sudor, y dolor? ¿Hasta cuándo estaré muriendo todo el día? Concertadme que yo reciba algún refrigerio. Pero también son pocos los que llegan a esta perfección en esta vida: ni aunque a alguno le parezca haberla conseguido alguna vez, debe luego fiarse de sí mismo, especialmente si es novicio en la vida espiritual, y no ha subido a ella por los dichos grados. Suele nuestro piadoso Señor Jesucristo atraer a sí con semejantes caricias a los de poco corazón. Pero sepan estos tales, que les han

prestado esta gracia, y no se la han dado: para que así en el día de los bienes se acuerden de los males, y en el día de los males no se olviden de los bienes. Muy de otra suerte aquellos, que tienen ejercitados los sentidos de su alma en la vida espiritual, gozan de esta feliz dulzura de devoción. Pero muchos toda su vida caminan a ella, y no llegan a alcanzarla: a los cuales sin embargo, si piadosa y constantemente lo intentaron, al punto que salen del cuerpo, se les da lo que, para provecho suyo, se les había negado en esta vida, llevándoles la gracia sola a donde antes caminaban ellos con la gracia.

11. Mas a los que llegan a esta gracia de devoción un solo peligro les persigue, y deben enteramente recelarse de los asaltos del demonio de medio día; porque el mismo Satanás se transforma en ángel de luz. Esto es lo que debe temer el que hace, todas las cosas con tanta deleitación no sea acaso que siguiendo su afecto, destruya el cuerpo con inmoderadas mortificaciones; y después se vea precisado a ocuparse con grave detrimento de los ejercicios espirituales, en curar sus achaques. Así, para que no tropiece, el que corre, es necesario, que le ilumine la luz de la discreción, que es la madre de las virtudes, y la consumación de la perfección. Esta enseña, que nada se haga con exceso; y este es el día octavo, en que se circuncida el Niño; porque la discreción verdaderamente corta en rededor, para "que nada se haga más, ni menos de lo que es razón". El que es niño, corta el fruto de la buena obra, no le circuncida; lo mismo hace el tibio, si se puede decir, que lo hace. En este día pues, se pone el nombre, y nombre de salud, ni dudare decir del que así vive, que obra su misma salud. Hasta este día pueden hablar los ángeles, que saben los secretos celestiales; pero yo ahora por la primera vez confiadamente le pongo el nombre de salud. Mas, porque enteramente es ésta una rara ave en la tierra, supla en nosotros, hermanos míos, el lugar de la discreción la virtud de la obediencia, de modo que nada más, nada menos, nada diferentemente hagáis de lo que os están mandado.

6. SOBRE EL BENDITO NOMBRE Y OTROS TÍTULOS DEL SEÑOR

SERMÓN. Sobre los nombres del Señor

Después que se cumplieron los ocho días para circuncidar al Niño, se le llamó Jesús, y fue un hecho justo llamarlo de aquella manera. No sólo fabricó todas las cosas en peso, medida y número sino que al punto prescribió al hombre el modo de vivir y le puso un precepto diciéndole: de todos los árboles del paraíso comerás pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas. ¡Mandato levísimo sin duda y enteramente medida larga! Pero el hombre quebrantó el modo que le habían prescrito y traspasó los términos que le habían puesto. Por lo que apartó su rostro de Dios. En los días de Abraham instituyó el modo, promulgó la ley, aunque no en todo semejante a la primera, Porque esta había sido por precaución; aquella era para la cura. Allí se hizo la prohibición para que tuviera entrada insensiblemente la superficialidad. Aquí ya se limitó la sajadura para que entrase la que había entrado por el remedio del sacramento. Últimamente aquella se le dió en el árbol vedándose que comiese de su fruto: esta en el propio cuerpo, mandando que fuese cortada su carne. Ni había duda de que ocupaba todos sus miembros también aquella añadidura de Leviatán; el veneno quiero decir de la concupiscencia y cebo de inmoderado y desordenado deleite. Para juzgar que era necesaria una general sajadura en todos.

2. Pero porque la fragilidad humana y la debilidad de la edad infantil no podría sufrir la sajadura de todos los miembros, con piadosa moderación, proveyó la disposición divina que fuese castigada la concupiscencia en aquella parte en que principalmente no es dañosa. Porque en toda la rebelión de los miembros, que contradicen al espíritu, no sólo éste se experimenta en tanto grado contumaz, que excita deshonestos e ilícitos movimientos contra toda deliberación de la voluntad. En hacerse esta circuncisión al octavo día, se significaba la esperanza del reino celestial, porque volviendo el primero al círculo de los días, parecía mostrar en si como una especie de corona. De aquí es que se celebra con solemnidad el día octavo después de las grandes festividades; y en el sermón del Señor se junta a la primera bienaventuranza la octava, para que la repetida esperanza del reino celestial nos forme evidentemente la corona.

3. Con mucha razón cuando se circunda el Niño que nos nace, se llama Salvador, porque ya desde entonces comenzó a obrar nuestra salud, derramando por nosotros aquella sangre purísima. Ya no tienen que preguntar los cristianos por qué causa quiso Cristo ser circuncidado. Fue circuncidado por lo mismo porque nació, por lo mismo porque padeció. Ninguna de estas cosas fue por si, sino todo por los escogidos. Ni fue engendrado en pecado ni circuncidado del pecado, ni muerto por pecado suyo, sino por nuestros delitos. Como fue llamado por el Ángel antes de que fuese concebido en el vientre. Fue ciertamente así. No le pusieron este nombre porque lo tiene él por toda la eternidad. De su propia naturaleza tiene el ser Salvador; ese nombre es innato en él, no enseñado por humana o angélica creatura.

4. Pero qué diremos al ver que aquel esclarecido profeta prediciendo que este mismo Niño había de ser llamado con muchos nombres parece haber callado solo este, el cual

solo (como dijo antes el Ángel y testifica el Evangelista se llamó su nombre). Deseó ardientemente Isaías ver este día y le vió y se alegró. En fin, hablaba gozosísimo y añadiendo a Dios: un niño nos ha nacido y un hijo nos han dado: la insignia de su principado han puesto sobre su hombro y será llamado el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del Siglo Futuro, el Príncipe de la Paz. Grandes nombres a la verdad, pero ¿Dónde está el nombre que es sobre todo nombre, el nombre de Jesús al cual se dobla toda rodilla? Tal vez en todos estos nombres hallarás sólo este Jesús pero en algún modo exprimido y derramado. Sin duda el mismo es de quien la esposa dice en el cántico del amor: aceite derramado es vuestro nombre.

5. Tenéis pues un solo Jesús en todos estos nombres. Ni en manera alguna pudiera llamarse o ser Salvador, si hubiera faltado uno solo de ellos. ¿Por ventura no le ha experimentado admirable cada uno de nosotros en la mutación de nuestras voluntades? Entonces se da principio a la gran obra de nuestra salvación, cuando empezamos a desechar lo que antes amábamos, a tener dolor de lo que antes nos daba placer, a abrazar lo que temíamos, a seguir lo mismo que antes huíamos, a desear lo que despreciábamos. Admirable es sin duda el que obra estas maravillas. Pero no es menos necesario también que se muestre como nuestro Consejero en la elección de la penitencia, y ordenación de nuestra vida, para que nuestro celo no esté destituido de ciencia y no falte la discreción a la buena voluntad. Igualmente es preciso que le experimentemos Dios en el perdón de nuestras antiguas culpas porque ni sin esto puede darse la salud ni puede alguno perdonar los pecados sino solo Dios. Todavía esto no es suficiente para la salud si no se mostrara fuerte en rechazar y destruir los enemigos que nos combaten para que no suceda que seamos vencidos otra vez por nuestras concupiscencias y nuestros fines sean peores que nuestros principios. ¿Os parece ya que nada falta para ser Salvador? Ciertamente faltaría una cosa principalísima si no fuera Padre del siglo futuro, haciendo que por Él resucitemos para la inmortalidad, los mismos que por el padre del siglo presente somos engendrados para la muerte. Aún esto no bastará si como Príncipe de la Paz también nos reconciliara con el Padre a quien ha de entregar el reino para que no sucediese que como hijos de perdición y no de salud, resucitáramos únicamente para la pena. Se multiplicará su imperio verdaderamente de suerte que con razón también se llamará Salvador por la muchedumbre de los que ha de salvar. Y la paz no tendrá fin para que sepas que es verdadera salud, la que no puede temerse que llegue a faltar jamás.

7. EPIFANÍA

I. SERMÓN. Ha aparecido la bondad de Dios... y su amor al hombre.

Ha aparecido la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor al hombre. Gracias sean dadas a Dios, que ha hecho abundar en nosotros el consuelo en medio de esta peregrinación, de este destierro, de esta miseria.

Antes de que apareciese la humanidad de nuestro Salvador, su bondad se hallaba también oculta, aunque ésta ya existía, pues la misericordia del Señor es eterna. ¿Pero cómo, a pesar de ser tan inmensa, iba a poder ser reconocida? Estaba prometida, pero no se la alcanzaba a ver; por lo que muchos no creían en ella. Efectivamente, en distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios por los profetas. Y decía: Yo tengo designios de paz y no de aflicción. Pero ¿qué podía responder el hombre que sólo experimentaba la aflicción e ignoraba la paz? ¿Hasta cuándo vais a estar diciendo: «Paz, paz», y no hay paz? A causa de lo cual los mensajeros de paz lloraban amargamente, diciendo: Señor, ¿quién creyó nuestro anuncio? Pero ahora los hombres tendrán que creer a sus propios ojos, ya que los testimonios de Dios se han vuelto absolutamente creíbles. Pues para que ni una vista perturbada pueda dejar de verlo, puso su tienda al sol.

Pero de lo que se trata ahora no es de la promesa de la paz, sino de su envío; no de la dilatación de su entrega, sino de su realidad; no de su anuncio profético, sino de su presencia. Es como si Dios hubiera vaciado sobre la tierra un saco lleno de su misericordia; un saco que habría de desfondarse en la pasión, para que se derramara nuestro precio, oculto en él; un saco pequeño, pero lleno. Y que un niño se nos ha dado, pero en quien habita toda la plenitud de la divinidad. Ya que, cuando llegó la plenitud del tiempo, hizo también su aparición la plenitud de divinidad. Vino en carne mortal para que, al presenta así ante quienes eran carnales, en la aparición de su humanidad se reconociese su bondad. Porque, cuando se pone de manifiesto la humanidad de Dios, ya no puede mantenerse oculta su bondad. ¿De qué manera podía manifestar mejor su bondad que asumiendo mi carne? La mía, no la de Adán, es decir, no la que Adán tuvo antes del pecado.

¿Hay algo que pueda declarar más inequívocamente la misericordia de Dios que el hecho de haber aceptado nuestra miseria? ¿Qué hay más rebosante de piedad que la Palabra de Dios convertida en tan poca cosa por nosotros? Señor, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder? Que deduzcan de aquí los hombres lo grande que es el cuidado que Dios tiene de ellos; que se enteren de lo que Dios piensa y siente sobre ellos. No te preguntes, tú, que eres hombre, por lo que has sufrido, sino por lo que sufrió él. Deduce de todo lo que sufrió por ti, en cuánto te tasó, y así su bondad se te hará evidente por, su humanidad. Cuanto más pequeño se hizo en su humanidad, tanto más grande se reveló en su bondad; y cuanto más se dejó envilecer por mí, tanto más querido me es ahora. Ha aparecido -dice el Apóstol- la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor al hombre. Grandes y manifiestos son, sin duda, la bondad y el amor de Dios, y gran indicio de bondad reveló quien se preocupó de añadir a la humanidad el nombre de Dios.

II. SERMÓN. De los Magos y de lo que se lee en los Cantares: Salid hijas de Sion, y ved al Rey Salomón.

Tres apariciones del Señor leemos hechas en un mismo día, aunque no en un mismo tiempo. Y sin duda admirable es la segunda, admirable la tercera, pero la primera es en gran manera admirable. Es de admirar la mutación de las aguas; la atestación de Juan, de la paloma, y de la voz del Padre, pero admira más, que los Magos conociesen al Señor. Que le reconocen Dios, lo indica la adoración, lo manifiesta la ofrenda del incienso. No solo le reconocen Dios, sino Rey también, lo cual se designa en el oro. Y entre estas cosas, no se les oculta tampoco el gran misterio de la piedad de Dios, por lo que igualmente en la mirra, que le ofrecen, indican que ha de morir. Adoran pues los Magos, y ofrecen dones a un Niño, que todavía mama el pecho de su Madre. Pero ¿dónde está, o Magos, dónde está la púrpura de este Rey? ¿Son la púrpura acaso estas mantillas, en qué está envuelto? Si es Rey, ¿dónde está la diadema real? Verdaderamente vosotros le veis ceñido de la diadema, con que le coronó su Madre, del saco de la mortalidad, del cual resucitando dice: Rompisteis mi saco, rodeasteis de alegría. Salid hijas de Sion, y ved al Rey Salomón en la diadema, con que le coronó su Madre. Salid virtudes Angélicas, los habitantes de la soberana patria, y mirad a vuestro Rey, pero en nuestra corona, en la diadema, con que le coronó su madre. De estas delicias habíais carecido hasta ahora, esta dulzura no habíais gustado todavía. Gozáis en el Cielo de su grandeza, pero no habéis visto su humildad. Salid pues, y ved al Rey Salomón en la diadema, con que le coronó su madre.

2 Mas no necesitan los ángeles de nuestra exhortación, pues ellos mismos desean ardientemente mirar en él, y cuanto más conocida de ellos es su grandeza, tanto más preciosa y amable se les hace su humildad. Así, aunque nosotros tenemos mayor motivo de alegría (pues para nosotros nació, y a nosotros se nos dio) con todo eso ellos se adelantan, nos exhortan a mirarle. Prueba de esto es la aparición del Ángel a los Pastores, anunciándoles la nueva de tan grande gozo, y aquella multitud del ejército celestial, que cantó la gloria en su nacimiento. A vosotras pues decimos, hijas de Sion, almas seculares, débiles, delicadas hijas propiamente, y no hijos: en quienes, nada hay de fortaleza, nada de ánimo varonil: Salid hijas de Sion. Salid de los cuidados mundanos, salid del sentido de la carne a los pensamientos del alma, de la servidumbre de los deseos carnales a la libertad de la inteligencia espiritual. Salid de vuestra tierra, y de vuestra parentela, y de la casa de vuestro Padre, y ved al Rey Salomón: de otra suerte no estará libre de riesgo para vosotras verle porque el mismo que es Salomón, que es decir, Pacífico en el destierro, será razonador en el juicio; Idida esto es amado del Señor en Reino. En el destierro, pues, es manso y amable. En el destierro es justo y amable: en el juicio justo y terrible: en el reino justo y admirable. Salid, pues y ved al rey Salomón, porque en todas partes es Rey y aunque su reino no sea de este mundo, sin embargo es rey también en este mundo. Por supuesto que preguntándole ¿tú eres rey? Yo responderé para eso nací y para eso vine al mundo, aquí pues rige las costumbres, en el

juicio discierne los méritos, en el reino distribuye los premios.

3 Por tanto salid, hijas de Sion, y ved al Rey Salomón en la diadema, con que le coronó su madre, en la corona de la pobreza, en la corona de la miseria; puesto que fue coronado también por su madrastra con corona de espinas, con corona de miseria: habiendo de ser coronado por su familia con corona de justicia, cuando saldrán los Ángeles, y quitarán de su reino todos los escándalos, cuando vendrá al juicio acompañado de los ancianos de su pueblo, cuando peleará a favor suyo el orbe de la tierra contra los insensatos. También le corona el Padre con corona de gloria, como dice el salmista: Le habéis coronado de gloria y de honor. Vedle, hijas de Sion en la diadema, con que le coronó su madre. Respetad la corona de vuestro Rey, hecho niño por vosotras, y adorad su humildad este día en compañía de los Magos, cuya fe y cuya devoción se os propone hoy por ejemplo. Porque ¿a quiénes compararemos, o a quiénes diremos, que son semejantes estos hombres? Si considero la fe del Centurión, si la confesión del Ladrón, no me causa tanta maravilla, pues ya entonces el Señor había hecho muchos prodigios, ya entonces había sido predicado de muchos, de muchos adorado. Sin embargo, consideremos también lo que ellos dijeron. El Ladrón clama desde la Cruz: Señor acordaos de mí, cuando vengáis de vuestro reino. ¿Qué, por el suplicio ha de ir al reino? ¿Quién te dijo a ti, que convenía que padeciese Cristo, y que de este modo entrase en su gloria? Y tú también, Centurión, ¿en qué le has conocido? Viendo que clamando así, había expirado: Verdaderamente, dice, este hombre era Hijo de Dios. ¡Cosa admirable, y digna de toda admiración!

4 Por eso os ruego, consideréis y veáis, que vista tan penetrante tiene la fe, y que de lince tiene los ojos. Ella conoce al Hijo de Dios mamando, le conoce pendiente en la cruz, le conoce muriendo, puesto que el Ladrón le conoce en el patíbulo, los Magos en el establo: aquel taladrado de los clavos, estos envueltos en unos paños. Conoce el Centurión la vida en la muerte; estos la virtud de Dios en la debilidad de un tierno cuerpo: aquellos en la acción de espirar conocen el sumo Espíritu: estos en la infancia el Divino Verbo: porque todo lo que aquellos confiesan con las palabras, lo confiesan estos con los dones. El Ladrón le reconoce Rey, el Centurión Hijo de Dios y juntamente hombre. ¿Y qué otra cosa indican estos dones? Solo que en el incienso no tanto le confesaron Hijo de Dios, como verdadero Dios. Os ruego, queridos, que os aprovechéis de tanta caridad, como ha mostrado con nosotros el Dios de la Majestad, de tanta humildad, como tomó en sí mismo, de tanta benignidad, como en su humildad se dejó ver. Demos gracias a nuestro Redentor y Mediador, por quien se nos dio a conocer tan buena voluntad de Dios Padre para con nosotros, pues sabemos, que su ánimo por nuestro bien es tal, que no sin razón decimos y a Nosotros corremos no como a una cosa incierta: porque verdaderamente tal es el corazón del Padre para con nosotros, cual nos le expresó aquel Señor que procedió de su corazón.

III. SERMÓN Sobre los regalos de los reyes magos

1. Tenemos por necesario, Hermanos míos, según la costumbre de las demás solemnidades, exponeros el misterio de la solemnidad de hoy. Porque, aunque algunas veces hablamos contra los vicios, y sea utilísimo este género de oración, parece más propio de otros días. En los festivos, y particularmente en las solemnidades principales, más bien parece, que nos debemos detener en los misterios, que pertenecen a la solemnidad, para que a un tiempo mismo se instruya el ánimo, y se excite el afecto. Porque ¿cómo celebraréis lo que ignoráis? o ¿cómo lo sabréis, sino hay quien os lo declare? Por tanto, no sea molesto a los que están adelantados en el conocimiento de las Escrituras, que tengamos atención a los menos doctos, según exige la caridad. Ni creo yo, que ellos mismos sean privados de los manjares, que les son tan agradables, si a los menos sabios como a las turbas populares pusieren primero alimentos más crasos: lo que harán, si movidos de la caridad fraternal, les gustaren las cosas, que son necesarias a los que no tienen la mayor inteligencia, aunque acaso a ellos les parezcan poco necesarias. De esta suerte recogerán para si los fragmentos, reflexionando con diligencia las cosas más útiles, y rumiando como animales puros, las que por su delicadeza no son entendidas de los menos capaces.

2. La solemnidad de hoy pues recibió el nombre de la aparición, porque Epifanía significa aparición. Así, hoy se celebra la aparición del Señor, no solo una, sino triplicada, según lo hemos recibido de nuestros Padres. Hoy nuestro Señor niño Rey, pasados pocos días de su nacimiento se manifestó a las primicias de las naciones, sirviéndolas de guía una estrella: hoy también, habiendo ya cumplido treinta años en su vida mortal (el que según la Divinidad es siempre el mismo, y no pueden faltar sus años) ocultado entre las populares turbas vino al Jordán, para ser bautizado; pero fue manifestado por el testimonio del Padre. Hoy igualmente, habiendo sido convidado a unas bodas con sus discípulos, faltando el vino, convirtió en vino las aguas con un admirable prodigio de su potencia. Pero deleita contemplar con más cuidado la aparición del Salvador en su infancia, porque es dulcísima, y se celebra también hoy con más especialidad.

3. Hoy pues, como oímos en la lección del Evangelio, vinieron los Magos de Oriente a Jerusalén. Con razón se dice a la verdad, que vienen de Oriente, pues nos anuncian el nuevo Nacimiento del Sol de justicia, pues iluminan con alegres noticias el mundo todo. Sólo que la infeliz Judea, como aborrecía la luz, se obscurece al resplandor de la nueva claridad, y sus ofuscados ojos se ciegan mucho más, brillando los rayos del Sol eterno. Oigamos ahora, qué dijeron los Magos, viniendo del Oriente: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? ¡Qué fe tan cierta y tan firme! No preguntan si ha nacido, sino que hablan confiadamente, y preguntan sin dudar, donde está el que ha nacido Rey de los Judíos. El Rey Herodes se llenó de pavor, luego que oyó el nombre del Rey, sospechándole su sucesor. No es maravilla, que se turbe Herodes: pero que Jerusalén, Ciudad de Dios, que es vista de paz, se turbe en compañía de Herodes, ¿quién no lo admira? Ved, Hermanos, cuánto daño hace una potestad perversa, y como hace

conformes sus súbditos a su impiedad una cabeza impía. Miserable Ciudad enteramente, donde reina Herodes, porque será sin duda participante de su malicia, y al nacimiento de la nueva salud se conmoverá con una turbación propia de Herodes. Confío yo en el Señor, que de ningún modo reinará entre vosotros, aunque suceda hallarse: de lo cual también nos guarde Dios. Malicia de un Herodes y crueldad de Babilonia seria querer extinguir la religión en su nacimiento, y despedazar los párvulos de Israel. Así, cuando nace entre nosotros algo, que pueda conducir para el bien del alma, para la piedad, para la religión, cualquiera que resiste, cualquiera que repugna, enteramente pretende con los egipcios matar los párvulos del linaje de Israel: y aun también con Herodes persigue al Salvador, cuando nace. Pero prosigamos ya la historia comenzada; pues creo, que si alguno sintiere en su conciencia algo de esto, se guardará en lo adelante con más cuidado, y tendrá horror de abrigar en sí mismo un corazón propio de Herodes, para no tener un fin semejante al suyo.

4. Buscando pues los Magos al Rey de los Judíos, y preguntando Herodes a los Escribas el lugar del nacimiento del Señor, declaran ellos según el Profeta el nombre de la Ciudad. Y habiéndose apartado de Jerusalén los Magos, y dejado a los judíos: He aquí que la estrella que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos. De esto se deja entender, que por buscar el auxilio humano perdieron la guía divina; y que el auxilio celestial les desamparó, porque quisieron valerse de las noticias de la tierra. Por lo cual también habiendo dejado a Herodes, al punto se alegraron sobre manera, porque la estrella iba delante de ellos, hasta que llegando se paró encima del lugar, donde estaba el Niño. Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su Madre, y postrándose le adoraron. ¿De dónde esto en vosotros, extranjeros? No encontramos tanta fe en Israel. ¿Qué, no os ofende la humilde habitación de un establo; no os ofende la pobre cuna de un pesebre? ¿No os escandaliza la presencia de una pobre Madre, ni la infancia de un Niño de pecho?

5. En fin, abiertos sus tesoros, dice el evangelista, le ofrecieron por presentes oro, incienso y mirra. Si solamente le hubieran ofrecido oro, pudiera parecer, que habrían querido remediar la pobreza de la Madre, dándola con que pudiese criar al Niño. Mas ofreciendo juntamente oro, incienso, y mirra, sin duda están indicando en esto un género de ofrenda espiritual. El oro parece tener la excelencia entre las riquezas del siglo; el cual por su gracia ofrecimos todos al Salvador devotamente, cuando por su nombre dejamos del todo los haberes del mundo. Pero después de haber renunciado a los bienes terrenos, es necesario, que busquemos con deseos ardientes los celestiales. Y de esta suerte ofreceremos también el olor del incienso, en que están significadas, como leemos en el Apocalipsis de San Juan las oraciones de los Santos. Por lo cual igualmente dice el Profeta en el salmo: Que mi oración suba a vuestra presencia como el humo del incienso. Así también tenéis escrito en otro lugar que la oración del justo penetra los Cielos. La oración, no dice de cualquiera, sino del justo. Porque será execrable la oración de aquel que aparta su oreja para no oír la ley.

6. Si quieres ser justo, y no apartar tu oído de los mandamientos del Señor, para

que no apartarte él también el suyo de tus oraciones, es preciso, no sólo que desprecies el siglo, sino que castigues tu cuerpo mismo, y le sujetes a la servidumbre. Porque el que dijo: Si alguno no renunciare a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo y en otra parte: Si quieres ser perfecto, anda y vende todas las cosas que tienes, y dadas a los pobres, y ven y sígueme: El mismo dice en otro lugar: El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo-, y tome su cruz y sígame a mí. Lo cual exponiéndolo el Apóstol dice: Todos los que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y deseos malos. Tenga pues nuestra oración dos alas, que son el desprecio del mundo y la mortificación del cuerpo: y sin duda penetrará los Cielos, y subirá a la presencia de Dios como el incienso. Será sacrificio grato y aceptará Dios nuestra ofrenda, si con el oro e incienso se hallare también la mirra: que aunque es amarga, con todo eso es muy provechosa, y preserva al cuerpo, que está muerto por el pecado, de que se pudra cayendo en el vicio. Esto se ha dicho brevemente, para que imitemos en su ofrenda a los Magos.

7. Pero, porque dijimos, que esta fiesta era Aparición, veamos lo que aparece en ella. Verdaderamente según las palabras del Apóstol: Apareció la benignidad, y humanidad de Dios nuestro Salvador. Porque ve ahí, como hemos oído en la lección del Evangelio, que entrando los Magos en la casa encontraron al Niño con María su Madre. En el tierno cuerpo, que fomentaba la Madre en su virginal regazo, ¿qué aparecía, sino la verdad de la carne, que había tomado? ¿Qué se declara en haber encontrado al Niño con su Madre, sino que es verdadero Dios, y verdadero hombre? Mira también en la segunda Aparición, sino es declarado manifiestamente Hijo de Dios con el testimonio de la voz del Padre. Se abrieron los Cielos, y descendió el espíritu Santo en la forma corporal de una paloma, que venía a reposar sobre él, y se oyó la voz del Padre: Este es mi Hijo amado, en quien he tenido mis complacencias. Bastante manifiesto se hace por esto mismo, bastante evidente, e indubitable, que es necesaria, que el Hijo de Dios sea Dios. Ninguno hay tampoco que dude, que los hijos de los hombres son hombres, y que los fetos también de los animales son del mismo género que ellos. Más, para que no quede ningún lugar al error sacrilegio, el mismo que en la primera aparición fue declarado verdadero hombre e hijo del hombre, y en la segunda no menos verdadero Hijo de Dios, ya en la tercera se muestra verdadero Dios, y Autor de la naturaleza, que se muda a la insinuación de su imperio. Nosotros pues, carísimos, amemos a Jesucristo como verdadero hombre y hermano nuestro; honrémosle como Hijo de Dios; adorémosle como Dios. Creamos en él firmemente, fiémonos a su cuidado con toda seguridad, Hermanos míos; pues ni le falta la potestad de salvarnos, siendo verdadero Dios e Hijo de Dios, ni la buena voluntad, siendo como uno de nosotros verdadero hombre e hijo del hombre. ¿Cómo será para nosotros inexorable, cuando por nuestro bien se hizo como nosotros pasible?

8. Ya si deseáis oír algo sobre estas apariciones para edificación de las costumbres, atended, que en primer lugar aparece siempre Cristo con la Virgen Madre, para enseñarnos, que debemos buscar ante todas cosas la sencillez, y el pudor. Pues a los niños es natural la sencillez, y la vergüenza es propia y familiar de las vírgenes. A todos

nosotros en el principio de nuestra conversión ninguna virtud nos es más necesaria, que una humilde sencillez, y una gravedad llena de pudor. En la segunda aparición vino el Salvador a las aguas del bautismo, no ciertamente para ser lavado en ellas, sino más bien para recibir el testimonio del Padre. En estas aguas se representan las lágrimas de la devoción, en las cuales no se busca la indulgencia de los pecados, sino el beneplácito de Dios Padre. Entonces desciende sobre nosotros el Espíritu de la adopción de hijos, dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; de suerte que nos parece oír la dulcísima voz del Cielo, que nos dice, que verdaderamente Dios Padre se complace asimismo en nosotros. Ni hay poca distancia entre estas lágrimas de devoción, y de una edad, por decirlo así, varonil, y entre las que derramó la edad primera en los sollozos de la infancia, que fueron sin duda las lágrimas de penitencia, y confesión. Sin embargo, a unas y a otras exceden, largamente otras ciertas lágrimas, a las que se infunde también el sabor del vino. Porque yo diré que verdaderamente aquellas lágrimas se convierten en vino, que en el fervor de la caridad se derraman por el afecto de la compasión fraternal: efecto de esta caridad es, que parezca por algún tiempo el hombre estar en una especie de embriaguez sobria olvidado de sí mismo.

[1] Las homilias sobre el evangelio según San Lucas en que se anuncia la Encarnación, son conocidas en la historia de la Patrología por las *Homilias Missus est*.

[2] Nota: El 8 de diciembre de 1854, el Papa Pío IX, promulgó un documento llamado "Ineffabilis Deus" estableciendo la fiesta de La Inmaculada Concepción. Evidentemente, el presente sermón de San Bernardo no fue redactado para esta fecha concreta.

Índice

1. ADVIENTO	5
I. SERMÓN. Sobre los seis aspectos del Adviento	6
II. SERMÓN sobre las palabras a Acaz del libro de Isaías	11
2. "MISSUS EST"	14
I. SERMÓN en la Festividad de la Inmaculada Concepción	15
II. SERMÓN de la Anunciación de la virgen María.	24
III. SERMÓN Sobre las doce prerrogativas de la bienaventurada virgen	27
IV. SERMÓN de la mujer adúltera, de Susana y de la bienaventurada virgen	36
V. SERMÓN de la casa de la divina sabiduría, esto es, de la virgen María	42
VI. SERMÓN sobre las siete columnas	44
3. VIGILIA DE LA NATIVIDAD	48
I. SERMÓN cuarto del adviento sobre los dos advientos y las alas plateadas	49
II. SERMÓN quinto del adviento. Sobre el adviento intermedio	52
III. SERMÓN sexto del adviento. Sobre las tres venidas y la resurrección	54
IV. SERMÓN séptimo del adviento. Sobre tres cosas muy útiles	57
V. SERMÓN octavo de adviento. Sobre los tres infiernos	58
4. LA NAVIDAD	65
I. SERMÓN Sobre el anuncio litúrgico del nacimiento del Señor	66
II. SERMÓN Sobre las palabras del canto: ¡Oh Judá y Jerusalén!	69
III. SERMÓN "Hoy sabréis que viene el Señor".	74
IV. SERMÓN Sobre el medicamento de la mano izquierda del esposo	80
V. SERMÓN Sobre la antífona: "Santificaos hoy y estad preparados	86

VI. SERMÓN Sobre el anuncio de la Navidad	90
5. SOBRE LA CIRCUNSIÓN DE NUESTRO SEÑOR	98
I. SERMÓN. Sobre la lección del Evangelio Lc. 2.21.	99
II. SERMÓN. Sobre la circuncisión	102
6. SOBRE EL BENDITO NOMBRE Y OTROS TÍTULOS DEL SEÑOR	107
SERMÓN. Sobre los nombres del Señor	108
7. EPIFANÍA	110
I. SERMÓN. Ha aparecido la bondad de Dios... y su amor al hombre.	111
II. SERMÓN. De los Magos y de lo que se lee en los Cantares	113
III. SERMÓN Sobre los regalos de los reyes magos	115